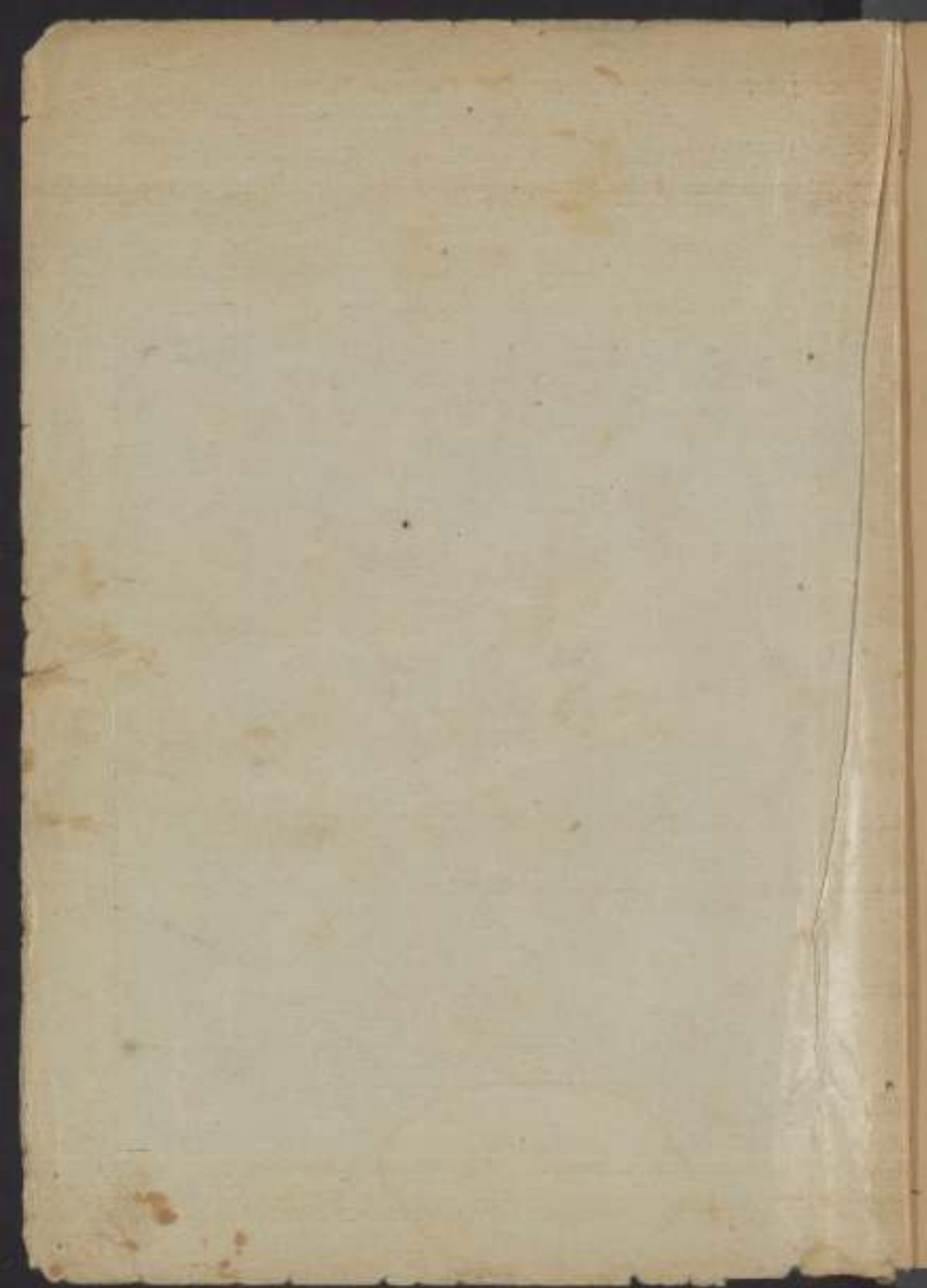


GRANDES NOVELAS CINEMATOGRAFICAS

LA NOCHE DEL BENEFICIO  
— DE —  
LOS CUATRO DIABLOS



EDITORIAL B. BAUZÁ.—BARCELONA



**La Noche del Beneficio de los Cuatro Diablos**

:: :: Talleres Gráficos :: ::  
:: :: B. BAUZA :: ::  
:: :: Arriau, 175 a 179 :: ::  
:: :: BARCELONA :: ::

GRANDES NOVELAS CINEMATOGRAFICAS

---

La Noche del Beneficio  
de  
Los Cuatro Diablos

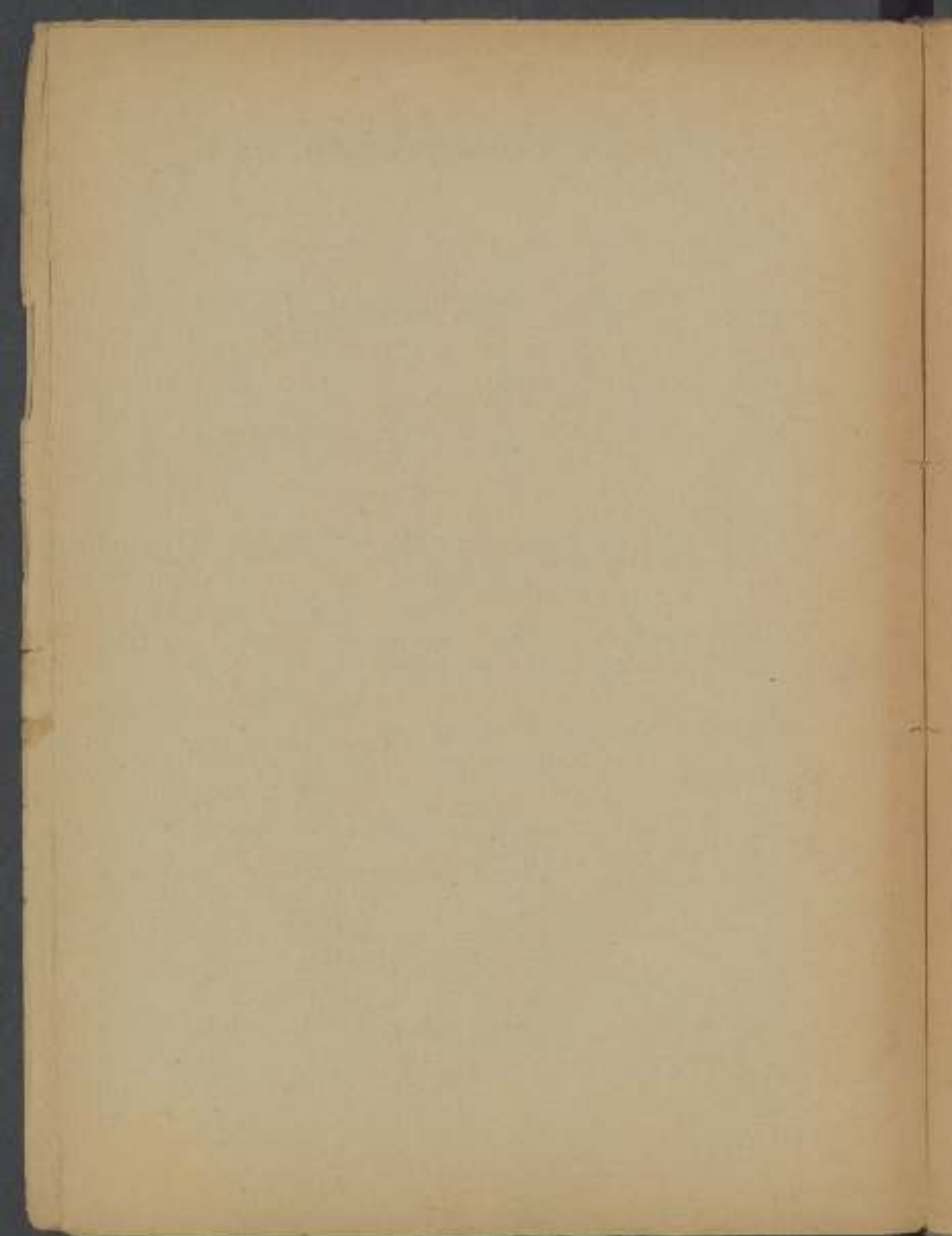
Adaptación cinematográfica de Karl Rosembaum Pri-  
mus Films.-Berlin

Concesionario exclusivo para España y Portugal  
RADIUM FILMS.-J. B. Turull Fournols  
Consejo de Ciento, 280-Barcelona

Adaptación literaria española de  
E. G. SOLANO



EDITORIAL B. BAUZA  
Aribau, 175 a 179  
BARCELONA





## LA NOCHE DEL BENEFICIO DE LOS CUATRO DIABLOS

---

### I

#### LA VISITA DE LA MUERTE

Epesa niebla envolvía la ciudad; intenso frío parecía congelar la niebla convirtiéndola en sucias vedijas algodinosas. Los caminantes iban y venían con presura, dejando ver apenas ojos y narices entre la profusión de sus ropas. Triste era el cuadro que la ciudad ofrecía, y, no obstante, otros más tristes aun, más dolorosos, escondía la vetusta población; esos cuadros sombríos que sólo la caridad cristiana descu-

bro de vez en cuando, en sus recatadas peregrinaciones a través de las llagas y lacerias que tanto abundan en las urbes.

Una de esas escenas de espanto, que los indiferentes y los bien hallados con la vida apenas pueden presumir, o suponen producto de aberraciones imaginativas, desarrollábase aquel día en un cachitil donde la muerte hiciera su trágica aparición.

Yacía en misero lecho una mujer joven todavía, en cuyo marmóreo semblante advertíanse bien claramente las huellas indelebles de la Intrusa. Junto al cadáver, una anciana y dos niños permanecían arrodillados, musitando no sabemos qué palabras de dolor o de blasfemia.

La mujer tendida en el lecho ha-



hía perecido abogada, víctima de un accidente. La anciana era la madre de la muerta; los niños eran hijos de la que acababa de rendir el tributo a la Parca, que todos, más pronto o más tarde, hemos de satisfacer.

Largo rato permanecieron junto a la cama los tres seres desconsolados, consiento uno de la pérdida que acababa de sufrir, atontados los otros porque sus tiernas almas ignoraban aún la importancia del bien perdido.

—¿Por qué no me llevaste a mí, Señor!—clamaba la anciana, con los ojos entorpecidos y secos, con las sarnososas manos distendidas, cual si sus dedos nudosos quisiesen desgarrar la cruel divinidad que tan cruento padecer infligía.

—¡Mamá... mamá!... — llamaba uno de los chiquillos, angustiándose del uso de su propia voz.

—No la llares... ¿no ves que duerme?... — replicaba canderosamente el otro pequesísimo.

...

Unos hombres serios, graves, de negros trajes, penetran en la habitación y, sin hacer gran caso de la vieja ni de los niños, se acercaron al lecho y pusieron sus manos sobre el cadáver.

La anciana se irguió entonces plena de indignación y de protesta.

—¡Oh, no!—gritó—dejádmela; es mi hija... es mía, salid...

—Señora—repuso dulcemente uno de aquellos hombres,—la ley manda y nosotros obedecemos. Este cadáver nos pertenece.

—No... no...

—No se excite usted, mujer. Harto complacientes hemos sido considerando que la señora viniese a morir a esta casa, en vez de haberla llevado al hospital. Ahora es preciso que los médicos practiquen la autopsia del cadáver y certifiquen la causa de la muerte.

—¡Jesús... ¡esto más!... ¡Pobre hija mía!...

—Consuélese, señora—repuso con terrible humorismo el más compasivo de los funcionarios.—¿Ya no pueden hacerlo daño!

La anciana se vió sin fuerzas para oponerse al cumplimiento de la milicia de los hombres negros. Dejose caer sobre una desvencijada silla y strajo junto a su seno a los huerfanitos que, atónitos, sobrecogidos, habían contemplado la aparición de los hombres que reclamaban el cuerpo de la muerta.

Ni cortos ni perezosos, colocaron aquéllos el cadáver sobre unas pañuelas, que para el caso traían, lo cubrieron con un astraso hule y partieron con los fúnebres despojos.

La anciana había doblado la cabeza sobre el pecho y con sus brazos retenta junto a sí, su apretado haz, los temblorosos cuerpecillos de sus nietos.

—¿Por qué se la llevan?—indagó el más pequeño, apoyando el compungido rostro sobre el apesadumado cuello de la abuela.



## II

## UN CONSEJO DE CAMISA

Pasaron días, muchos días que a la pobre vieja parecieron siglos, porque si en los primeros momentos de la desgracia almas compasivas acudieron en su ayuda, poco a poco se fué haciendo el vacío a su alrededor; nada molestó más a las gentes que el eterno pedigrifeo, la necesidad constante o la desgracia perenne. Les temen más que al leproso y hayen de su contacto.

Los buenos corazones creen haber cumplido con la ley de Dios ofreciendo una moneda de cobre con la punta de los dedos, por una sola vez, y acompañada de una excitación al trabajo, de un sermón sobre lo pernicioso del vicio, o de una disculpa por la propia impotencia, leal o fingida.

La anciana consumíase de pena, y al contemplar a los huérfanitos y al imaginarse juntamente el horrible porvenir que a todos guardaba, la desesperación torturaba su cerebro, y más de una vez la acudió a las mentes una idea de exterminio y el rojizo resplandor del crimen cegó sus cansados ojos.

¿Qué podía ella, desvalida e inútil, contra su aciaga desventura?

¿cómo romper las murallas de hielo que a su alrededor habían levantado la dureza de corazón, la inclemencia de las gentes?

Y algo había que hacer; porque el hambre la visitaba ya con harta frecuencia, como si le corriese prisa tomar definitiva posesión de los que eran ya sus esclavos y sus víctimas.

Escasamente habían transcurrido quince días desde que se verificó la triste ceremonia del enterramiento de la hija de la anciana, cuando ésta, en el trance último de su desgracia, mendigaba ya, en lugares recatados de la villa, el óbolo misérrimo con que atender a la subsistencia de sus nietos.

Sólo en la noche, cuando, dormidos los chicos en el zaquizami que habitaban, podía abandonarlos sin miedo a que la descubrieran y averiguasen la procedencia del escaso pan que con tanta amargura les ganaba.

¡Pobre señora!... Porque lo era, y en su traje denotaba aún, no obstante lo harapiento que estaba, la traza de tiempos mejores que pasaron para no volver.

Cubriendo los grises mechones de lacio pelo bajo una capota grasienta, envuelto el busto en viejo abrigo lleno de remiendos y con unas sayas de color indefinido por la acción de los años, refugiábase la anciana en algún rincón sombrío al arco del transechador transeunte que las más de las veces pasaba de largo, cuando no la obsequiaba con alguna interjección ofensiva, brutal y maledicente.

\*\*\*

Por muchas precauciones que la mendiga adoptara para que sus conocidos no se enterasen de la extrema pobreza a que había llegado, pronto se supo o se sospechó la fuente de donde la infortunada extraía sus menguados ingresos.

Ello sirvió para que el apartamento aumentase y, al propio tiempo, para que quienes aun la socorrian a regañadientes, se considerasen relevados de la pesada carga. Hubo, sin embargo, alguien que, sinceramente compadecido de las angustias de la anciana y de su lucha estéril contra la adversidad, quiso superarla un medio de salir, o de intentar salir de la mala situación en que se hallaba.

Este alguien fué una ex artista, que más vivió de su bello palmito que de su arte insulso. Vieja también y con medios de fortuna tan mezquinos como el de la venta callejera de periódicos—que a tal extremo la condujo su ligereza de corazón y su falta de seso—trabó amistad con la otra desgraciada en sus correrías por la ciudad y pronto las dos parias se confiaron sus penas.

La mutua desgracia, aunque de distinto orden, las unió más estrechamente, hasta el punto de que rara era la noche que la ex bella no dedicase un rato de palique a la mendiga.

Cierta día, cuando la desesperanza hundía más y más el afilado puñal en el corazón de la anciana, su nueva amiga, al iniciar su charla de costumbre, le dijo:

—Hoy me he acordado mucho de usted...

—¿De mí?—repuso la mendiga.

—Sí, de usted..., pero, como no sé dónde se mole de día, no he podido comunicarle una buena idea que se me ha ocurrido.

La anciana miró a su compañera con cierta desconfianza, temerosa de que el alcohol inspirase las palabras de su amiga.

—De modo que... una idea—repitió.

—Sí, una magnífica idea. Y lo estúpido es que no se me haya ocurrido antes.

—Pero, en fin, ¿de qué se trata?...

—De una cosa sencillísima, y hasta parece mentira que no haya usted caído en ella—repuso la «periodista», divagando como le sucedía con frecuencia.

Su amiga hizo un gesto de disgusto y hasta se mostró reacia a prolongar la conversación.

—No se impaciente usted, señora, que todo se andará—agregó la otra, quien de súbito, sin transición, preguntó:—¿Conoce usted a Cecchi...?

—¡Cecchi!—repitió su interlocutora con extrañeza.

—Sí, Cecchi; es persona muy conocida en la ciudad aunque su fama no es de las mejores. Calumnia, pura calumnia, porque yo he tratado a Cecchi en mis tiempos de gloria y era un perfecto galantuomo.

—Pero, ¿por los clavos de Cristo!, ¿quiere usted decirme de una vez qué tengo yo que ver con ese señor Cecchi y para qué le trae usted ahora a cuento?

—En seguida lo verá usted — replicó impertérrita la comadre. — Cecchi es un antiguo artista de circo que tuvo su época de esplendor y que ahora anda por ahí ganándose la vida como pueda buenamente. A pesar de que ahora no es su situación tan brillante como antaño, yo sé que suele acoger bien a los muchachos que es lo llevan para darles educación artística y...

—Explórtalos luego, ¿no es así? — interrumpió agria la mendiga.

—Majer, es natural que después de enseñarles los saque el jugo. Al fin y a la postre él les hace un bien enseñándoles un oficio, un arte con el cual puedan ganarse la vida. Yo creo que los nietos de usted que tantos sacrificios le cuestan, que sólo poseen en el mundo el débil apoyo de usted, no perderán gran cosa con entrar al servicio de Cecchi. El los mantendrá, los enseñará, los hará hombres, y, entretanto, usted, que ya no puede con su alma, encontrará más facilidades para entrar en alguna casa de beneficencia que la calde y le llene la andorga.

—Y ¿por qué no entra usted en ese sitio que reserva para mí? — replicó irónica la anciana.

—¡Oh! — exclamó desdefiosa la «periodista». — Somos muy diferentes; yo quiero ante todo la libertad, necesito vivir en el mundo, que me vean las gentes, que...

La mendiga no la oía ya; a su pesar, las palabras pronunciadas por su amiga se le habían clavado en el cerebro y comenzaban a labrar hondo surco en su ánimo.

—Comerán mal o bien todos los días — decía, — aprenderán a ganarse la vida... Ciertamente que esos hombres tienen fama de crueldad y de duresa, de usar más del látigo que de la caricia; pero peores son los zurriagazos del hambre y el abandono en que mis pobres nietos se ven ahora... Además yo ya no puedo con mi alma; el día menos pensado me encontrarán desolada en medio de la calle, y entonces, ¿qué será de esos pobrecitos, Dios mío?

Así se hablaba en mente la anciana, sin percatarse de que su amiga disortaba aún sobre la diferencia que entre las dos viejas desgraciadas existía en situación y en caracteres. Fue preciso que la ex artista advirtiese la intención de la mendiga para que, poniendo fin a la propia charla, hiciese tornar a aquella a la realidad del momento.

—Se ha quedado usted como alelada — dijo. — Yo creí traerle una buena noticia y, por lo visto, la he molestado a usted.

—Nada de eso, amiga mía — repuso la mendiga con dulzura recobrando el dominio sobre sí misma. — Le estoy sumamente agradecida y le estaré mucho más si me hace usted el favor de indicarme dónde vive ese Cecchi y la hora en que pueda visitársela.

—Me alegro de verla a usted en tan excelente disposición — replicó su



interlocutor, rebotante de amor propio satisfecho. —Vive a extramuros de la ciudad en una casita ruinosa y casi aislada a la que llaman «El Pajar».

—Me parece recordar que está junto al camino antiguo.

—No tiene pérdida...

—Gracias, amiga mía, gracias, y no se entretenga ya más por mí. Pronto empezará a salir la gema del teatro y la venta la recomendaré a usted.

—Tiene razón; me voy. Hasta mañana, y no olvide usted mi consejo: despréndase de los chiquillos cuanto antes y procúrese una vida más tranquila que la que ahora lleva...

No contestó la mendigante quien, sorriendo amargamente, vio como se alejaba la caricaturesca figura de su amiga, que pretendía aún evocar con lascivo contoneo el recuerdo de una juventud gullarda y píxipreta.

### III

#### EL PRIMER PASO

Cuando la pordiosera regresó a su tabuco, casi de madrugada, con escasas monedas en la bolsa y transidos los huesos por el frío, su primer

cuidado fué el cerciorarse de que sus pequesuelos, Fritz y Adolfo, dormían con la tranquilidad de la inocencia, envueltos en una manta vieja y abrazados para conservar el poco calor de sus cuerpos ateridos.

Después de besarlos suavemente para que no se despertaran, se acostó a su vez, sin desnudarse, y trató de conciliar el sueño.

Vano fué su intento; la conversación mantenida con la ex artista repetíase en sus oídos con la monotona del zumbido del moscón, mortificándola con el aguijón del insomnio y la neuralgia.

Adoraba en sus nietos y separarse de ellos le suponía el sacrificio de la única ilusión que mantenía vivo en ella el apego a la vida.

Bien comprendía que lo calamitoso de la existencia que llevaban exigía una resolución enérgica que, aun desgarrando su alma, librara a los niños de sucumbir en el ceno de las escorias sociales y de las penurias materiales, diarias y previstas, a las cuales no podía ella sustraerlos.

Pensaba la pobre que debían existir otros medios de procurar el buen crecimiento de aquellos hombrucitos en capullo, cuya misión social futura era una incógnita y que, por lo mismo, necesitaban de una dirección cariñosa del jardinero hábil que cuidase de enderezar las tiernas plantas si se torcían, que las vigilara y limpiase de parásitos y estorbos para que se elevasen lozanas y bellas hacia el celeste dosel que para consuelo de las almas puras plaga a Dios

colocar sobre las impurezas terrenales.

Debían existir, sí; pero ella no había acertado a encontrarlos; doquiera los buscó tropezó con el egoísmo o la hipocresía, con el hielo de la caridad oficial, accesible sólo a la recomendación, y con el hielo de las almas vulgares y miserables todavía más duro de fundir en altruismo y caridad.

Recordaba sus peregrinaciones por asilos y casas de pudientes reputados de bondadosos y humanitarios, las esperas sin fin, las promesas por mero cumplido, los plantones interminables ante las puertas que sólo se abrían francamente al poderoso, a quien se teme o se necesita, y a la vanidad ostentosa que tanto halaga a los corazones sordidos y menguados.

Y estos recuerdos amargos la obligaban a volver sus ojos hacia el hombre de quien su compañera de miseria le habló, como una solución para el porvenir de los chiquillos.

—Después de todo—decíase—¿por qué este hombre ha de ser peor aun que esas gentes que todo me lo han negado?

Poco a poco su espíritu iba conformándose, amoldándose a la idea que le inspirara su amiga.

Nada costaba probar; si la desagradaba Cecchi, con no ultimar el trato, con no confiarle los niños, quedarían las cosas en el mismo estado. Por el contrario, si aquel Cecchi fuese, aunque rudo, un hombre sensato, seguramente los chicos irían ganando al lado de un hombre fuerte

que les suministraría alimento para el cuerpo y enseñanza para luchar más adelante por la vida.

Al llegar a esta conclusión sintió la anciana como si se le aquietasen los nervios; sus párpados hinchados se cerraron y sus labios exangües dejaron escapar un prolongado suspiro.

\*\*\*

El blanco sudario de la niebla errepaba aún a la ciudad, a pesar de que el sol pugnaba por hacerlo jirones con sus rayos, cuando la abuelita, llevándose de la mano a sus dos nietos, abandonaba su camaranchón, firmemente decidida a poner en manos de Cecchi el porvenir de los huérfanitos.

Se había esmerado la anciana en presentar a los muchachos lo mejor posible, poniéndoles encima las mejores trapitos—demasiado trapitos por desdicha—que tenían. Antes, y a pesar de las airadas protestas de los mococuclos, dióles buenas rostregones con un pingajo, que fue blanca, mojada en agua fría.

Ya dispuestos, se echaron a la calle, admirados y alegres los muchachos, triste y pensativa la anciana.

Atravesaron casi toda la ciudad, con gran extrañeza de los chicos que, ante lo inusitado del paseo, no cesaban de molestar a su abuela con constantes preguntas.

—¿Quieres decirnos a dónde va-

mos, abuelita?—indagaba Fritz, el mayor y más avisado de los niños.

—Ya lo veréis; no me aflijáis más de lo que estoy, queriditos—repuso la vieja, ahogando un suspiro.

—Pero ¿estás triste?—insistió el rapaz.—Entonces no será cosa buena la que vamos a buscar...

—Yo siempre estoy triste, hijo...—replicó la anciana, procurando disimular la desolación que la dominaba.

Desde la muerte de la pobre mamá... sí... sí... ¡Pobre mamá!... ¿Es cierto que no volveremos a verla más, abuelita?...

Una lágrima acudió a los ojos de la pobre mujer.

—¿Quién ha dicho semejante cosa?—repuso.—Sí, hijo, sí, volveréis a verla... en el cielo; pero para ello es preciso que seáis siempre unos niños buenos, cariñosos y obedientes. Tú, Fritz, no has de ser tan descarado como eres, y tú, Adolfo, no has de ser tan goloso y tan llorón...

—Yo seré bueno, abuelita...—declaró con firmeza Fritz.

—Yo yo también; pero me comprarás una toria, ¿verdad?—expresó ingenuamente Adolfo, cuya salida hizo florecer la sombra de una sonrisa en los sumidos labios de la abuela.

Hubo una pausa.

Luego, la anciana, ante la necesidad de ir preparando el ánimo de los niños al brusco cambio que iba a operarse en sus vidas, les dijo, mientras caminaban lentamente y alcanzaban ya las afueras de la población:

—Oyeme con atención, Fritz, tú

que eres el mayor y quien por consiguiente ha de velar por el pequeño Adolfo...

—Ya digo, abuela; pero ¿qué sería te pones?... ¿Qué sucede?...

—Mi pobre Fritz, pronto, muy pronto vamos a separarnos, y quizás para siempre. Yo soy ya muy vieja y, más que los años, los dolores y las penas han consumido mi cuerpo. A mi lado caerías de la protección suficiente para desarrollaros y convertirnos en hombres útiles a vosotros mismos y a vuestros semejantes. Nos falta hasta lo más indispensable y mis escasas fuerzas no alcanzan a obtener lo más preciso para nutrirnos. Es urgente, pues, que nos separemos. Mi egoísmo de abuela no ha de imponerse al buen sentido y a lo que exige la conveniencia vuestra.

—No entiendo lo que dices, abuela...

—Digo, hijo mío, que vamos en busca de un hombre que ha de ser vuestro maestro y con quien viváis de hoy en adelante, si es que quiere recibirnos en su compañía.

—Y tú ¿no te quedarás con nosotros?...

—Imposible, Fritz.

—Entonces también nos marcharemos nosotros—declaró el muchacho rotundamente.

La cara de la anciana reveló el profundo disgusto que la terminante afirmación del niño le había producido.

Fritz observó este enojo y, deseando borrar la mala impresión causada, dijo:



—No te enfades abuelita; nosotros haremos lo que tú quieras, pero es muy triste que nos dejes. ¡Si al menos nos viéramos de vez en cuando...!

—Siempre que pueda iré a veros, pierda cuidado hijo; pero ten en cuenta que me daréis el mayor de los disgustos si os negáis a someteros al plan de conducta que por vuestro propio bien me he propuesto seguir.

—¡Ya no protesto, ves, ya no protesto!—replicó Fritz entre sollozos—pero; me duele tanto que te vaya...!

—No se irá, tanto; eso lo dice para mí misma miedo—intervino el pequeño Adolfo con aire de superioridad que hizo reír a su compañero.

...

Habían llegado.

Se encontraban ante un pequeño edificio casi arruinado que se hallaba efectivamente, como dijera la exarista, a la entrada de la curva que formaba el llamado camino antiguo, que, paralelo a la nueva carretera, iba a morir en la ciudad más inmediata.

Era una casita medio derruida de la que sólo se mantenían en pie por milagro de equilibrio unas paredes y parte del techado; precedía a la casa una especie de corraliza, rodeada de una cerca de madera, rota y practicable en varios sitios, cuyos

huecos disimulaban algunas plantas silvestres que allí nacieron espontáneamente.

En el corralillo había arrumbados viejos enseres inútiles, montones de ferralla, unas cubas desfondadas y ciertos aparatos que llamaron poderosamente la atención de los muchachos, que no acertaban a explicarse el uso a que aquellos chimenes estaban destinados.

Pronto habían de aprenderlo por propia experiencia.

A la entrada de la cerca se detuvieron la anciana y los dos chicos.

La abuela, indecisa todavía en aquel momento supremo, experimentó fuertes deseos de volverse atrás y desistir definitivamente de la idea que antes tuvo por salvadora.

El sombrío aspecto del lugar, aquel desahogado y pobre edificio, el abandono que allí se respiraba, todo pesó como masa de plomo sobre su angustiado corazón.

Los chicos la miraban, asombrados de aquella indecisión que mostraba la vieja.

—Pero ¿no entramos?—demandó Fritz al tío, tirando de la mano de ella.

—Sí, hijo, sí...—respondió maquinalmente, pero sin adelantar un paso.

—Vamos, pues...

—Aguardad un momento, a que me serece.

—¿Teméis algo, acaso?...

—No, Fritz, no; pero no seas impaciente chiquito...

—Abuela, mira, mira...—chilló

Adolfo, reclamando la atención de la anciana y señalando un punto de la corraliza.

La mujer miró en la dirección que el rapaz le indicaba y vió que del montón de trastos inútiles surgía una vivaracha cabeza de chiquilla que les observaba atentamente, con sorpresa y con curiosidad.

—¿Es una nena! Ratificó Adolfo.

—Sí, pero está muy sucia,—replicó Fritz que comenzó entonces a mostrarse ya exigente respecto al bello sexo.

La presencia de la chiquilla tuvo la virtud de calmar la agitación de la anciana, quien pensó:

—Si esa chiquilla es de Cecchi, no trataré ese hombre a los demás niños como a bestias. En fin, veremos...

Hecha esta reflexión, se aproximó al lugar donde estaba la muchacha y, enduzcando el tono de la voz, le preguntó al par que la examinaba de una ojeada:

—¿Vive aquí el señor Cecchi?...

—Sí, señora, es mi padre—respondió la zagala con gran despejo, sin cortarse lo más mínimo.

—Y ¿está en casa?—inquirió de nuevo la visitante.

—Sí, señora, voy a avisarle.

Y rápida como la golondrina, y sin que la anciana pudiera evitar la precipitación de la chiquilla, salió ésta de su barricada, corrió hacia la

puerta del tugurio y, a grandes gritos, comenzó a decir:

—¡Padre, padre...! venga pronto que aquí hay una señora que le busca.

La acción inesperada de la mocueta aturdió un instante a la triste mujer.

—¡Dios lo ha querido!—exclamó con la resignación fatalista del musulmán.

Y al ver aparecer en el marco de la puerta la procerusa figura del viejo Cecchi, dándole un vuelco el corazón, se inclinó hacia Fritz y Adolfo que, cosidos a sus faldas, no se movían.

—Ahora quedaos aquí un momentito mientras yo hablo con el señor Cecchi,—les dijo—en seguida saldré a buscarlos.

—No tardes, abuela...

—En seguida salgo... ¡cuidadito con lo que haceis!...

—Yo les acompañaré, señora, declaró con aire de protección maternal la chiquilla, que, después de haber dado le alarma, se había reunido al grupo que formaban la abuela y sus nietos.

Vaciló un instante todavía la vieja, pero la voz del hombre en cuya busca había ido le cortó toda titubada.

—¿Es V. quien me llama, señora?

—había dicho Cecchi con voz despectible y además poco tranquilizador.

## IV

## El sacrificio

Con gesto poco amable indicó Cecchi a la anciana que le siguiera.

Ella le obedeció.

Entraron en un cuarto mal orientado y sucio, en el que penetraba la luz por una sola ventana, abierta casi a ras del techo.

Una mesa de pino, sin barnizar, sobre la que destacaba una botella verdosa y un vaso aún teñido de rojo por la reciente libación del hombre; tres o cuatro sillas de aca en bastante mal estado; una cómoda; varios trajes de colorines, colgados de unos clavos; unos aros recubiertos de papel, pesas, látigos y otros cachivaches revueltos en un rincón; una lámina, representando una escena de payasos en el circo, pegada a la pared con pan masticado; todo esto componía el ajuar que a primera vista podía observarse en el interior de aquella habitación tan sucia como hurada.

Cecchi, papá Cecchi, como le llamaban sus compañeros de profesión, era un hombre de buena estatura, de rostro que no debió ser desagradable en tiempos lejanos y en el cual las malas pasiones o la violencia

de los vicios habían dejado sus profundas huellas.

Al verle por primera vez, su persona inspiraba decidida repulsión a quienquiera que hubiese penetrado algo en los bajos fondos de la sociedad moderna. A quien no conociese más que la vulgaridad de la vida ordinaria, Cecchi le habría parecido un buen hombre, algo bruto, como tantos que vamos todos los días y en quienes el constante ejercicio de la fuerza de los músculos, va borrando de sus facces esa luz con que ilumina los rostros la fuerza intelectual.

Por esta razón la anciana, aunque descubrió en seguida que su visita no era recibida con agrado, no vió nada que excitase su desconfianza en la persona del artista de circo.

A una indicación de éste se sentó la mujer.

Ella imitó Cecchi y aguardó un momento a que la visitante le expusiera el objeto que allí la conducía.

Vacilante para entrar en materia, la anciana buscaba en su imagin el mejor modo de expresar sus deseos.

Ello impacientó al castellano.

—Señora—dijo sin abandonar su hosco gesto—cuando se va a casa de otra persona a quien no se conoce, no es seguramente para ver si esa persona tiene monos en la cara, como está V. haciendo conmigo.

—Perdone V., señor—replicó humildemente la mujer—. Estoy tan atribulada, que no sé cómo decir el favor que espero de usted.

—A mala parte viene V. a pedir



favores; crea que estoy más en situación de recibirlos que de hacerlos.

—No se trata de un favor material, no pido a V. una limosna...

—Y obra V. así perfectamente; en esta casa nunca hay dinero...

—Vuelvo a repetirle que no desconfíe V.; no se trata de eso, ni mucho menos...

—Pues adelante...

—Soy una pobre viuda que...

—¡La historia de siempre!...— volvió a interrumpir Cecchi, al par que se encogía de hombros.

—¡Caballero!...—protestó la anciana, haciendo ademán de levantarse.

—Siga, siga usted..., tranquilícese... Yo soy un poco brusco,—añadió al grosero a modo de disculpa.

—Decía que soy una pobre viuda desamparada a quien perseguen todas las desgracias. Recientemente ha muerto una hija mía víctima de un accidente, dejándome esos niños que me acompañan y que se han quedado fuera esperándome... De seguro los ha visto V.; son mis nietos, huérfanos y sin amparo. Yo soy vieja... no puedo mantenerlos... ¿No podría V. emplearlos?...

Fórmulada al cabo aunque incoherentemente la petición que allí la llevara, inclinó la anciana la cabeza, esperando la contestación de Cecchi, que no se hizo aguardar.

Al oír la última frase pronunciada por la vieja, se había levantado casi de un salto, rebotando de cólera la faz, y, como si masticase rabiosamente las palabras replicó:

—¿Por quién me ha tomado V. señora mía? ¿También es V. de las que creen que porque somos artistas de circo, payasos como Vds. dicen, somos fieras, gente sin sensibilidad y sin escrúpulos? ¿Es usted también de las que creen que robamos chicos en los pueblos por donde pasamos o que compramos los que sus parientes no quieren mantener... ¡Habrá visto bribona!... ¡Y para estas gentes no hay cárceles!; y si yo escandalizo un poco cuando el mono se me sube a la cabeza, ya están echándome mano los guardias...! ¿Esa es vuestra justicia, canallas?...

...

Estupefacta, muerta de vergüenza, paralizada por el asombro, la anciana, sin cambiar de postura, lloraba. Sus lágrimas, deslizándose por sus mejillas llenas de arrugas, encontraban su cauce natural en los hondos surcos de la piel.

Sin percatarse de la prostración de su visitante, Cecchi le volvió la espalda, como dando por terminada la conferencia, al par que añadía:

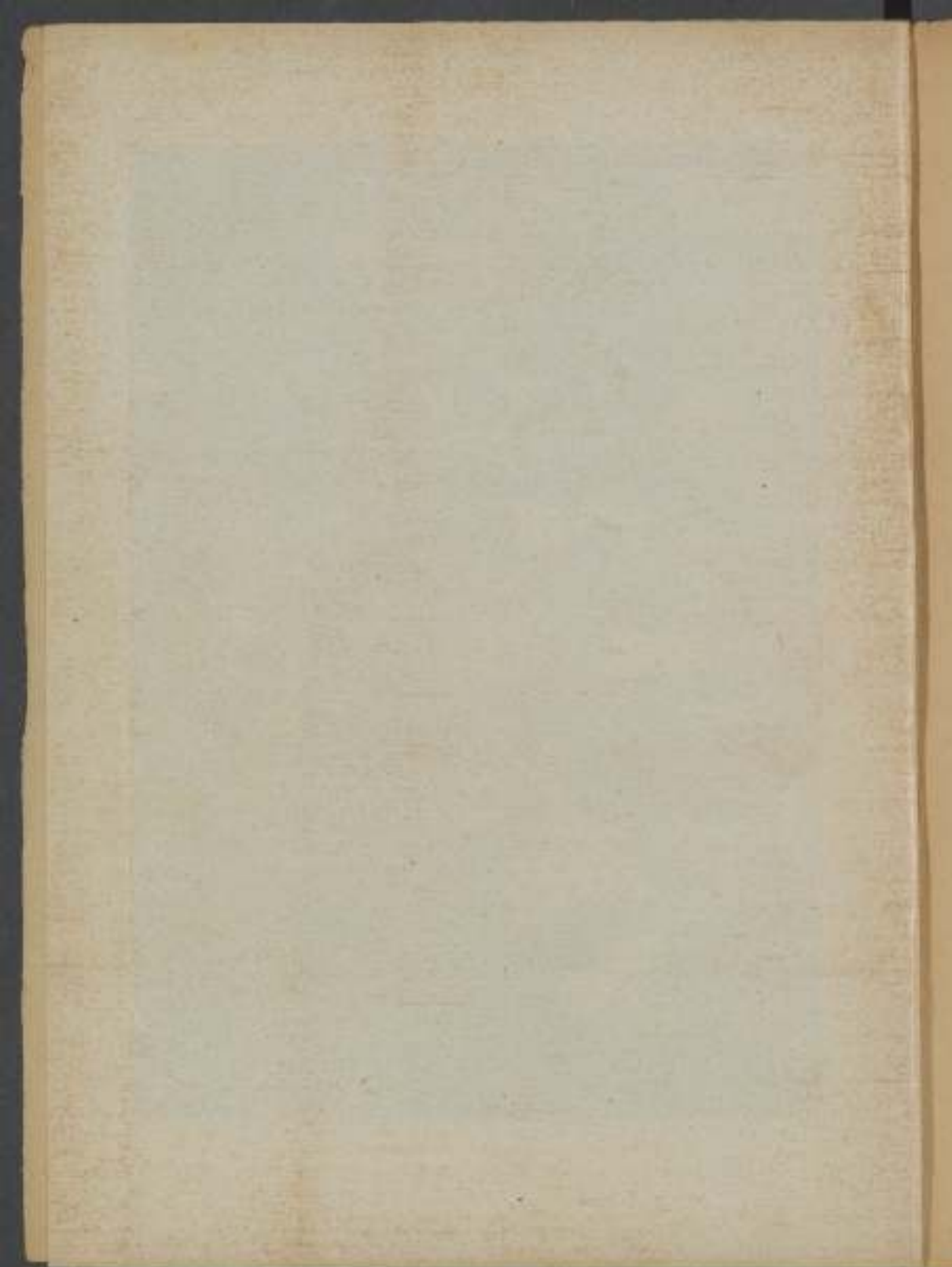
—¡Ni una palabra más. Yo no hago esos negocios!

Al fin halló fuerzas la desamparada mujer para manifestar su protesta.

—¡Vender yo a mis nietos!—exclamó con alevos que denunciaba la nobleza—; antes la muerte. V. se

LA SOCIEDAD DEL BENEFICIO DE LOS CHATROS DIABLOS







ha equivocado señor; somos pobres, nos morimos de hambre, pero antes me arrancaría el alma con mis propias manos que comiser una villanía como la que V. supone.

La energía, la lealtad y también la desesperación que las frases de la mujer revelaban fijaron la atención de Cecchi.

De nuevo se acercó a su visitante y, con acento más cordial que el que usara hasta entonces, repuso:

—Pues si no viene a venderme los chicos, ¿qué demonios pretende usted de mí?

—Que los socja V. en su casa, que les enseñe V. su arte, que haga usted de ellos unos hombres fuertes y buenos.

—¿Qué candidez! Esta señora me ha tomado por un sacerdote o poco menos. Debe estar mala de la cabeza — pensó Cecchi mientras reprimía el acceso de hilaridad a que la propuesta lo impulsara.

Al observar el cambio — que denotaba la expresión del semblante de Cecchi, la mujer creyó necesario insistir en sus ruegos por entender que el ogro se ablandaba.

Y algo de esto ocurría, en efecto.

Tras el conato de risa, Cecchi cayó en la cuenta de que sus negocios iban de mal en peor, que los contratos escaseaban y que quizás, con un poco de ingenio, pudiera sacar partido de aquellos chicos, cuya manutención no habría de costarle gran cosa.

Dejó, pues, que la vieja expusiera por completo y que puntualizara bien las condiciones en que le enco-

mendaría la instrucción de los muchachos, y cuando comprobó que la cosa iba de veras, que la ruindad que él supuso en un principio no era más que un exceso de confianza y de buena fe y, al propio tiempo, un extraordinario sacrificio, comenzó a considerar como una ganga lo que minutos antes le produjera una tan grande indignación.

De ahí que evolucionase en el sentido de su conveniencia personal, que sus maneras y sus palabras se suavizaran y que concluyera por manifestarse inclinado a complacer a la visitante en sus pretensiones.

—Ya veo, señora — contestó a los requerimientos de aquella — que no trato con una de esas personas miserables y rastreras de que antes he hablado. Lo celebro mucho y le ruego que me perdone si me mostré demasiado violento.

—Comprendo su indignación y... Puesta la cuestión en el punto en que V. la coloca — prosiguió Cecchi — todo varía de aspecto. Aunque mi situación económica actual no es muy brillante, antes al contrario, no tengo inconveniente en hacerme cargo de sus niños, de instruirlos y de procurarles un porvenir, pero...

Se detuvo Cecchi un momento, como reflexionando lo que debía exigir en trueque de su generosidad.

La anciana le miró ansiosa, algo conmovida, pero desconfiando aún del buen éxito de su gestión.

Cecchi continuó:

—Desde luego ha de reconocer usted, amiga mía, que en esto que,

por llamarlo de algún modo, denominaremos negocio, todas las pérdidas están de mi lado. Porque téngase V. cargo del tiempo que ha de transcurrir y de los gastos que han de ocasionarme los chicos de usted antes de que se hallen en condiciones de ganarse una peseta.

—Lo comprendo, pero...

—Permítame que termine...

—Le excuso.

—Teniendo en cuenta, pues, todos esos anticipos que forzosamente he de hacer yo, no ha de parecerle a usted extraordinario que, no como recompensa, sino como legítima correspondencia a mis devalos y a mis anticipos pecuniarios, exija yo que esos jóvenes que quiere V. poner bajo mi tutela se comporten conmigo como verdaderos hijos. Esto es, trabajando en mi beneficio y...

—No basta V., señor Cecchi—avintió la abuela—me parece muy justa su exigencia y no he de ser yo quien ponga reparos. Creo además, que mis nietos, como hijos de buenos padres que son, sabrán corresponder con su gratitud y con su cariño al hombre que desde ahora ha de ser para ellos un segundo padre.

—Muy bien, muy bien, señora—replicó Cecchi—; pero antes de contraer yo definitivamente el compromiso que V. desea, es preciso que examine detenidamente a sus nietos. Nuestra profesión es muy arriesgada y penosa, y no todos los que quisieran ejercerla poseen las facultades físicas sin las cuales habrían de fracasar seguramente.

Otra vez la desconfianza de lograr el éxito apetecido se apoderó de la anciana.

—¿Quiere V. que entren los niños?—preguntó balbuceante.

—Sí... es realmente preciso.

—Pues con su permiso voy a buscarlos.

...

Cecchi encendió su pipa, dio varias chupadas, lanzó violentamente al aire las azuladas volutas de humo y sus ojos fijáronse en la puerta por donde habían de entrar sus futuras víctimas.

Cruzada una pierna sobre la otra y balanceándose en la silla donde estaba sentado comenzaba ya a levantar castillos en el aire, viéndose de nuevo en el camino de la fortuna gracias a la colaboración de los artistas en agraz que tan inopinadamente le deparaba la Providencia, sin esfuerzo alguno por su parte.

No tardaron en aparecer la abuela y los nietos.

Los chiquillos acurrucábase en las faldas de la anciana, como los polluelos bajo las alas de la clusca.

Fritz, más valiente, osaba mirar al dueño de aquella casa donde, según le había dicho la abuela, tendría que quedarse.

Adolfo se tapaba los ojos para no

ver y la boca para que no se oyese el ruido de sus sollozos.

Tras el grupo iba la muchachuela que sirvió de introductora a la mendiga; la chiquilla mostraba en sus grandes ojos una enorme curiosidad que subrayaba argándose las narices con los índices de ambas manos.

Cecchi advirtió en seguida la presencia de la niña y la conminó para que se retirara.

—Largo de aquí, Aimée—la dijo, al per que la amenazó con arrojarse a la cabeza la silla que estaba más a su alcance.

La llamada Aimée no necesitó de otra invitación para retirarse a toda prisa.

Frita y Adolfo, en quienes la curiosidad pudo más que el miedo al escuchar la airada voz de Cecchi, miraron a éste, y, a la verdad, quedaron muy poco satisfechos del aspecto del que había de ser su profesor.

—¡Ea, vengan acá esos buenos mozos!—ordenó Cecchi con el mismo acento que un domador habría dicho; echadme acá esas fieras!

—Vamos, no seas tontos—aconsejó la anciana a Frita y a Adolfo que no consentían en separarse de ella—. No ha de temeros; este señor sólo desea vuestro bien.

—Si hijitos, venid acá; pronto os enseñaré a papá Cecchi que hará vuestra suerte.

—¡Dios le oiga a V., señor!—accedió la abuela.

—Acérqueme los V., porque veo que estos tucantueños se resisten a hacer buenas migas conmigo.

—Al contrario... ¿verdad que no, hijos?...

De un sarpezo Cecchi se apoderó de los dos niños, que lanzaron un grito de espanto ante la brutal agresión.

—No temáis... parece mentira que, siendo tan grandullones, tengáis tanto miedo...

—¡Potrecillos!, dispénsalos usted... rogó la anciana.

—Dispensados, dispensados, pero no perdamos más tiempo.

Al decir esto, Cecchi con rápida mano despojó a los chicos de las ropas que les cubrían el cuerpo.

Hasta la vieja se asustó.

—No es nada, no es nada; calma, señora; ya lo he dicho que es preciso examinar a estos mocitos a fin de apreciar si sirven para el oficio.

Y al pronunciar estas palabras, Cecchi palpaba los brazos y los pechos de las criaturas con tanta brutalidad que los inocentes hubieron de quejarse a gritos.

—Les hace V. daño, señor—intervino la anciana.

—¡Qué!... Más rudas faenas han de realizar si quieren llegar a ser artistas, verdaderos artistas como yo—exclamó con ufania el brutal Cecchi.

Los niños sujetos aún entre los brazos del salvaje, miraban a éste; Frita con indignación, con ira; Adolfo con miedo, con espanto casi.



Reinó corto silencio.

Los chicos lograron desprenderse de los brazos de Cecchi y se aproximaron a su abuela.

El hombre del circo parecía reflexionar.

La anciana aguardaba con impaciencia el fallo definitivo.

Su alegría había desaparecido; empezaba a arrepentirse del paso en que estaba metida impulsada por su buena voluntad y mejor deseo.

Por fin habló Cecchi.

—Por mi parte—dijo—no hay inconveniente en aceptar a los muchachos.

—¿De veras, los toma V.?

—Con toda formalidad, señora.

—No los hará V. sufrir mucho, ¿verdad?

—¡Sufrir!... No diga V. tonterías, señora. A mi lado estarán como príncipes. Aprenderán jugando y, sin percatarse de ello, se verán convertidos en hombres de valía, quién sabe si en artistas que serán honra de su patria y envidia del extranjero.

—¿Si eso se realizare!...

—¿Y por qué no?... Terrores más grandes se hacen sobre cimientos más pequeños.

—Confío en V.

—Y creo merecer esa confianza.

—¿Podré ver de vez en cuando a mis nietos?

—Siempre que V. quiera, señora.

—Gracias, gracias...

La anciana se levantó dando por terminado el pacto.

El corazón se le partía en pedruzcos y ansiaba acortar el doloroso instante de la separación de los seres a quienes amaba más en el mundo.

—Un minuto, señora—repuso Cecchi.

—¿Qué falta?—inquirió avorada la mendiga.

—Un pequeño detalle. Es preciso que me firme V. un documento traspasándome su autoridad y sus derechos sobre los huérfanos.

—¿Es necesario eso?

—Preciso; yo he de entrar en responsabilidad.

Al decir esta frase, sin concederle importancia, Cecchi tomó de sobre la cómoda un tintero medio seco y una pluma despuntada, y de un cajón del mismo mueble sacó un pedazo de papel marcado con graciosas huellas de dedos poco limpios.

En seguida esgrimió la pluma y trazó sobre el papel, con gruesos caracteres, unas torcidas líneas que puso luego a la firma de la anciana.

Antes de escribir su nombre, la vieja leyó despacio y con dificultad lo que Cecchi acababa de redactar.

—No hay nada que decir; está bien—musitó la abuela mientras firmaba.

Ultimado el trámite requerido por Cecchi la mujer soltó la pluma y abrió la espita del llanto.

Los chicos, al contemplar las lágrimas de su única pariente, la imitaron.

Aquel llorar en coro irritó los nervios del artista.

—Acabemos cuanto antes esta escena, señora—inició—. Y vosotros, moceros, ¿no os da vergüenza de llorar siendo ya unos zagalones?

—Tráteles V. bien — recomendó por última vez la anciana, dirigiéndose hacia la puerta.

—Pierda V. cuidado. Seré un padre para ellos.

Los niños al ver que su abuela se iba se precipitaron hacia ella.

—Abuela, abuelita... ¿no nos abandonas! — gritaron con toda la desesperación, con todo el terror pánico que se había apoderado de sus tiernas almas.

## V

### LOS PEQUEÑOS PARIAS

Cecchi hubo de intervenir seriamente para abreviar la despedida.

La abuela traspuso el umbral de la puerta, ganó la corraliza y salió

al camino, obrando más mecánicamente que a influjo de su voluntad.

El sacrificio se había consumado.

—¿He obrado bien... he obrado mal? se preguntaba, en una última fluctuación de su ánimo.

Mas ya no podía retroceder.

Poco a poco, con la cabeza gacha, con esa indiferencia del que carece ya de un norte de su vida, la anciana se dirigió a la ciudad.

En tanto, en el caserío de Cecchi comenzaban a manifestarse gráficamente las excelencias del carácter de su propietario.

Apenas la abuela hubo vuelto la espalda, cogió a cada uno de los chicos por un brazo y, despreciando la natural aflicción que en aquellos momentos los embargaba, los obligó a que se enjugasen las lágrimas y a que le mirasen bien al rostro.

Evidenciaba tan poca benevolencia el aspecto del titiritero, que los dos chiquillos se pusieron a temblar como azogados.

Esta muestra de terror que causaba a sus nuevos pensionistas pareció halagar profundamente a Cecchi.

—¡Veo—exclamó riendo a carcajadas—que podré sacar buen partido de vosotros! El miedo es muy saludable para la buena educación.

Otra vez rompieron en llanto los chiquelos.

Arrugó el entrecejo Cecchi y les gritó:

—¡A callar, moceros!, que no me gustan las lágrimas. Yo no soy ninguna ama de cría, sino un hombre que sabe muy bien donde tiene su

nano derecha y que pronto es lo demostrará para que os vayáis haciendo cargo de las cosas.

A estas duras palabras agregó, llamando a voces:

—¡Aimée, Luisa... venid...! ¡Díablos de muñecas! cuando se las necesita no hay modo de dar con ellas; en cambio cuando no hacen falta se las encuentra uno hasta en el bolsillo.

Dos cabecitas asomáronse a hurtadillas a una puerta angosta que comunicaba la habitación, donde estaban Cecchi y los niños, con otra inmediata.

El ogro advirtió la presencia de las muchachas y las incitó a pasar:

—Entrad, micos, que no he de hacer nada... ¡Vamos, pronto!

A esta segunda conminación, los micos avanzaron.

Entonces Cecchi, señalando a los dos huéspedes, les dijo:

Llévase a esos dos a la cocina y que os ayuden al quebracer de la comida. Yo me voy ahora, pero no tardaré. ¡Mucho ojo con lo que se hace!... Cerraré la puerta con llave, de todos modos, por si a esos mocitos se les antojase escapar;... porque me parece que tienen traza de estar muy contentos — agregó con sarcástica expresión.

Las niñas se habían aproximado ya a los huéspedes y les contemplaban en silencio y con extrañeza, singularmente Luisa que hasta entonces no les había visto, aunque supiera la presencia de ellos por Aimée.

Cecchi se dirigió hacia la puerta, y antes de marcharse, reiteró sus instrucciones.

—Pronto vuelvo — repitió. — Cuidado con esos, y a ver si todo está listo para cuando regrese.

Dicho esto partió definitivamente, después de cerrar con llave la puerta.

...

Solos ya los cuatro chiquillos, se miraron con la desconfianza del diplomático que trata de penetrar los secretos de su interlocutor sin denunciar los propios.

Pero como los chiquillos no son diplomáticos, pronto se les agota la reserva y vencen en ellos la espontaneidad y el deseo de comunicación con sus iguales.

Por eso, Aimée, más atrevida que Luisa, fué quien rompió el hielo, preguntando a Fritz, al par que le cogió de una mano:

—¿Cómo te llamas?

—Fritz — repuso boso el chiqueto, estrinando con violencia su muto.

—¿Y éste? — insistió Aimée, sin hacer caso de la frialdad de su interlocutor y señalando al otro pequeño.

—Adolfo — repuso el mismo Fritz.

—Pues yo me llamo Aimée y ésta Luisa, o los miras, como queráis y como nos llama papá Cecchi.



—Es tayo ese papá — preguntó Fritz, ya más dispuesto a las confidencias por la presentación mutua que había mediado, aunque de una manera irregular.

—Sí... y de Luisa también...

—¿Es muy feo — declaró Adolfo, que hasta entonces no había despegado los labios.

—¿Es muy malo... muy malo! — confirmó Aimée en voz baja, como temerosa de que el hombre que tenía por padre pudiese oírlo de cerca o de lejos.

—¿Os pega... — indagó Fritz bastante inquieto.

—Todos los días.

—¿Y además se lo come todo...! — denunció Luisa.

—¿Es muy malo... muy malo! — insistió Aimée con el mismo encogimiento que antes.

Como por concatenación de ideas agregó:

—Vamos a la cocina. Allí no podrá vernos ni oírnos.

Al expresarse de esta guisa tomó de la mano a Fritz y le obligó a seguirlo, tirando de él.

Lo mismo hizo Luisa con Adolfo.

Los cuatro chiquillos traspusieron la puerta que conducía más al interior de la casa.

Atravesaron luego una habitación lóbrega, por la obscuridad y por el aspecto que ofrecía, y de allí pasaron a otra pieza más reducida, pero más clara y alegre porque un amoroso rayito de sol la iluminaba.

—Sentarse — invitó Aimée con el tonillo de autoridad de una pequeña ama de casa.

—¿Dónde? — preguntó muy asombrado Fritz.

—Pues en el suelo — contestó Luisa, riendo ruidosamente.

Obedecieron los dos hermanos, en tanto que Aimée cogía una cazuela y un par de cuchillos y Luisa ponía en su delantal un montoncillo de patatas.

Así provistas, las niñas se juntaron a sus nuevos amigos, formaron un grupo en el centro del cual colocaron la cazuela, repartieron las patatas, empujaron un cuchillo cada una y muy gravemente, como mujercitas caseras y hacendosas que se saben al dedillo su obligación, comenzaron a pelar las patatas que, una vez mondadas, arrojaban a la cazuela.

Muy admirados las observaban Fritz y Adolfo, algo cohibidos todavía.

Pero si las niñas callaban prudentemente, ellas, hambres al fin, y por lo mismo curiosas y aficionadas a darle gusto a la sin hueso, reanudaron en seguida la conversación.

Fue Aimée, como ya sucediera antes, quien llevó la batuta en la charla.

—¿De dónde venís? — interrogó

—De la ciudad, ¿y vosotras?...

—Oh, nosotras hace poco tiempo que estamos aquí.

—Como en todas partes — agregó Luisa.

—Es verdad, como en todas partes — confirmó Aimée. — Ann nos hemos detenido en este pueblo más tiempo que de costumbre, y no sé por qué.

—Pues porque papá no tiene dinero—afirmó con convicción firme Luisa.

—¿Qué?...; pero, vosotros ¿qué hacíais?...—inquirió el mico mayor, encarándose con Fritz.

—¿Nosotros?...—repitió con extrañeza el muchacho.—Nada... íbamos a la escuela... La abuela es quien lo hacía todo.

—¿Es vuestra abuela aquella vieja que os acompañaba?

—Sí.

—¿Y vivíais solos con ella?

—Desde hace pocos días.

—¿Con quién vivíais antes?

—Con mamá.

—¿Y ahora no?

—No.

—¿Se marchó acaso?

—No... no... ¡pobre mamá!

—¿Por qué dices pobre mamá?

—Porque ha muerto.

—¿Ha muerto vuestra madre?...

—Sí—repuso Fritz, entre hipo y llanto,—se ahogó en el río.

—Se quedó blanca... muy blanca... y fría, muy fría...—añadió el pequeño Adolfo, revelando en el semblante la expresión del miedo.

Aimée se había quedado pensativa, muda y llorosa también al escuchar la contestación trágica de Fritz.

Su corazóncito bueno, hecho ya a las asperezas de la vida, pero inocente y cándido, se conmovió hasta lo más hondo al contemplar la tristeza del huérfano. Una inefable bondad, un impulso dulce y repentina ternura la impulsaba hacia aquel niño que la casualidad y el infortunio habían llevado a la dura cárcel,

más que mansión, de Cecchi.

Aquellas lágrimas vertidas por Fritz le hicieron poseedor desde entonces del tierno corazón infantil de Aimée, y esa posesión sólo había ya de extinguirse con la vida.

Mas ¡ay! él nunca lo supo... ni pareció sospecharlo siquiera... que así es el mundo y así son los hombres.

## VI

### EXCURSIÓN A LA VILLA

Los pequeños parias hicieron pronto buenas amigas.

La confianza, la igualdad de vida y de sufrimientos les hermataron en seguida hasta formar como una especie de odio contra el hombre escamallado que, olvidando todas las respetos humanos, oyendo sólo la voz imperiosa de su avaricia y de sus vicios, huero de nobles sentimientos, incluso del amor paternal que hasta las fieras profesan instintivamente a sus hijuelos, maltrataba a los pequeños seres con cruel saña, obligándolos a trabajos impropios de su edad,

tratándoles como a bestias de carga y reservándoles por toda caricia la punta de la bota o el horrible vergajo que jamás de su mano se caía.

Sometíanse resignados los niños, pues, criaturas al fin, aún no comprendían toda la inmensa extensión de su desgracia. Solamente la protesta acudía a sus bocas cuando el hambre denunciaba sus estómagos, o cuando el exceso de brutalidad del golpe recibido arrancaba a sus carnes, acostumbradas ya a los porrazos, un alarido de dolor o de rabia.

La inteligencia, el alma del grupo infantil era Aimée. Aimée era la consoladora, la que urdía ingeniosas combinaciones para aplacar la eterna cólera del monstruo, la que privándose de la escasa porción alimenticia que le tocaba en suerte hallaba el modo de cederla a Fritz o a Adolfo sin que éstos lo advirtieran.

El afecto que hacia el primero de estos niños sintiera al verle llorar tan sinceramente por la madre muerta, fué avivándose de día en día, sin que ella misma lo notase, ni aun que lo hubiese notado, hubiera podido explicar en qué consistía y porque se había apoderado de su ser.

Era lo cierto que las alegrías o los padeceres de Fritz encontraban un eco fiel en la avispada Aimée. Bien lo sabían Adolfo y Luisa, los cuales, cuando querían obtener una golosina o un plus para su gula, procuraban contentar a Fritz para que éste fuera el embajador que formulase en nombre de ellos la petición.

Más aún aumentó el cariño de Aimée hacia Fritz desde cierto día en

que el muchacho, en un raptó de indignación motivado por una paliza formidable que sin ton ni son, como solía, aplicaba Cecchi al primero con quien tropezase cuando le atosigaba el malhumor—y aquel día le tocó a la muchacha,—osó hacer frente al coloso, sirviendo así de pararrayos a Aimée, pues la cólera de Cecchi se volvió contra el atrevido rapaz que se alzaba ante él como un gallo joven dispuesto a la pelea. ¡Claro que Cecchi calentó la crosta al joven gallo, dejándole tundido y maltrecho!

Pero; qué consuelo no experimentaría Fritz cuando Aimée, plena de emoción y de agradecimiento, curó y bismó sus heridas, cuando las besó con amorosa piedad, cuando advirtió una mirada de admiración y de orgullo, de ternura y de confianza en la fortaleza de su David!...

...

Días, semanas, meses transcurrían así.

Cecchi sometía a los niños a toda clase de ejercicios de elasticidad y de fuerza. Trapecio, paralelas, disensión y retorcimiento de los miembros, todos los prolegómenos de la preparación del acróbata y del funámbulo, con el también indispensable complemento del baile.



Y Cecchi llevaba la educación de sus discípulos a paso de carga.

Le urgía ponerles en explotación cuanto antes.

Su bolsa, completamente vacía, necesitaba repostarse.

El crédito, del que había vivido aquellos últimos meses, estaba agotado. Nadie le daba, y las gentes de la ciudad comenzaban a mirarle con torvos ojos.

Hasta sus compañeros de oficio le huían, considerándole ya un fracasado sin arreglo ni emienda posible.

Por todas esas razones si se mostraba parco en la comida de sus míseros, en cambio prodigábaseles, con verdadera magnanimidad las raciones de acbuche, y aplicaba sin vacilaciones ni desmayos la vieja fórmula pedagógica que dice: «La letra con sangre entra».

Su furor en la enseñanza sólo encontraba límite en la propia conveniencia.

Porque no era cosa de matar la gallina antes de que pusiese los huevos de oro que con tanto afán esperaba él apropiarse.

Sin embargo, en los últimos días que se fijara como plazo para dar por finida la educación de los míseros, arreció su mala sangre y los golpes menudearon como nunca. A tanto llegó en sus bárbaras flagelaciones, como movido de un placer sádico, que Aimée, la sufrida Aimée, vecida, aniquilada, cayó al suelo diciendo con apagada voz y lamentable acento:

—No puedo más... no puedo más...  
Su tierno cuerpecito, marcado por

las huellas de los golpes recibidos, rendíase abatido a la fatiga y al sufrimiento.

Fritz se acercó a ella y la consoló, la alzó del suelo y la sacó del cuarto horrible de los martirios, sin que Cecchi protestase... porque estaba muy entretenido con Luisa y con Adolfo.

Aimée se dejó conducir.

Ni una palabra salió de su boca, pero su triste sonrisa expresaba todo su agradecimiento.

...

Desde el punto y hora en que Cecchi concibió el pensamiento de formar la «Troupe Cecchi» y de poner ya a contribución las habilidades, tan duramente imbuídas a sus *protégidos*, decidió ponerse en marcha y dirigirse a la capital de la comarca donde tenía buenos amigos y donde sabía que era fácil la colocación de un número sugestivo en cualquiera de los muchos *concerts*, *teatruchos* y *cafetines* que en la gran población existían.

Libre de obstáculos para realizar su pensamiento, pues hasta quien hubiera podido oponarse, esto es, la abuela de los muchachos, comía ya el polvo de la madre tierra, estrujó su magín hasta dar con la idea bajo

cuya forma había de presentar a los nuevos artistas.

Tuvo el pensamiento de organizar una especie de danzas chinas que a lo original del baile uniesen lo fastuoso de la exhibición, y, ni corte ni perezoso, un día se trasladó a la capital, dejando solos a los niños y tomando sólo la precaución de encerrarlos en la casa para evitar toda tentativa de fuga.

La ausencia del domador fué una verdadera fiesta para los niños, quienes gozaron a sus anchas del goce de trastear a su antojo.

Algo les molestaba el encierro, pero, de momento, se resignaron. Hicieron por jugar toda clase de ejercicios, los mismos que sólo a fuerza de palos lograba Cecchi que efectuasen, inventaron juegos nuevos, se bataron de charlar, y, al fin, como el día tiene muchas horas, empezaron a aburrirse de lo hondo.

—Si pudiéramos salir... — indicó Aimée, cuando ya los bostezos dialogaban todas las mandíbulas.

—¿Tiene unas ideas tu padre...! — censuró Fritz.

—Es muy malo... muy malo... — declaró ella, echando mano de su eterna muletilla.

—Yo creo que podríamos salir... — sugirió Adolfo.

—Sí, por el ojo de la cerradura... — intervino burlona Luisa. — La verdad es que no nos estorbaría la carne...

—Digo y repito que podríamos salir... si nos atreviésemos — ruidió muy pomposamente Adolfo.

—Habla, pequeño — incitó Fritz.

—¿Acaso has descubierto el medio?...

—Me parece que sí.

—¿Cuál es?

—¿De veras, no se te ha ocurrido a tí?

—No.

—Ni a mí tampoco.

—Ni a mí.

—Pues ven acá, Fritz — siguió Adolfo.

Fritz se acercó a su hermano.

Este señaló a un punto de la estancia.

—¿Por la ventana... — exclamó asombrado el mayor.

—Naturalmente.

—Es imposible...

—Imposible... ¿por qué?...

—Está muy alta.

—Demasiado — dijo seriamente Aimée, que con su hermana se había acercado a los muchachos.

—Y ¿para qué hemos aprendido todo lo que nos ha enseñado papá Cecchi?...

—¿Qué quieres decir?...

—Que saltamos más que gamos, que si no alcanza a la ventana cada uno de nosotros, uno encima de otro si que llegamos y que...

—¿Esta cabeza de chorlito tiene a veces buenas ocurrencias! — exclamó Fritz, admirando con sinceridad la agudeza de su hermano.

—¿Te parece bien? — insinuó Aimée con un resto de desconfianza y de reparo por la travesura.

—¡Magnífico! — repuso el preferido de la niña.

—¿Entonces vamos a intentarlo? — demandó muy regocijado Adolfo.

—Por mí, sí.

—Por mí también—declaró Luisa.

—Pues no será yo quien se oponga—ratificó Aimée.

—¡Vaya una ocasión para dejar a papá Cecchi con un palmo de narices!—indicó por broma Fritz.

—¿Hablas de veras?...—inquirió la tía mayor, palideciendo intensamente.

—¿Acaso no se lo merece?...—repuso Fritz.

—El es malo... muy malo; pero si hiciéramos nosotros esto, seríamos peores que él.

Esta respuesta de Aimée patentizaba una grandeza de alma que parecía impropia de quien había crecido al lado de seres tan perversos y tan desprovistos de conciencia como papá Cecchi.

...

El proyecto de evasión fue fácilmente ejecutado. Formaron una especie de escuela humana y encaramón a los demás a descender de la ventanilla por el lado de la carretera.

Una vez en ésta, los expedicionarios estallaron en una formidable explosión de risas y aplausos.

Era la primera ovación que se tributaba a su trabajo artístico, a falta de público que los admirase y

aplaudiese. No por eso era menor su satisfacción.

Al verse en libertad vacilaron respecto al plan de conducta a seguir.

También fue esta vez el pequeño Adolfo quien suministró la idea con la que todos se mostraron acordes.

—¿Por qué no vamos a ver a la abuelita?...—propuso.

Tanto Adolfo como su hermano ignoraban que la pobre señora, destrozada por el sufrimiento y la miseria, había perecido en el hospital de la ciudad, noticia que, según ya hemos dicho, sabía perfectamente Cecchi.

—Muy bien pensado—aprobó Aimée, la primera.

—Pero ¿dónde la hallaremos?...—dijo en tono dubitativo el bravo Fritz.

—Es verdad...; de todas maneras yo creo que en la casa donde vivíamos sabrán a dónde ha ido a parar la abuelita—expresó Adolfo.

—Pues no hablemos más; y de prisa, no sea cosa que vuelva papá Cecchi y vea la casa vacía—repuso Fritz.

Me pones carne de gallina... ¡Cómo bufaría el hombre si viese que hemos volado...—exclamó Luisa.

Reanudaron la marcha y con bastante ligereza mientras estuvieron en los alrededores de las calles principales de la población, pero cuando alcanzaron el centro de ésta hubo que andar más despacio, porque las chiquillas atraídas por los escaparates, especialmente por los en que se exhibían galas y adornos de mujer, se detenían a cada paso maravilladas ante aquellas riquezas que si bien



no los eran desconocidas, pues en su vida errante ocasiones sobradas tuvieron de admirarlas, siempre despertaban su atención y su instinto temerinos.

Fritz tuvo que ponerse serio y hasta remedar un poco a papá Cecchi para conseguir que sus compañeros no se embriegasen con tanta frecuencia.

Aunque con paradas más o menos largas aquí y allá, avanzaron hasta abandonar de nuevo el centro de la población y sumirse en los barrios donde toda pobreza tenía su asiento y donde la miseria era el estado natural de los desgraciados habitantes.

Así arribaron a un callejón lóbrego y estrecho cuyas paredes, ennegrecidas por la humedad y por la perpetua niebla, parecían formar una losa para sepultar al andaz que se atreviese a poner el pie en la estrecha vía.

—Ya estamos —aseveró Fritz.— Allí es —agregó, señalando una puerta baja, cuyas maderas astilladas y rotas a trechos la semejaban a una dentadura desportillada y sucia.

Fritz la empujó y penetró primero en el oscuro portal.

Allí aguardó a que se le reuniesen los demás.

—Esto da miedo —exclamó Luisa, evidenciando con su frase justa el miserable aspecto del lugar en que se encontraban.

—Hay que subir —opinó Fritz.

—¿A nuestro chamizo? —interrogó Adolfo.

—No...; basta que preguntemos a un vecino cualquiera. No creo que la abuela viva ya aquí.

—Se siguió el consejo de Fritz, quien se encargó de llevarlo a la práctica.

Desgraciadamente la diligencia no dio el resultado apetecido.

La vecina a quien se dirigió el muchacho, y que habitaba en el primer piso, contestó a la pregunta diciendo que la abuela había desaparecido de la casa hacía ya más de un mes y que no habían vuelto a tener noticias de ella. A seguida la mujer pretendió averiguar el por qué los nietos iban en busca de la abuela, dónde vivían, qué hacían, etcétera; pero Fritz juzgó prudente emprender la retirada sin proporcionar a la curiosa los informes que ésta deseaba.

Fracassado el proyecto que les condujera a la ciudad, el buen sentido de Aimée se impuso a los otros excursionistas, que ansiaban solazarse algo más recorriendo los parajes más concurridos de la villa.

Aimée tenía el regreso de su padre y juzgaba que la calaverada que habían hecho era ya excesiva.

Fritz acató el parecer de la chica y no discurrió más, emprendiéndose el regreso aunque sin prisa alguna.

Hacía buen sol y una temperatura agradable. Los lejanos campos enviaban con el viento sus aromas y el murmullo del río era como una música agradable que halagaba dulcemente los oídos.

Los chicos, como los pájaros, gor-

jeaban con estruendosa y varia algarabía.

Al fin llegaron a la corraliza de la casa que habitaban y como si la vista del edificio despertase en ellos el recuerdo de algo que hasta entonces olvidaran, bostezaron, y no de aburrimiento precisamente.

La caminata, el aire saludable que respiraron habían excitado su apetito.

—No nos vendría mal un poco de merienda, ¿eh?... —dijo Fritz dirigiéndose a los demás.

—Mu pocos que tenemos en casa pocas provisiones para meterles el diente—repuso Aimée.

—¡Mientras haya algo...!

—Pues vamos adentro y veremos qué se encuentra.

No hubo necesidad de nueva excitación para el ingreso de los pájaros en la jaula.

Por el mismo procedimiento que emplearon para salir, entraron en su domicilio, y, ya en él, cayeron como devastadora plaga sobre los escasos alimentos que Aimée reservara para la cena.

\*\*\*

En ya entrada la noche cuando giró la llave en la cerradura, se abrió la puerta y penetró en la ha-

bitación, que estaba a oscuras, papá Cecchi.

Se oyó el frote de una cerilla en la lija de la caja y en seguida la luz del fósforo iluminó, en parte, el cuarto. El hombre adelantó hacia la cómoda, algo soliviantado por el silencio que reinaba, y encendió un quinqué que sobre aquella había.

La mayor luz disipó las tinieblas y al par el temor que por un instante asaltara al titiritero.

Los cuatro micos, quien tendido sobre el santo suelo, quien sentado y apoyado de espaldas en la pared, dormían.

—¡Vamos, han sido buenos chicos! —exclamó con gran satisfacción el bárbaro.

Aquella noche la cura de papá Cecchi no era la suya habitual.

El hombre parecía resplandeciente, victorioso.

Buen negocio debió ser para él la ida a la capital.

Consigo había traído Cecchi un bulto de más que medianas proporciones y un pequeño paquete que, por ciertas manchas grasientas que presentaba el papel, denotaba contener algo muy directamente relacionado con la manducatoria. El bulto grande habíalo dejado junto a la puerta; el paquete puesto sobre la cómoda incitaba a abrirlo.

Acto seguido, el *domador* tomó una botella y un vaso que guardaba en una pequeña alacena, y vertió vino en el vaso, apurándolo de un trago. Limpíase los bigotes con el revés de la mano y, luego, se acercó al montón de piltrafas humanas a

las que llamaba sus micos, y las sacó del mundo de los sueños para traerlas a las realidades de la vida, empleando su urbano sistema del punterazo limpio.

Al sentir la curiosidad los muchachos despertaron, abrieron perezosamente los ojos y los cerraron en seguida, deslumbrados por la luz, y, al fin, restregándose los ojos y poniéndose de pie con desmayo, aguardaron a que Cecchi acabase de despabilarlos con algún papirolazo.

Aimée, que antes que sus compañeros recobró el sentido de la realidad, se sintió presa de repentino temblor al recordar que ella y los otros habían dado buena cuenta de la modestísima colación que se zamparon a su regreso de la escupatoria.

¡Buena la habían hecho! ¡Allí iba a ser Troya!...

Sin embargo, aquella vez, al menos, Dios había tocado el corazón del maestro.

Cecchi no preguntó por la cena.

Habíase sentado junto a la mesa y encendido la pipa.

Sus miradas lejos de perseguir a los muchachos como de costumbre, denunciaban al hombre absorto en sus reflexiones, que seguramente eran halagadoras, cuando la sonrisa entresabría los labios de aquel ser cruel y villano.

La tranquilidad del aspecto de Cecchi envalecimentó a los chicos, que ya se habían percatado de la existencia del paquete por el tufillo que exhalaba y que sus naricillas busaban ávidamente. Asimismo nota-

ron la presencia del bulto grande, pero ésta sólo le interesó a Aimée.

Aprovechando el éxtasis del cancébero, Aimée se acercó a lo que despertaba su curiosidad, y los otros tres, efectuando estratégicos movimientos de avance, fueron acercándose a la cómoda, hacia la que les empujaba el dominio de la gula.

Ya estaban próximos al lugar en que resplandecía ante sus ojos el paquete, que ya devoraban con la vista, cuando la bronca voz de Cecchi se dejó oír atronante.

—¡Hola... hola... parece que os ha dado el olorillo en las narices!... Y tú, lagartona, añadió dirigiéndose a Aimée —¿qué buscas ahí?...

La dispersión fué general.

Cada cual procuró enfarse lo antes posible a las miradas del ogro que, cloramente, en aquella ocasión se expresaba la ira, sino algo así como una irónica burla.

No obstante, dejó Cecchi que palidecieran el susto unos momentos y, al cabo de un rato, ordenó breve e imperiosamente:

—¡Todo el mundo aquí!...

La chiquillería tornó a acercarse, con las orejas gachas y preparado a hurtar el cuerpo al maldito látigo suspendido siempre sobre sus cabezas.

—No haya miedo guripus—algún coo loco conciliador el artista de circo—; por hoy seremos todos buenos amigos, y en prueba de ello os voy a obsequiar como os merecéis. Alcauza ese paquete Aimée... Tú,



Luisa trae platos y cubiertos... y vosotros, Adolfo y Fritz, sentaos...

Asombrados de la actitud de papá Cecchi obedecieron con torpeza los niños.

Colocado el paquete sobre la mesa, puestos los platos e instalado cada comensal en su respectivo sitio, fijas las miradas en las manos de Cecchi, éste destripó aquello que para los niños venía a ser en aquel instante el tonel de Danae y sacó varios trozos de distintos embutidos, pan, queso y algunas frutas que distribuyó equitativamente, después de haberse servido a sí mismo la parte del león.

—Ahora callad y hantaos. Luego hablaremos—dijo.

No necesitaron de otro requerimiento los niños para alacar con buen diente aquellas exquisiteces que ni siquiera de nombre conocían, y de las que si alguna idea remota guardaban en su mente era la que recibieran al haber visto algunas de ellas en los escaparates de ciertas tiendas de la ciudad.

También hizo funcionar ágilmente la dentadura el maestro, quien para facilitar la deglución de lo que tragaba, empujábalo hacia adentro con numerosas libaciones.

Cuando ya sólo quedaron las migas, si realmente merecían este nombre los restos casi impalpables que quedaron del festín, Cecchi tornó a cargar y encender su pipa, aspiró largamente y con fruición el humo del tabaco, y puso en seguida el paño al polquito.

Con pocos circunloquios refirió

que su ida a la capital le había proporcionado el éxito apetecido.

El soñaba hacia tiempo con organizar la Troupe Cecchi y al fin esta organización no sólo era ya un hecho, sino que la troupe estaba contratada en un teatrillo de variedades donde haría su debut muy pronto.

—Se acabó, pues—decía—el haraganesaz, guripaa; ahora a ganarse el pan todo el mundo. Dentro de dos o tres días nos iremos de aquí para no volver más...

—¿Y ya lo sabe la abuela—apuntó Fritz.

—Tu abuela ha muerto hace más de quince días—contestó brutalmente Cecchi, pero sin darle importancia alguna a la noticia.

—¿Muerta!—exclamó en voz baja Fritz, abrazando a su hermano que hacía ya pucheros.—¿Qué solos estamos en el mundo!

—Y yo ¿no soy nadie?...—intervino Aimée con suave tono de conmiseración al par que de reproche.

—Hoy no es día de llorar—declaró terminantemente Cecchi.—; mañana lloraréis a vuestro gusto si así lo preferís. Hoy debemos alegrarnos todos porque la suerte se ha entrado por las puertas de esta casa.

Nadie intentó llevar la contraria al coloso.

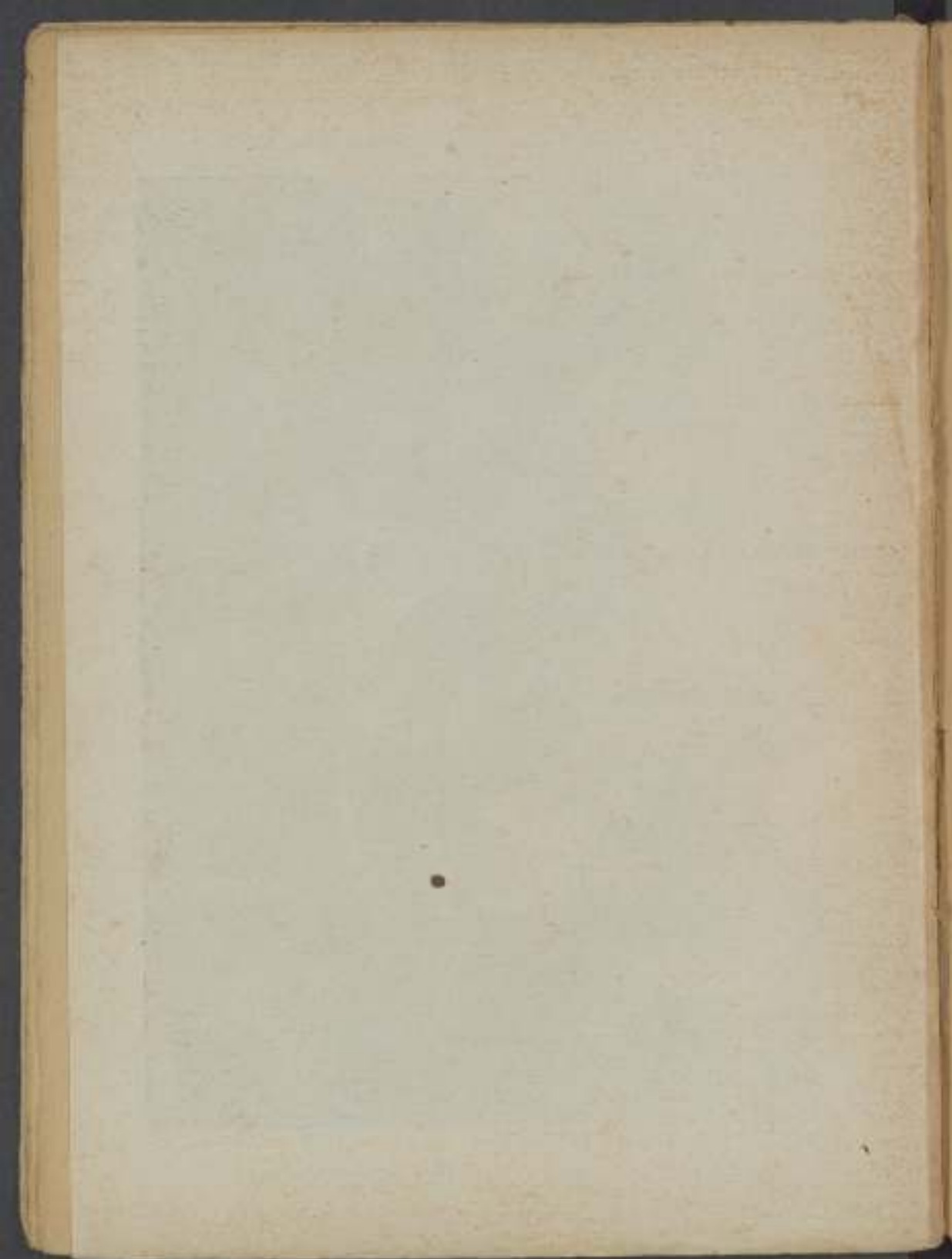
Los chicos tragáronse las lágrimas y las niñas se esforcaban en sonreír para contentar a su indigno padre.

Este prosiguió explanando el plan que había proyectado que, a su juicio, había de proporcionarles montones de buenas monedas de plata, y mandó deshacer el bullo que conte-



LA NOCHE DEL HENRIQUE DE LAS CUATRO DIABLAS



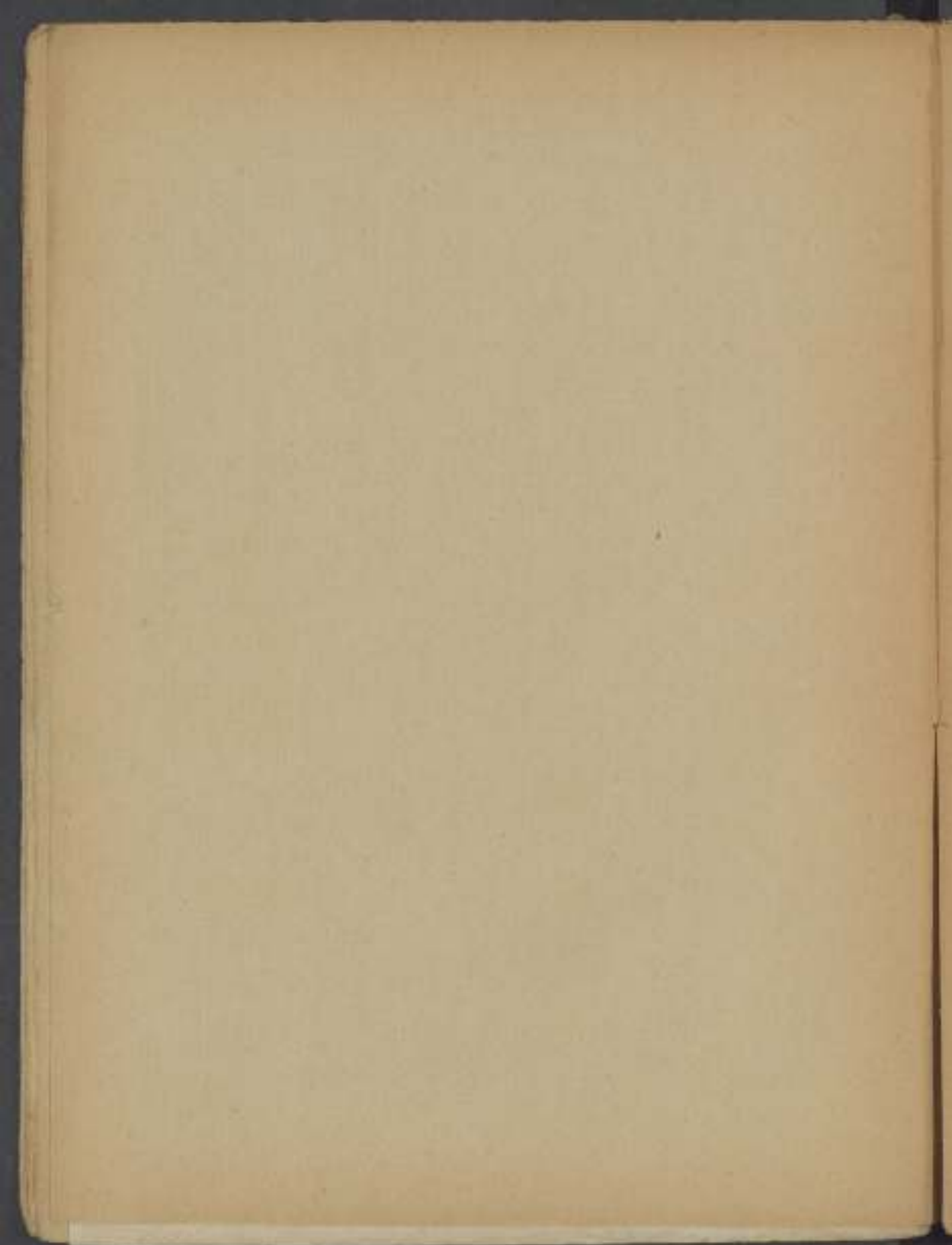


nia los trajes que él y sus discípulos habrían de ponerse para representar la farsa, trajes llamativos, de colores y bordados, trajes que distrajeran a los *micos* de su pena y les encandilaran los ojos, conmoviendo su vanidad al figurarse ya vestidos

con aquellas preciosidades que Cecchi había comprado para ellos.

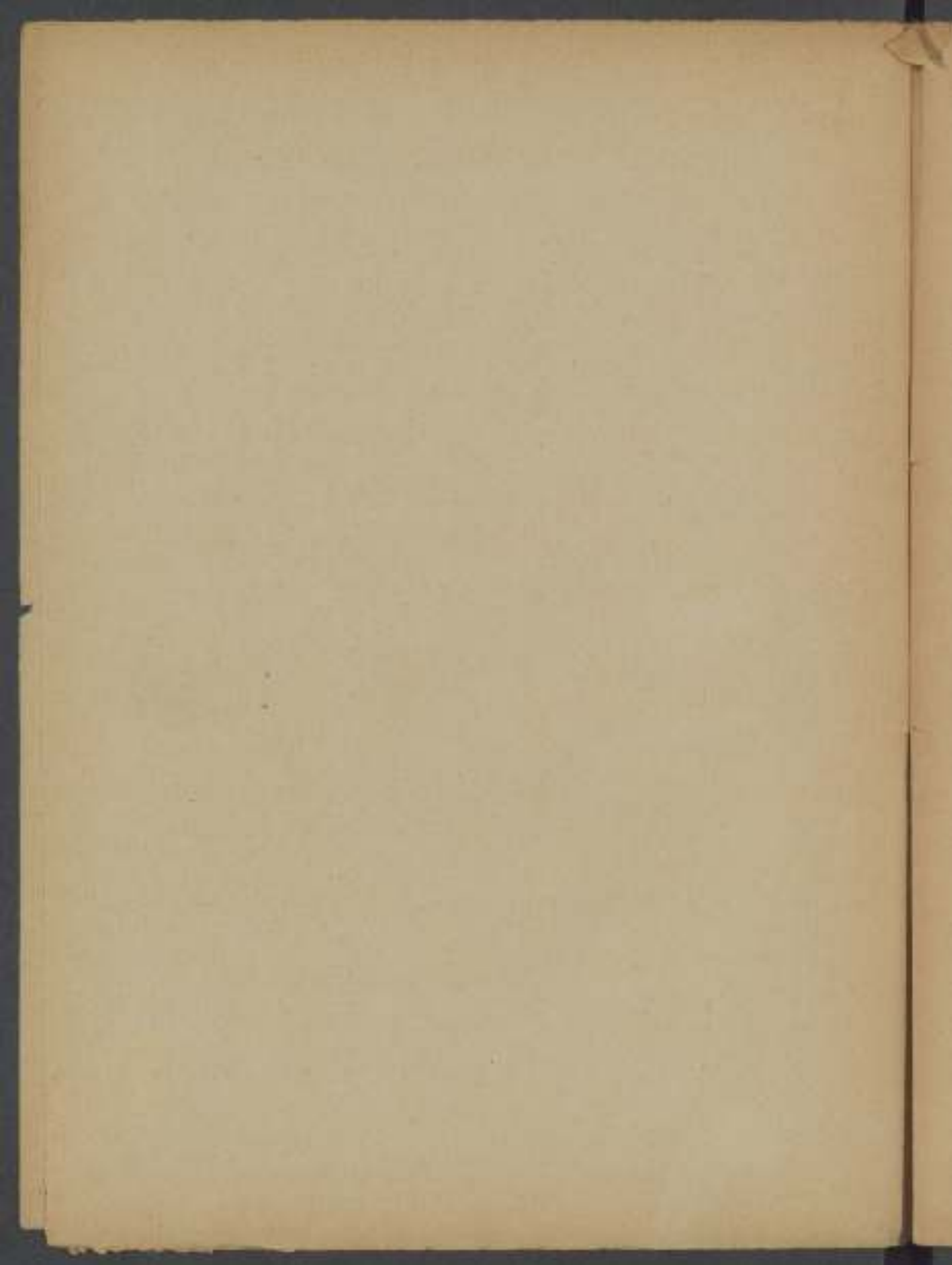
Se levantó Cecchi de la silla e hizo la distribución de las ropas que a cada uno correspondía y dijo:

—Ponéos esas vestiduras de reyes y a ver cómo os portáis... Atención que va a comenzar el ensayo.





SEGUNDA PARTE



## VII

### EL DEBUT

El teatrillo donde hablan de actuar los noveles artistas, con la colaboración y bajo la dirección suprema de papá Cecchi, estaba situado en uno de los muchos suburbios de la gran ciudad.

Tenia el teatro su público especial, mezcla de empleados, artesanos y tenderos que iban a solazarse allí, más que con las infinitesimales porciones de arte que, de vez en cuando, se les servía, con un caplé picante y desvergonzado y, sobre todo, con la contemplación de los desnudos pechos y piernas de bailarinas y cancionistas, casi todas de infimo orden.

Era aquello más bien el vermouth preparatorio de la visita al prostíbulo, el afrodísíaco con que el cansado de costumbres mortigeradas lograba

resucitar por una noche la olvidada luna de miel, con gran extrañeza de la sorprendida consorte.

Claro que no todos los concurrentes pertenecían al mismo cuño, ni habían salido de igual troquel. También figuraban entre ellos gentes a quienes les trala sin cuidado lo que en la escena acontecía.

Precisamente la noche del debut de la Troupe Cecchi destacábase entre el público un caballero que se aburría como una ostra; era quizás el único a quien no le gustaban las bailarinas de distintos rangos con cuyas piruetas se iniciara el espectáculo.

Ni que decir tiene que tanto el fiero Cecchi como sus discípulos estaban pasando un mal rato; el primero ante el temor de que su bien pensada combinación fracasase; los jóvenes porque consideraban la prueba como muy ruda y desconfiaban de salir airoso de ella.

Refugiados en el camerino que se les había destinado, aguardaban llenos de ansiedad el minuto supremo de su salida a escena.

Cuando al fin el avisador les lanzó el tradicional «preparados», un

ligero escalofrío recorrió los miembros de los juveniles artistas.

Había llegado la hora.

Y por cierto que la atmósfera del teatro estaba bastante cargada y amenazadora.

El número que les precediera en el cartel no había agradado al respetable. Se trataba de unas señoritas que interpretaban unos bailes exóticos, acogidos con bastantes sí-micos y otras señales de franca desaprobación.

Después de este número vino la danza china, ejecutada por los diminutos artistas.

Se presentaron encogidos, pero vistosos y agradables.

Y bailaron.

Bailaban, con tímida sonrisa en los labios; parecían muñecos de cera que danzaban sobre un organillo.

El malhumor de la gente se desvaneció a la vista de aquellos duendecillos, ágiles y bien amaestrados.

Las manos se juntaron y estalló la ovación.

Tuvieron más éxito... y más suerte que las bailarinas. Hasta cajitas de dulces les ofrecieron algunos entusiastas.

...

Cecchi no debía de orgullo en su pellejo.

El triunfo de sus alumnos, obra suya ora y buenos coscorrónes había tenido que proporcionarles antes de alcanzar aquella leve aureola de gloria.

Su primer cuidado al constatar el éxito, fué el de pasarse por la administración de la empresa a fin de recoger lo antes posible el fruto de sus desvelos y de su sabiduría profesional.

Metió en el bolsillo las monedas que representaban el sueldo de los pequeños artistas, solicitó del empresario un aumento de consignación en vista de que el número iba a proporcionar muy buenos duros a la tequilla, y, lograda su pretensión, salió majestuosamente del teatro.

Fritz, Aimée, Adolfo y Luisa habíanse ya retirado al cuarto que ocupaban en un fondue de quinto orden, y allí aguardaban con impaciencia la vuelta de su protector y con él la aparición del piscolabis que les prometiera para restaurar las fuerzas antes de acostarse.

Pero el hombre no llegaba.

Para matar el hambre y librarse del sueño que les rendía, se enredaron en larga conversación acerca de las peripecias de la noche, de las especialidades de los artistas que con ellos trabajaron y del aspecto del teatro; todo ello visto al través de sus imaginaciones pueriles y de su ignorancia acerca de cosas y personas.

Poco a poco fueronse agotando los temas sin que Cecchi se hubiese presentado.



La tardanza empezó a alarmar a las criaturas.

Por un momento cruzó sus imaginaciones la idea de que Cecchi, el terrible Cecchi les abandonaba en aquella ciudad desconocida, desamparados, sin recursos y sin tener a quien volverse, pues ellos para nada habían intervenido en las negociaciones de su contrato ni obrado más que en calidad de autómatas del retablo de aquel mancebo Pedro que así se olvidaba de sus muñecos.

Transcurrieron las horas y, al fin, se acostaron los chiquillos, convencidos de la inutilidad de la espera.

Ya de madrugada, sigilosamente, como el ladrón que teme verse descubierto, penetró Cecchi en la habitación.

Trató la faz demudada; pintábase en ella la expresión de sus días de rabia, de cuando arremetía a trallazos contra sus infelices discípulos.

¿Por qué tan rápida transformación?

¿Por qué pasó el hombre con ligereza tanta del júbilo exagerado a la cólera tradicional?

La explicación no podía ser más sencilla.

Al salir del teatro, Cecchi, tentado por el demonio de la ambición, quiso probar el azar de las cartas y... perdió, persiguiendo la fortuna, todo el dinero que los pequeños habíanle ganado con su humilde trabajo.

...

Fuera labor impropia la de seguir paso a paso todas las vicisitudes que hubieron de experimentar Fritz y Aimée, Adolfo y Luisa en manos de su explotador inicuo e insaciable «papá Cecchi».

Mozos y mozas fueron creciendo al paso que Cecchi envejecía y se encanallaba más y más.

Mas si corporalmente claudicaba aquel hombre cruel, moralmente se mantenía en igual textura; siempre amenazador y duro de palabra y de obra.

En el período de su decadencia física las predilectas de su encono y de su ira eran Aimée y Luisa, a quienes trató de impulsar a la carrera del vicio, y a las que salpicaba de soccos improprios a toda hora, cuando no las infligía insuportables martirios, porque querían mantenerse puras y castas, desoyendo los consejos y burlando las viles maquinaciones de su desalmado padre, quien en el último grado de la degeneración sólo atendía a la satisfacción de las aberraciones de su instinto desviado y torpe.

Con ellos, con los niños que recogiera para educarlos (!), no se atrevía ya. Habían crecido mucho y sabía él, si no por experiencia propia,

por la experiencia ajena, que empezaban a tener el puño duro y la paciencia corta.

Claro que para que esta transformación se operara hubieron de pasar años, durante los cuales las víctimas fueron almacenando, si no odio, desprecio, pues aun cuando las brutalidades de Cecchi resultábanles inaguantables, no era menos cierto que, dentro de la profesión a que se habían dedicado, los consejos y las triquiñuelas del viejo valiéronles no pocos adelantos en la carrera emprendida.

Desde la aventura de su debut y conforme aumentaron en corpulencia y en fuerzas musculares, hubieron de ir cambiando frecuentemente los ejercicios con que se presentaban al público.

Incorporados definitivamente a las compañías ecuestres, tan pronto se presentaron como equilibristas o acróbatas que como saltadores o bailarines; de modo que carecían de una personalidad bien definida y de una especialidad que les distinguiese por modo eminente de sus compañeros de oficio.

Cecchi, por propio egoísmo, cuidóse de que los muchachos no firmaran un solo número a fin de que constituyendo dos o más, siempre hubiera uno trabajando, y, por tanto, asegurado el numerario que sus vicios le reclamaban.

De aquí que perteneciesen las más de las veces a compañías tomadas, ambulantes, que sólo permanecían pequeñas temporadas en poblaciones de poca importancia, donde los bene-

ficios que se obtenían eran, generalmente, escasos.

...

La hora de la libertad había de sonar muy pronto para los jóvenes artistas y, con ella, la de obtener un puesto prominente entre las celebridades circenses de la época.

Pero como en la vida humana la desdicha y la fortuna, la alegría y el dolor van siempre de la mano; se completan y forman un todo indivisible, junto a la gloria y la nombradía, junto a la popularidad y el dinero había de asomar la tragedia su carátula imponente y horrible.

Así es el mundo y así hemos de tomarlo y de abandonarlo a las generaciones futuras.

Un acontecimiento inició la era de liberación: fué ésta la muerte de «papá Cecchi».

Inesperada y rápida, sobrevinó a los jóvenes que, aun profesando escasa estimación al tunante que les explotara y amargara una infancia y una juventud durante las cuales no participaron del agasajo y del respeto que al niño se debe, todavía veían en él como una sombra de protección que les era necesaria.

Una noche que Papá Cecchi había bebido más de la cuenta, se le alegraron excesivamente las pajarí-

tas, y, bajo el dominio de la alegría espiritual, penetró en el departamento del circo donde se hallaban los caballos amaestrados, con los que practicaba notables ejercicios en la pista un excelente y elegante profesor de equitación.

A quien halló Cecchi un tanto encolerizado porque una de las jaquitas que realizaban difíciles equilibrios se mostraba rebelde a las caricias y a las amonestaciones de su domador.

—¿Qué le pasa?—preguntóle Cecchi, al observar la contrariedad de su amigo.

—Esta maldita «Estrella» que siempre me ha de hacer la santísima, hombre...

—Qué, ¿se niega a trabajar?...

—No...; pero es un mico lunático; créame, es peor que una mujer, y cuando a una mujer se le pone una cosa en la cabeza...

—¡Bah!—interrumpió despectivamente el viejo artista.—Dí que no sabes cómo debo tratarse a las mujeres y a las jacas.

—Ya salió usted con una de las suyas.

—No, hombre; es que vosotros, los jóvenes, creéis que los viejos estamos mandados retirar y que ya no servimos para maldita de Dios la cosa.

—Ya sabe usted que yo le respeto...

—¿Qué respeto, al que ocho cuartos!... Trae acá la jaca...

—Pero ¿está usted loco?...

—Trae acá la jaca, te digo.

—¿Vá usted a montarla?

—¿Qué duda cabe!...

—Le tirará a usted.

—¿Qué ha de tirar, hombre, que ha de tirar! Tráela acá, repito, y tú verás si, después de haberla yo montado, no la encuentras más fina y blanda que un guante.

Cecchi se dirigió adonde estaba el lindo animalito y de un salto se colocó sobre el lomo de la jaca.

El dueño de ésta protestó.

—No respondo de nada si le da a usted un disgusto...; Bájese!—aconsejó aún.

Pero Cecchi, con la testarudez de la horrachera, se afianzó bien y se limitó a decir:

—¡Ahora verás tú lo que es bueno!...

En seguida picó con los talones de las botas los hijares del animal y éste dio un bote de costado.

—¡Vá a matarse!—exclamó aturdido el profesor de equitación.

Y anheloso, temiendo una catástrofe, se precipitó hacia la jaca para sujetarla y detenerla.

Pero ya era tarde.

El animalito, hostigado por el bocado, se entregó a una serie de diabólicas embrietas que Cecchi no pudo resistir. Bien se agarró a las crines y al cuello de la enfurecida bestia, pegándose a ella como una ventosa; sólo sirvió para que la jaca, rabiosa por no conseguir librarse del astorbo que le molestaba, se arrojase al suelo y refregase su lomo contra las grandes losas de la cuadra.

Los huesos de Cecchi crugieron; la jaca se levantó, libre esta vez del borracho jibeto, y, con la violencia de un odio bárbaro que a voces ma-



nifestan los irracionales, descargó sus dos patas traseras sobre el motor de carne humana que momentos antes era papá Cecchi.

El viejo volatinero ni se movió. Estaba muerto.

¡Digno final de una existencia consagrada solo a los desórdenes, a las malas pasiones y a los vicios!

\* \* \*

Con las precauciones de rigor fué comunicada a las hijas y a los protegidos del difunto la noticia de la muerte.

Aimée y Luisa aún hallaron en la bondad de su alma lágrimas para llorarle, lágrimas que a los ojos del Señor de todo lo creado habrían de pesar en la salvación del pecador impenitente.

Fritz y Adolfo, conmovidos por el dolor de sus compañeras, no se atrevieron a manifestar la indiferencia con que sus corazones acogieron la desgracia.

Para el empresario del Circo ésto fué un golpe de fortuna, porque al trascender al público la muerte del titiritero y las circunstancias en que ocurriera, toda la gente quiso conocer a la jaquita autora del desastre.

Los espectadores acudieron en masa, como ciertas damas elegantes y neurasténicas acuden a las salas de

las Audiencias cuando se ve la causa de un Landré, de un Jack o de cualquier otro bandolero de algún fuste.

Los jóvenes trataron de consolar a sus compañeras, las cuales, pasada la primera impresión, comenzaron a respirar con mayor desahogo y a convencerse de que si por humanidad debían llorar la pérdida de su degenerado padre, nada significaba ésta para ellas en lo porvenir, como no fuera la tranquilidad y el descanso, dentro del trabajo y de la manera de vivir que les había sido impuesta.

Pasados los primeros días de luto, tornaron a sus tareas de costumbre.

Aimée se convirtió en la administradora de la sociedad fraternal.

La mujercita sensata, prudente y buena que en ella había, se revoló entonces, acusando su fuerte personalidad.

Todos se sometieron gustosos a la férula de aquella joven bella, bien formada, limpia de cuerpo y de alma que a todos cobijaba y prestaba fortaleza con su maternal amor.

Sólo cuando sus miradas posábanse en la ya arrogante figura de Fritz, los destellos luminosos que despedían habrían hecho pensar a un observador atento en que un fuego más voraz que el del carifio fraternal ardía en el corazón de la muchacha.

Pero ella misma lo ignoraba entonces.

Para que sospechase la verdadera naturaleza del sentimiento que a Fritz la unía fué preciso que viera a su supuesto compañero galantear a otras mujeres, buscar esas sensaciones y



esas alegrías de amor que ansía todo corazón de veinte años.

Entonces, sólo entonces, al advertir el dolor que las aventurillas amorosas de Fritz la ocasionaban comprendió que aquella estimación, aquel cariño extremado que hacia su compañero sentía, era amor, amor de hombre, ese amor que cuando se apodera de una vida no se detiene ya ni ante los umbrales de la Muerte.

### VIII

#### UNA DUDA Y UNA ESPINA

Concluida la temporada de la población donde quedó para siempre el cuerpo de Cocchi, la compañía ecuestre reanudó su rodar por caminos y carreteras en busca de nuevos pueblos y de otros públicos.

Siempre unidos, los cuatro héroes de esta historia compartieron las mal andanzas y las aventuras de sus colegas de profesión; siempre sin sobresalir, trabajando sin pena ni gloria, tirando buenamente del carro de la vida sin grandes sinsabores ni grandes alegrías.

Aimée, hecho el descubrimiento de su amor, guardó el secreto en lo más profundo de su alma; si siempre mostró su recato y su poder a sus hermanos adoptivos, en lo sucesivo acentuó ambos miramientos, singularmente en las relaciones con Fritz, quien, completamente ciego, demasiado joven para poseer la experiencia mediante la cual habría adivinado lo que Aimée le ocultaba, no advirtió el cambio operado en su amiga, ni se preocupó de otra cosa que de divertirse con las fáciles empresas que el azar le deparaba.

Tal vez el mariposo galante del joven, que si atendía a muchas se fijaba en pocas, tranquilizaba a Aimée, quien instintivamente se percataba de que la sangre viva y ardorosa del mancebo exigía aquellas válvulas de expansión.

Adolfo y Luisa, unidos aún, aunque robustos y fuertes, portábase como verdaderos hermanos. Ambos confiaban en el valor y la sabiduría de sus mayores y pasaban por la vida, quien instintivamente se perloros cuya misión era entonar cada día al padre Sol la canción más inocente y más risueña.

Ael las cosas, otra llamada de la fatalidad turbó el tranquilo pasar de nuestros jóvenes.

En la última etapa de su excursión artística, el público no había respondido a los sacrificios de la empresa, según la frase de cajón, y resintiese de ello la taquilla, en tal manera que el empresario de la desprevista comparsaría se declaró en quiebra y levantó el campo, lleván-

dese consigo los pocos fondos que pudo recaudar.

Los escasos bienes a que renunció el empresario fugitivo, en la imposibilidad de apendarlos, fueron rematados en pública subasta para pago del alquiler del local y otras deudas que el quebrado dejara pendientes.

Excusado es decir el efecto que produjo entre los desventurados artistas la huida de su empresario.

Fue como una bomba explosiva.

La mayoría se desbandaron en busca de otro clima y de otro suelo donde resultara menos problemática la caza del garbanzo.

Otros que contaban con algunos ahorritos permanecieron en la misma localidad en espera de un próximo ajuste.

Gracias a la provisión de Aimée los cuatro cigarras disponían de algunos fondos para hacer frente por el momento a la mala situación creada por el paro forzoso.

Por esta causa no tenían muy a pecho aquel revés. Fritz practicó algunas gestiones a fin de obtener una nueva contrata y esperaba el resultado.

Entre tanto procuraba matar el tiempo del modo más agradable posible.

De ahí que cierto día al tropezar con otras víctimas del fugitivo empresario, una de ellas le designase a sus acompañantes diciéndoles con acentuada sorna, que escondía una buena dosis de malévola.

— ¡Mirad— exclamó — ahí tenía

un cesante que se toma las cosas con bastante filosofía!

Fritz torció el gesto, pero, por no promover un altercado, se limitó a replicar:

— ¡A buen tiempo mala cara!

— ¡Lo mismo diría yo si tuviese a mi lado unas hermanitas tan guapas como las tuyas...! — contestó acerbadamente el ex-compañero de trabajo.

\*\*\*

Fritz europeció hasta la raíz del cabello.

Sintió como si le hubiesen cruzado la cara con un látigo, y su primer impulso fue el de precipitarse sobre el ofensor y apretarle la garganta con las tenazas de sus dedos.

Pero se contuvo.

El escándalo quizá hubiera puesto en entredicho el honor de aquellas a quienes venía obligado a defender. Tragando saliva, clavándose las uñas en las palmas de las manos, respondió:

— A los canallas como tú se les desprecia y se les escupe en la cara.

Y, diciendo y haciendo, lanzó un faribundo salivazo al rostro del importuno.

Esto trató de castigar el insulto.

Los compañeros intervinieron y...

ello bastó para que el difamador se alejase mascullando blasfemias y amenazas.

¡Siempre la cobardía del brazo de la malignidad!

Retador y firme, Fritz esperó la acometida del adversario, pero al advertir la retirada del maldadrin, hizo un gesto de desdén y prosiguió su camino, marchando lentamente.

Si de momento el apóstrofo provocó sólo le irritó la sangre y le sublevó el genio, luego, cuando con lentitud se dirigía a su casa, le obligó a pensar muy seriamente.

Lo peor de todo — se decía — es que aquel miserable expresó en alta voz lo que muchos creerán sin atreverse a decirlo con claridad... ¿Qué malo es el mundo?... ¿Qué lógica la suya?... A su luz es natural que unas mujeres jóvenes y lindas, antes que resignarse a la escasez y al hambre, se huyan todo al verse obsequiadas y deseadas con torpes fines, sucumban para ahuyentar el espectro de la miseria... Y es natural también que dos hombres, aunque sean jóvenes y robustos, y decentes y honrados, transijan con la corrupción y vivan a costa de la formada lubricidad de sus parientas...

Otra vez el rubor coloró su cara.

— ¡Vive Dios que no ha de ser! — casi gritó, deteniéndose en su marcha y sin notar que algunas transeúntes le miraban ya con extrañeza.

Siguió, al fin andando, dándole vueltas en su magín a la perturbadora idea y buscando el medio de terminar cuanto antes con aquella situación equívoca que daba mar-

gen a suposiciones tan canallescas y tan perjudiciales para su amor propio de artista y para su honrra de bien que nadie, hasta entonces, podía poner en duda.

— ¡Yo no soy un papá Cecchi! — se dijo a modo de conclusión como resumen de la trabajosa labor intelectual que acababa de realizar.

Por vez primera quizás en su vida, sus ilusiones juveniles, esas mariposas de oro que hacen una corta estancia en el cerebro de todos los hombres, habían chocado con las asperezas de la realidad dura y amarga; de las alas de aquellas mariposas había comenzado a desprenderse el dorado polvillo.

Mohino, pues, y cariacontecido llegó Fritz al modesto cuarto que habitaba en compañía de sus hermanos.

Y la primera persona con quien tropezó fué con Aimée.

• • •

La joven notó en seguida el mal humor del hombre a quien amaba ya sobre todas las cosas.

Se alarmó.

— ¡Qué cara tan larga tienes! — exclamó — ¿Te ha sucedido algo malo?...

Fritz no contestó tan rápidamente como ella deseaba.



—Habla, hombre... ¿no ves mi angustia?—insistió Aimée por cuya imaginación cruzó una sospecha inspirada por los celos; la sospecha de que Fritz intentara separarse y abandonarlos.

—No hay para tanto, mujer—repuso el joven con dulzura, pero decidido a no manifestar la causa verdadera de su justificado malhumor.

—Entonces, ¿por qué esa cara?...

—¿Te parece que están los tiempos como para burlarse unas peteceras?...

—Pero tampoco para cantar el gori gori—repuso con oportuna gracia Aimée.

Sin contestar, Fritz se dirigió a la salita donde habían permanecido reunidos los jóvenes cuando no salían de casa.

Allí estaban Adolfo y Luisa echando un pulso. Ella, encarnada como una anapola, hacía violentos esfuerzos para vencer la resistencia implacable de su contrario.

La escena arrancó una carcajada a Fritz.

—Desengáñate, Luisa, no puedes con él. Te lo ha demostrado cien veces y tú... erro que erro—dijo cuando se calmó su hilaridad.

—Me gana porque hace trampas...

—¿Qué trampas ni que niño muerto!—replicó iracundo Adolfo.—Te gana porque puedo más que tú en esto y... en todo...

—Paz... paz... intervino Aimée, que había penetrado en la sala detrás de Fritz.

—Date pisto Mariquita... date

pisto—insistió Luisa, haciéndole la mamela a su vecedor.

—Basta de juegos—ordenó acanamente Fritz—. Hemos de hablar con seriedad.

Todos le miraron.

Aimée le interrogó ávidamente.

—¿Ha habido respuesta...?

—Sí, he recibido algunas contestaciones... ¡todas son negativas!...

—¿Entonces?...

—Sentémonos y hablemos.

Sentáronse todos alrededor del voladorillo colocado en el centro de la habitación.

Los semblantes de Aimée, Luisa y Adolfo expresaban una gran ansiedad.

Después de una pausa que excitó la atención y la curiosidad de los oyentes, dijo Fritz:

—¿Os traigo una idea...!

—Si nos trajeras un dero, sería muchísimo mejor,—repuso prontamente Luisa, cuyo genio picante y dicharachero difícilmente admitía el freno de la gravedad y de la prudencia.

—¿Chirigotas, no!—clamó Fritz, indignado.

—No le hagas caso—intervino Aimée.—Esta chiquilla nunca sentará la cabeza.

—Ni falta... murmuró la aludida.

—Bueno, habla, Fritz—incitó Adolfo, que oyó el aparte de la revoltosa y pugnaba por contener la risa.

—Vamos a decidir hoy mismo, ahora, de nuestro porvenir; ¡ved si tenía razón al decir que hablaríamos en serio, muy en serio!...



—Adelante... adelante...—exclamó Luisa.

—Estamos — continuó Fritz — en un período crítico de nuestra vida. — Merced a nuestra querida y aborradora Aimée hemos ido tirando hasta ahora, bien que mal; pero más mal que bien...

—¡No hay que quejarse, Fritz; otros lo pasan peor!—opinó Aimée.

—Ciertamente. Pero yo no soy de los hombres que se resignan a ir desnudos porque otros no tengan calzoncillos; yo, como todas las gentes un poquito ambiciosas, tengo la ilusión de pasar la vida lo más cómoda y regalemente posible, de ser algo en el mundo, claro que trabajando y sacrificando lo que haya que sacrificar dignamente.

—Eres demasiado egoísta...

—Yo no veo todavía esa idea que nos trae...

—Si me interrumpe a cada paso...

—Dejadle hablar...

—Callamos y oímos — asintió la incorregible Luisa.

—He aquí mi idea. Hasta ahora hemos actuado los cuatro cada uno en plano distinto, según el peculiar trabajo de cada cuál.

—En efecto...

—Quiere ello decir que en vez de unir nuestras fuerzas para formar un todo homogéneo y perfecto, las aglutinamos en un trabajo vulgar, demasiado visto y que nunca será bien remunerado.

—Ahora empiezo a entenderte — declaró Luisa.

—Hoy el dinero y las contrataciones

son para esos números que, dedicados a una especialidad, la cultivan hasta llegar en ella al mayor grado de perfección, hasta constituir un caso único, un número llamativo, sin competidor y, por consiguiente, de éxito seguro y constante.

—Tu idea me parece magnífica y encajada en la realidad. — Manifestó Aimée con entusiasmo.

—Sí, la idea no es mala — opinó Adolfo, — pero ¿qué especialidad, qué número único y ejemplar podríamos formar nosotros cuatro?

—Hoy están en moda los acróbatas del aire; los artistas que trabajan en los trapecios voladores son los que mejor paga reciben — apuntó Fritz.

—¡Muy lindo...—intervino Luisa con su ligereza habitual. — Lo dices tú y basta. Pues... ¿cómo tú quieres?... Nos exponeremos a rompernos el alma en obsequio del respetable público!... ¿Ya lo crees?... ¡Hay que arriesgar la vida para poder vivir!... ¡Gran idea la tuya!...

Y rompió a reír la alocada jovenzuela.

Fritz, más serio que antes, repuso:

—¡Eres una simple!... ¿Arriesgar la vida, dices?... ¿Acaso no la arriesgan todos los días oscuramente, sin luminarias y sin aplausos el albañil en la obra, el obrero junto a la máquina que rige, el conductor del tren en la locomotora que guía?... Sí, son pocos, contadísimos los hombres que no exponen diariamente, de un modo u otro, su vida para prolongar esa vida misma. ¿Qué mérito tiene, pues, el arries-

garla ante un público que nos admira, que nos aplaude, que cree sublime lo que nosotros hacemos, olvidándose de que él es el eterno héroe por fuerza?...

—Chico, eres un orador admirable. Créeme, hasta cura... en unos cuantos años, obispo... —interrumpió Luisa, que en aquella ocasión y sin querer se burló atinadamente de la verborrea cura que padecen todos los mortales en los momentos que llaman críticos.

Aimée, fascinada por las palabras del dueño de su corazón, corrigió inmediatamente la intemperancia de su hermana.

—Callate o vete —la dijo con disgusto.

Luisa no se atrevió a protestar.

Fritz, bajando de la altura oratoria a qua se había encaramado, se expresó en lenguaje llano y sin altisonancias.

—Si no os gusta la idea —dijo— no la aceptéis. Cabe el recurso de separarnos o de que cada cual obre por su cuenta. Del mismo modo nos veremos y bostezaremos ante el plato vacío estando juntos que separados... si las cosas no salen a medida de nuestros deseos.

—No se hable más, Fritz —interrumpió Aimée. —Si esos —añadió señalando a Adolfo y Luisa— no aceptan tu proposición, yo si me avengo a trabajar contigo en los trapicos.

—Gracias Aimée.

Adolfo y Luisa se levantaron a la par y como impulsados por un ariete.

—¡Ventajillas, no! — exclamó Luisa sulfurada. — Cada uno tiene su alma en su aluario y, cuando llega la ocasión, la asca. Yo voy a donde vaya el primero... Ea, ya está dicho, y yo no soy de los que me vuelvo atrás... ¡Pues no faltaba otra cosa!...

—Bien, Luisa, bien —replicó Aimée yendo a abrazar a su hermana. Ya sabía yo que tienes un corazón de oro.

—Si fuera verdad, hermanita mía, ni tú ni yo subiríamos a un trapico... ¡con tanto oro... figúrate!...

—¡Diablo de chiquilla... me ha hecho llorar —dijo Fritz, sinceramente emocionada.

—Bravo, Fritz, te felicito...

—¿Ami?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿No has dicho diablo de chiquilla?

—Sí que lo he dicho.

—Bueno, reconozco que soy un diablillo, pero...

—¿Qué se te ocurre ahora?

—Escucha. Si yo soy un diablillo...

—Sigue...

—Tú eres un pobre diablo...

—¿Qué duda tiene!...

—Y Aimée una diabla bastante encantadora...

—¡Pero chiquilla!...

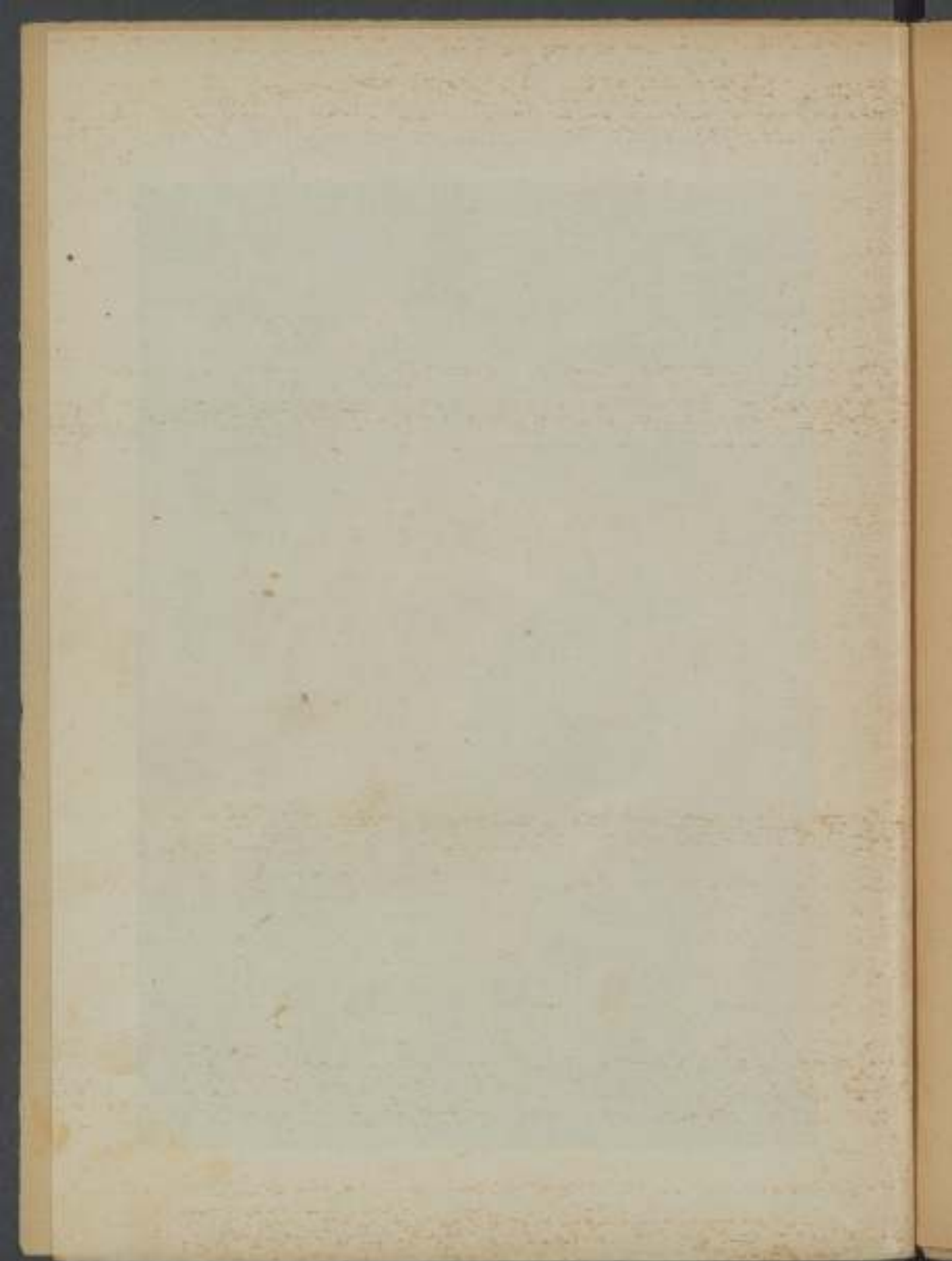
—Y Adolfo un diablito muy feo...

—¡Protesto!... —rugió indignado el aludido.

—¿Bueno y qué tenemos con reconocer lo que de sobra sabemos to-

LA NOCHE DEL BENEFICIO DE LOS CUATRO DIABLOS







dos?... inquirió Fritz bastante intrigado.

—Pues... Tenemos el título del nuevo número que ha de ser asombro de públicos y empresarios... Los cuatro diablos... Los reyes del aire... Eh, ¿qué tal?...

Una ovación cerrada acogió las últimas frases de la picotera Luisa, que, por aquella vez había dado en el clavo.

Y hé aquí, lector amigo, cómo y por qué aquellos pobres artistas de circo dieron nombre y asunto a este modesto libro que ahora te ofrecemos.

## IX

### LA DAMISLA DEL PALCO

Detrás de las cortinas que cerraban la pista reinaba el movimiento de siempre; el ir y venir de artistas, el ajetreo de criados disponiendo los bártulos y cachivaches que habían de ser empleados en los diferentes ejercicios; el masconeo de galanes maduros y pisaverdes que

iban allí a echar sus anzuelos y a admirar de cerca el contenido de los *maillots* que cubrían las piernas femeniles.

De vez en cuando, después de cada número, resonaban allí los aplausos, todavía algo tibios, de los miles de concurrentes que llenaban el circo.

En aquel escenario se hallaban prestos a ejecutar un arriesgado arte nuestros antiguos conocidos.

Aimée seguía con la mirada a Fritz que, muy ajeno a la observación, alenta de que era objeto firtleaba con las damas y damiselas de la Compañía o bromeaba con otros compañeros de trabajo.

Luisa y Adolfo, por no perder la costumbre, discutían.

Serán insignificantes, esclavos de la bagatela, cualquier cosa les distraía y tomábalo todo a beneficio de inventario.

Los Cuatro Diablos, como así se anunciaban, desde que Luisa los bautizó *motu proprio*, habían sufrido no pocas penalidades antes de abrirse paso; pero, a fuerza de tenacidad, lo consiguieron.

Debíase el éxito a la valentía de Fritz y a la paciencia y perseverancia de Aimée.

Adolfo y Luisa desempeñaban en el conjunto un papel bastante secundario, como el del coro en la ópera alrededor de los divos.

Pero la cohesión del trabajo, los efectos sorprendentes, los trances de agilidad y gentileza bien buscados, convirtieron el número de los Cuatro Diablos en un número sensacio-

nal, en el *clou* de las funciones en que los cuatro amigos figuraban.

Y el *clou* de aquella noche era la presentación de los acróbatas del aire.

Se acercaba el momento de salir a la pista, cuando Luisa, dándole con el codo a Adolfo, que se hallaba a su lado, le dijo en voz baja:

—Ya está ahí ese.

—¿Quién?—preguntó Adolfo.

—El de siempre; el caballero de los crisantemos.

—¡Valiente peltazo!

—No tanto como tú, idiota...

—Bueno... bueno, no hay que enfadarse; ahí te dejo con tu caballero florido; pero dale pasaporte pronto porque vamos a empezar en seguida.

...

El que Luisa denominara caballero de los crisantemos, era un hombre de aspecto agradable, algo maduro ya, elegante sin exageración y fino, con esa finura hipócrita del que en todo hace su gusto, fingiendo siempre doblegarse ante la voluntad ajena.

—¡Buenas noches, Luisita!—saludó, aferrando al par el momento en la concavidad del ojo.

—Felices, señor. ¿qué grata sorpresa!

—Dichoso yo que siquiera por una vez le parezca grata.

—No confundamos, amigo, no confundamos. Ha dicho grata sorpresa y... nada más.

—Conformes; pero siendo yo quien le ha proporcionado la sorpresa, es natural...

—Que se calle V. y no siga por el camino que acostumbra. Lo natural es que me guste ver una cara conocida entre un público al que no conozco, ni me conoce aún. Y, dejando esto a un lado, ¿cómo se llama V. aquí?

—¡Toma; porque he venido!

—¡Gracias!... ¡Con lo que le deben estar echando a V. de menos en su país!

—Se equivoca V.; estoy solito en el mundo...

—¡En seguida se nota que no tiene V. abuela, hijo...!

—¡Que siempre me ha de tomar usted el pelo, Luisa! Cuando va a ser el día en que hablemos en serio.

—En cuanto se decida V. a quitarse el chaqué y a ponerse el maillet como nosotros.

—¡Si yo pudiera!

—No es difícil... Lo que es las planchas... las haría V. muy pronto...

Luisa subrayó la pulla con una argentina carcajada que llamó la atención de sus hermanas, quienes se volvieron a mirarla.

Pero ella no hizo caso y continuó su parloteo.

—Taca, más que loca—prosiguió el aficionado al arte—¿por quién

si no por V. ha venido aquí, dejando a mi familia y mis negocios?...

—No es muy grande el sacrificio... Está V. solito en el mundo, según me ha dicho... y diez horas de ferrocarril... la verdad, no son los trabajos de Hércules...

—Adolfo — interrumpió Luisa — oye... van... aquí te llaman...

Y riendo desahoradamente, la burlona joven se separó de su pretendiente, quien lejos de enfadarse, se acogió de hombros y murmuró con franciscana humildad:

—Será otra vez.

Dicho lo cual, resignado y sin perder un átomo de la paleritud y corrección de su continente, salió del escenario y fuése a ocupar una silla de pista en la primera fila.

...

Había llegado el momento de la presentación. Fritz parecía un tanto ensimismado, como si fuera ajeno a cuanto en su derredor pasaba.

—¿Qué demonios tienes, Fritz... estás soñando? — le preguntó Adolfo, golpeándole amistosamente en un hombro.

—¿Psé?... me aburre...

—¿Caramba, cras de hielo!... Yo estoy nervioso en alto grado.

—No sé por qué.

—Chico, me da pánico este públi-

co; fíjate en que es el de la primera capital de la nación.

—¡Bah!... como todos...

—Me alegro de verte tan tranquilo...

—No hay motivo para alterarse, muchacho. Nos aplaudirán, nos ovacionarán, tendremos un éxito loco, piramidal...

—Mejor que mejor... ¿Y hay que ver como está el teatro, Fritz?... y sobre todo, ¡qué mujeres!...

—Mujerío superior.

—Hay una ahí, en un palco platea de la derecha, que quita el sentido.

—¿También te has fijado tú?

—¡Hola, ya la has apuntado en tu carnet!... repuso Adolfo, riendo ruidosamente.

—¿Siempre estás de guasa!...

—Es que la hembra lo vale; y... si no te interesa mucho no me desagradaría ponerle los puntos...

—Te advierto que, según me han dicho, es una señora de alto copete... nada menos que una condesa.

—Lo siento, porque el árbol que da esos manzanas está demasiado alto para nosotros.

—¿Psé; quién sabe! — replicó Fritz con tono exóptico, que no disimulaba completamente su propia contrariedad.

Adolfo intentó proseguir el diálogo, pero Fritz lo cortó dirigiéndose hacia donde estaba Aimée, que no acertaba a colocarse bien la lengua capa con que envolvía el gallardo cuerpo para hacer su aparición en la pista.

Al ver a Fritz le rogó:



—Ayúdame...

V, Fritz, sin mirarla en los ojos como otras veces, la ayudó en los últimos toques de su toilette.

—¡Atención!—ordenó el director, al par que las luces de la pista se apagaron y reinaba en ella sumesa oscuridad.

Fritz, Aimée, Adolfo y Luisa, iluminados por un reflector que desde la casueta proyectaba sus rayos sobre ellos, salieron al anillo.

Benévola aplauso acogieron su presencia.

Isáronse los jóvenes a los trapezios y comenzaron sus ejercicios.

Reinaba profundo silencio entre la compacta muchedumbre.

La orquesta dejó oír los primeros compases del vals con que los acróbatas solían acompañar sus ejercicios; el vals «Amor, párfido amor...»

Las gentes aguantaban la respiración como temerosos de que al soplo de su hálito perdiesen el equilibrio los maravillosos gimnastas.

La emoción encogía los corazones todos y las miradas clavábanse, como anijas por misterioso imán, en los ágiles cuerpos de aquellos hombres y mujeres que con sus cabriolas habían llegado al más alto desprecio de la vida, burlando una y otra vez a la muerte.

Cuando tras un arrogante salto de Fritz, de uno a otro trapezo, hicieron un breve descanso los artistas, la ovación estalló clamorosa y unánime.

Saludaron ellos, pero Fritz dirigió sus demostraciones de agradecimiento hacia el palco platea donde se hallaba aquella condesa de quien poco antes hablara con Adolfo.

Al saludar, las miradas de Fritz se encontraron con las de aquella hermosa, y tan intensa luz había en sus pupilas de ella, que el acróbata, tan valiente antes al diario peligro que arrostraba, cerró los ojos y volvió la cara hacia otro lado.

Aimée que observó la rápida escena, se mordió los labios y se convulsionó de ira.

La segunda parte del número de «Los cuatro diablos», obtuvo aún mucho más éxito que la primera. El doble salto mortal que Fritz ejecutó cubriéndose la cabeza, llevó al paroxismo el entusiasmo del gentío.

Las llamadas a la pista fueron innumerables.

El público no se cansaba de aplaudir.

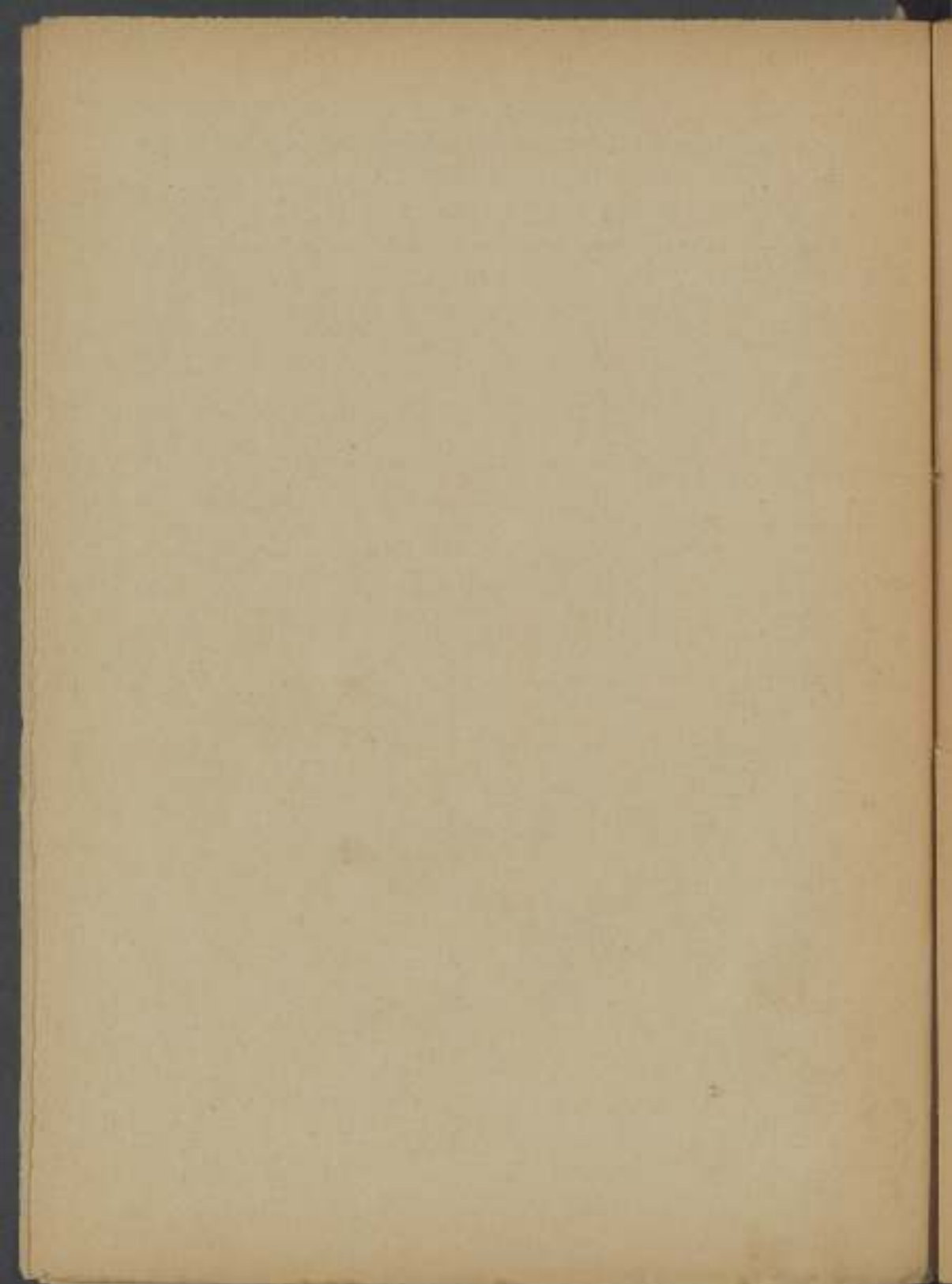
Pero entre tanto aplauso, ninguno ensanchó tanto el corazón de Fritz como el de unas pequeñas manos enguantadas que se agitaban como cándidas palomas en el rojo fondo de un palco.

Adolfo y Luisa estaban en sus glorias; en cambio Aimée, la dulce y resignada Aimée, sentía acibarada su dicha, perturbada para siempre su tranquilidad, y una pregunta obsesiva, a la que no hallaba respuesta le acudía a sus labios:

—¿Quién será esa mujer, quién será?



TERCERA PARTE



## EL CAPRICHIO DE UNA DAMA

Las representaciones en que tomaban parte los Cuatro Diablos contabanse por llenos.

Aún, la admirable ama de casa, no podía mostrarse descontenta. La fortuna les sonreía y, de continuar la buena racha, pronto los cuatro asociados se hallarían en posesión de un modesto capitalito.

Pero el ama de casa sentíase descontentada; ya no dedicaba toda su atención al manejo de los intereses mutuos, ya le era indiferente el crecimiento de sus caudales, ya no ponía su interés como antes en vigilar las ligerezas de su hermana, ni en corregir las deficiencias de Adolfo.

Ahora se contemplaba al espejo con frecuencia en ella inusitada e invertía en galas y adornos, soucillos eo al, dineros que hubiera considerado malgastados en pasados tiempos.

¿Qué le acontecía?

¿Por qué aquella variación?

¿A qué se debía la excitación de nervios que la atormentaba a todas horas?

Ella misma no acertaba a explicárselo.

Fritz era el mismo de siempre; el hermano cariñoso y afable, pero... nada más.

Ningún síntoma especial, ningún detalle concernía la autorización para alimentar los celos que le refían el corazón y trastornaban su pacífica naturaleza.

Nada había, y, sin embargo, aquella eceno del debut, en la que sorprendió las expresivas miradas del titiritero y de la aristócrata, estaban impresas en su mente y no lograba desechárselas.

Además, aquella mujer iba al circo todos los días sin excepción; aquella mujer ocupaba el mismo palco y sus miradas... sus miradas, como el primer día, buscaban con insistencia las de Fritz. Además, intuitivamente comprendía que la precisión y elegancia con que Fritz ejecutaba sus atrevidos ejercicios cada día apasionaban más y más a la bella dama.

Cierto que el predilecto de su cari-

no no había correspondido más a aquellas insinuaciones; cierto que se comportaba como de ordinario se comportó; pero notaba en él una como alegría interior que, oprimida por el freno de la voluntad del hombre, se escapaba a veces en un gesto, en un parpadeo, en un algo que ella no acertaba a definir y que sus celos adivinaban y presentían.

Aquella noche, más exacerbado aún su estado de ánimo, no quiso retirarse del circo, a pesar de haber terminado ya su trabajo, pues «Las Cuatro Diablas», por conveniencias de la empresa, habían actuado en la primera parte del espectáculo.

Fuera inspiración de sus celos, fuese casualidad, quedóse en el escenario y en éste se hallaba cuando empezó el intermedio.

¡Y cuál no fué su asombro, cuando de pronto vió aparecer a Fritz con el traje de los mozos de pista!

Se dirigió hacia él, que trató de escabullirse, pero no pudo evitar el encuentro.

Aimée le miró de arriba abajo y le dijo con todo despectivo:

—Cómo... ¿vas a desempeñar el papel de mozo de caballerosas?...

Un tanto estupefacto, respondió Fritz:

—Me lo ha pedido el director.

—A un hombre de tu mérito no se le piden esas cosas—repuso ella orgullosamente.

—¿Qué le vamos a hacer, querida! Yo he protestado pero...!

Aimée no le respondió.

Volviólo la espalda y se alejó de él.

—¡Ha mentido—decíase,—ha

mentido! ¿Qué lío se true entre manos?... ¡Oh, yo lo averiguaré!

Y desde aquel momento refugióse en un rincón desde el cual, al descorrerse la cortina, se abarcaba la pista y buena parte del conjunto del teatro.

...

Como a pesar de la severa prohibición, se daba el caso, como ya hemos visto, que algún entusiasta del arte se mezclaba a los artistas en el escenario con la sana intención de penetrar en las camarinas de las *demoiselles*, no es de extrañar que el caballero de los crisantemos repitiera sus intenciones con tanta frecuencia como las ocasiones se lo permitían.

Aquella noche se había puesto en contacto nuevamente con Luisita, pero el resultado del ataque debió ser contraproducente por cuanto se le vió atravesar el escenario y ocultarse tras un grupo de artistas, en tanto que Luisa aparecía a su vez en las tablas y refunfuñaba colérica:

—¡Ya es la tercera vez!... ¡Como vuelva usted por aquí mañana, no le quedarán ganas de repetir!...

En tanto, el caballero de los crisantemos muy herondo y satisfecho volvía a su localidad diciéndose:

—No ha sido excesivamente ama-



ble, pero... creo que empieza a querermelo algo.

Aimée que había notado la presencia de su hermana nada le dijo, ni siquiera la llamó a su lado.

Toda su atención estaba concentrada en las idas y venidas de Fritz, quien, no creyéndose vigilado, no ocultaba su impaciencia por lo que tardaba en reanudarse el espectáculo.

De vez en cuando y con estudiado disimulo dirigía una mirada hacia el palco que ocupaban la condesa y su esposo.

—¿Qué fuerza me lleva y me retiene junto a ella?... —se decía al contemplar aquella belleza que agitaba hasta las más pequeñas fibras de su ser...

¿Cuánta razón tenía Aimée al sospechar una intriga en la conducta de Fritz!

El acróbata había querido ver de cerca a la mujer que tan profundamente le había conmovido y que, a juzgar por las apariciones, mostrábase interesada por él.

De ahí que solicitara del director el cambio de lugar en el programa y el honor de llevar de la brida al caballo de una monísima amazona que figuraba como primer número de la segunda parte.

No tardó la orquesta en preludiar los compases del pasodoble de salida.

Un palafrenero trajo el caballo por el diestro y entregó las bridas a Fritz.

Este se puso en marcha y, guiando el caballo, bajó la rampa hasta el centro de la pista.

Allí aguardó a la gentil amazona, que saludó al público con una pirueta y, luego, apoyando apenas el pie en la mano que extendía Fritz a modo de estribo, saltó ligeramente sobre el hermoso corcel.

Fritz se retiró entonces a un extremo de la pista, precisamente en la inmediación del palco ocupado por la condesa y su esposo.

Las miradas de Fritz y de la dama se cruzaron, sin que de ello se percatara el marido a quien solo los caballos y... las amazonas del circo le interesaban; lo demás le aburría.

Aprovechando esta distracción la condesa, dijo, dirigiéndose a Fritz:

—Precioso caballo... ¿sabe usted el nombre?...

—¿Decías algo, querida?... —intervino el conde, sin apartar de sus ojos los gemelos.

—Decía que es un hermoso caballo.

—Es un magnífico ejemplar, de pura sangre y perfectamente amestrado a la alta escuela.

Dicho esto, el conde se enfrascó más aún en la contemplación de... las lindas pantorrillas de la amazona.

—¿Me oyó usted?... —musitó la condesa, inclinándose un tanto hacia donde se hallaba Fritz.

—Sí, señora, sí... se llama... se llama... *Corazón colante*.

—¿*Corazón colante*?... Bueno, nombre tiene el caballo y... muy apropiado a su caballerizo.

—Se... forma... gracias por el obsequio... —baldaceó Fritz, estrujeciéndolo como una señorita.

La condesa sonrió al observar la turbación de aquel bravo a quien una mirada de ella hacía temblar de emoción.

—¿Tiene usted miedo de mí?... — demandó con voz dulcísima, arrebatadora que transportó a los infinitos espacios de la felicidad a aquel hombre enamorado por primera vez en su vida.

—Soy muy tímido, señora... — replicó desatinado.

Y tras esta respuesta verdaderamente ridícula, alejóse; el mismo había terminado, y aquel niño con cuerpo de atleta sólo ansiaba el instante de verse a solas con su dicha.

La condesa le siguió con la mirada, una de esas miradas de triunfador que se jungan, indignan o asquean.

Todo, todo lo había visto Aimée desde un rincón. Su alma desgarrada se estremecía de dolor y de cólera; y, no obstante, cuando Fritz pasó junto a ella sin verla, hubiera querido hacerse todavía más pequeña, impalpable, eterna.

Aimée adivinaba lo que pasaba en el ánimo de Fritz, pero callaba y sufría.

La insinuante expresión de la condesa había entrado en el alma de Fritz como un maleficio despertando en él la pasión arrebatadora.

Por eso Aimée, si se escondía a la vista del amado, se erguía altanera ante la rival y preguntábale:

—¿Qué pretende esa mujer, todos los días en el mismo palco, con su

sonrisa importuna y sus ojos de gato?... ¿arrebatarme lo que más quiero?

Y sus ojos bellos y tristes empañáronse con el rápido velo de sus lágrimas.

Sentíase vencida de antemano.

## XI

### EL PRIMER ENCUENTRO

Continuó el juego de las miradas entre dama y jugador sin que el conde consorte, o ahijado o necio, lo descubriese.

Todos, todos menos Fritz, habían notado el cambio que en él se había operado; los demás artistas de la compañía se apercibieron pronto del motivo de la transformación de Fritz, y unos con otros, lo comentaron picaramente, dando ya por efectuado lo que en realidad no había acontecido aún; que así se forma la bola de nieve de la maledicencia.

Las osadas burlas de Luisa y de Adolfo, el aire de repulsió nuda y perenne de la infeliz Aimée, no eran

notados por Fritz, que sólo tenía ojos y oídos para oír y ver la deshecha tempestad de amor que en lo más hondo de su ser se formaba.

Complaciase en aquel mundo interior que llevaba en el alma, mundo de las más locas esperanzas, de los más refinados placeres, remate de su gloria de artista y galardón vivo para su orgullo varonil.

Los días pasaban y el incendio de pasión en que se consumía se avivó con un detalle que aceleró la erupción de la lava amorosa en aquel volcán humano.

Aquella noche cuando durante el ejercicio habitual miró hacia el palco en que a diario se destacaba el busto arrogante de la condesa lo vió varío.

La impresión que experimentó el enamorado fué tremenda. Trabajó deprisa y mal.

—¿Qué significaba esta ausencia? —preguntábase al mudar el traje de fuera por el de calle.—¿Por qué no ha venido? ¿me desprecia ya? ¿estará mala?...

Un desasosiego formidable le invadió de pronto; era el desasosiego de la acción; el amor platónico transformábase en el amor activo, exigente y aventurero que todo lo osa y todo lo emprende.

Necesitaba el hombre averiguar lo que significaba aquella ausencia; necesitaba saber de una vez si la aristocrática señora se había burlado de él, o, si por el contrario, le amaba como él a ella con toda la violencia de su sangre joven y toda la ceguedad de su corazón novato.

...

Urdió un pretexto para escapar solo del teatro y poder obrar así a su antojo.

Aínes sonrió tristemente al eschar la mentira, y le dejó marchar sin la más leve protesta.

Adolfo y Luisa le recomendaron, con su sempiterno sonllo de burla, que se divirtiese mucho.

Sin hacer caso de los seres que hasta entonces fueron el objeto primordial de todos sus cariños y de sus más delicadas ternuras, lanzóse Fritz a la calle; no sabía aún ciertamente a qué, pero desde luego ejecutaría algo que le hundiese en el infierno de la desesperación o le elevase a las ocultas regiones del paraíso con que tantas noches había soñado despierto.

Cruzó calles y más calles, llenas aún de transeúntes, con paso rápido y firme, con paso de hombre que tiene bien apreadido el camino y lo sigue sin vacilación alguna, pues poseía las señas del domicilio de la condesa.

No acortó el paso hasta alcanzar una pequeña plazuela triangular que formaba como una bolsa en la severa alineación de una de las calles más importantes de la ciudad.

Allí se detuvo junto al edificio que



ocupaba el lado derecho de la plaza y al que defendía un mozo coronado por una verja de pastia-guños lanzones.

En aquel caserón vivía ella, la condesa Elena, la mujer que trastornara el seso al saltimbanqui hasta el punto de atraerlo a aquel lugar, dispuesto el hombre a la ejecución de la más descabellada empresa.

Fritz intentaba ver a la condesa y hablarla.

Durante algún tiempo pasó silencioso, espiando lo que la obscuridad le permitía ver del palacio condal. En varias de sus ojeadas le pareció notar que una especie de sombra blanca aparecía en uno de los ventanales y rápidamente desapareció.

Era una barbaridad lo que intentaba llevar a la práctica.

Algún criado, el marido, quizás, podía sorprenderle, cundir entonces la alarma y originarse un escándalo mayúsculo en la ciudad; esto en el caso de que no le tomaran por un ladrón y le descerrajaran un tiro de buenas a primeras.

*Pero... audaces fortunae juvat.*

Sin reparar en nada, ni ocurrírsele remotamente que su acción perjudicase a la soberana de su pensamiento, aprovechó un instante en que la plaza y la calle inmediata estaban desiertas para escalar la verja y saltar al interior del pequeño jardín que precedía al vestibulo.

Ya dentro, avanzó hacia la entrada de la casa con cuidado y pisando suavemente para no producir ruido alguno que diese el alerta.

De pronto se detuvo.

—¿Qué sucedía?... ¿Qué era aquella inesperada aparición que pasaba los absortos ojos de Fritz?...

...

Era ella..., era Elena...

Un blanco peinador cubría su hermoso cuerpo, destacándolo el oscuro marco que lo encuadraba.

La condesa hizo breve señal de llamada con su linda mano, y el atormentado Don Juan, en el colmo de su sorpresa, avanzó hacia el vestibulo, penetró en la casa por el postigo que mantuvo abierto la condesa, mientras Fritz entraba y cerró luego, y apenas se atrevió a pronunciar con timidez esta tonta frase:

—¿Me esperaba usted, condesa?...

—Te aguardaba—repuso ella en voz baja.

Como Fritz tratara de contestar, Elena le tomó de una mano, que oprimió, y le dijo:

—Aquí no, déjate conducir por mí. No conviene encender la luz... mis gentes duermen...

Guiando ella y caminando ambos lentamente, atravesaron diferentes departamentos hasta llegar ante las hojas de una puerta entreabierta que dejaba escapar un rayito de luz.

Aquí nos hallaremos en completa seguridad. Entra.

Obedeció el joven y tras él entró



en el aposento la condesa, quien cerró la puerta con llave, dejando ésta en la cerradura.

Fritz caminaba de asombro en asombro.

Encontrábase en un elegante gabinete en el que el lujo y la elegancia de una mujer bonita y de buen gusto habían acumulado maravillas y riquezas para su satisfacción propia y para admiración del prójimo. Muebles admirablemente tallados, de buen estilo y de época, tapices artísticos, cuadros de artistas notables, y esas chucherías costosas y arbitrarias que tanto encantan a las mujeres jóvenes y viejas; de todo veíase allí, bien dispuesto y ordenado en su desorden.

En una rinconada del saloncito, cerca de la chimenea, dentro de un ambiente de intimidad y de reposo, había una especie de *bis a bis* que casi se confundía con una *chaise-longue*.

Hacia este mueble se dirigió la condesa, al tiempo que invitaba al joven.

—Ven junto a mí.

Fritz creyóse el protagonista de una narración de hadas, de un cuento de las «*Mil y una Noches*».

Con torpeza se aproximó a Elena, y ésta, observando su desmaña y su cordedad, exclamó:

—¿Qué bobito eres! ¡qué tonto, pero qué tonto!

—Señora condesa...

—Tutúano, llámame Elena...

—Pues bien, Elena, ha de perdonar usted el atrevimiento y la inconsideración de mi proceder...

—¿De tí proceder?... ¡ja... ja...! Pero ¿tú crees de veras que te *has atrevido* a venir?... No, hombre; has venido... porque te he traído yo...

Después de esta cínica declaración rompió a reír suavemente, con modulaciones que parecían gorgoritos.

La estupefacción de Fritz no tuvo límites.

...

Calmando el acceso de hilaridad que le causó la extraña expresión de la fisonomía del que ya podemos llamar su amante, aclaró su pensamiento.

Puso una de sus lindas manos sobre un brazo de Fritz y habló de esta manera.

—Eres muy joven todavía, un verdadero niño para que puedas ni sospechar siquiera los infinitos recursos que una mujer práctica posee cuando se empeña en acercarse a un hombre de quien la separa una enorme distancia social. Desde el día de tu debut en el Circo, desde que contemplé tu altosa y fuerte figura, toda energía, miseria y audacia, te encontré tan diferente de los hombres con quien estoy acostumbrada a tratar, muñecos semirriados llenos de vicios y de refinada hipocresía, que me di cuenta de que me gustabas y de que acabaría por amarte...

Se interrumpió la dama, se pellizcó los labios con vivacidad, luego, prosiguió:

—Esto no lo esperabas tú; tú no contabas con recibir la declaración de la mujer antes de que la dijese que eres un esclavo, que la amas con locura, todas esas lindas modernías, en fin, que tanto nos gustan a las mujeres... cuando pasamos el sa-zampión del amor.

—¡Por Dios Elena!, suplicó Fritz a quien aquellas palabras de un corazón escaldado en las contiendas amorosas daban e infundían duda, casi el temor de haber sido objeto de una burla sangrienta.

—No te apures, hijo—replicó rápidamente la condesa. No hollaré tus ilusiones, tan respetables, entre otros motivos, porque en este instante las comparto yo también. Y, ¿cómo, si no las compartiera, estarías aquí a mi lado, loco?... Pero déjame continuar... Al notar el brillo de tus ojos cuando cruzaste tus miradas con las mías, adquirí la convicción de que me amabas...

—¡Oh!, sí, con delirio, con...

—Y, ¿por qué has aguardado tanto para decírmelo?

—¡Estás tan alta!... Tú eres una dama de elevada alcurnia, mientras que yo...

—Tú tienes lo que vale más; una figura de hombre y un corazón que no te cabe en el pecho.

Y al pronunciar estas palabras, la condesa inclinó su rostro, en el que resplandecía la llamarada del deseo, y apoyó los labios en la frente del acróbata.

Humilde y agradecido, Fritz dejábase acariciar como un niño. A Fritz le parecía un sueño al verse amado de aquella noble señora y se preguntaba sorprendido si verdaderamente era él... él, Fritz Schmidt, el niño del arroyo, huérfano de padre y cuya madre había perecido ahogada en el río... Y, restregándose los ojos, reconocía que era él, el propio Fritz Schmidt, y que no obstante, aquella aristócrata de raciocinio aboleño le había confesado que le amaba.

...

No quiso la ladina dama rasgar repentinamente el velo con que cubriera hasta entonces su amoralidad y su lascivia, el amor puramente de la carne que le excitaba a rendir a sus pies al macho, al varón en toda su fortaleza y grosor.

Temió que la pasión veraz del joven se hundiese al medir el abismo de impureza en que iba a caer y huyese, apartándola de su lado como a una moerleis vulgar.

Por eso sus caricias, más parecían en aquel instante de madre que de mujer enamorada, aunque los ojos, esos denunciadores sempiternos, esos espejos a que se asoman sin querer las almas, decían bien a las claras el esfuerzo que la mujer llena de fue-

go y de ardor tenía que imponerse para domar el desbocado potro de su lujuria.

Con voz meliflua siguió hablando, en tanto que sus finos dedos jugueteaban nerviosamente con el rizado pelo de su ruidido adorador.

—Antes te dije que no has venido tú aquí, sino que te he traído yo, y voy a demostrártelo. ¿Recuerdas aquella noche en que alteraste el orden de la función, nada más que por estar en la pista y poder contemplarme a tu sabor? ¿La has olvidado?...

—No la olvidaré jamás... Aquella noche el por vez primera el son armonioso de tu voz divina, y me asaltó la presunción de que tú... vamos, de que yo no te era indiferente.

—Necio habrías de ser para no entenderlo... Porque hice más, mucho más; te hablé... te abrí el camino para llegar a mí, y... has tardado bastante en recorrerlo; para ello ha sido preciso que yo, convencida de tu cariño, acudiese en tu ayuda, espoleando tu curiosidad, obligándole a sufrir el mal de ausencia. Yo verdaderamente me quiero, pensar creerá que lo desprecio o... que me he muerto y... me buscará, y sabrá encontrarme. Por eso no fui esta noche al teatro, aprovechando un breve viaje de mi marido; por eso acechaba yo, asomada, tras un ventanal de mi casa, el momento de tu aparición; por eso te franqué yo misma la entrada de mi palacio, y por eso, en fin, eres tú ya, más para siempre... ¿Verdad Frita?... ¿verdad mi dueño?...

—Te juro...

—No me jures nada, por anticipado te creo—interrumpió con mayor exaltación Elena.—No son tus palabras las que yo ansío, son tus besos... son tus brazos... ¿acaso eres de mármol o olvidaste ahora tu deber de caballero?—agregó con torvo ceño y frase dura.

El incapaz de dominar por más tiempo el hervor de su sangre, que inflamada corría por sus venas, ni el extravío de sus nervios de gozadora, sacudidos por el brutal latigazo del afán de posesión, cogió entre sus manos, apretujándola, la cabeza de su amado, y sus dientecillos, movidos por el espasmo, mordieron los labios temblorosos de pasión que el gallardo volatinero le ofrecía.

Frita dejó escapar un leve grito al sentir en sus labios aquella caricia salvaje de la nobilísima condesa.

## XII

### LOS DOS AMORES

Horas de éxtasis, de fiebre sensual en su grado máximo, las transcurrieron aquella noche en la suntuosa cámara nupcial, callado testigo de las lides triunfales del dios ciego.



Era de madrugada; iba a amane-  
cer pronto.

Elena cubriase el cuerpo con un  
pijama fantástico y fumaba un ci-  
garrillo turco, sentada sobre las pier-  
nas cruzadas y apoyadas en un ri-  
nero de almohadones.

Parecía un idollito chino o japo-  
nés.

Sus ojos, a media entornar, som-  
brendos por intensas ojeras, dela-  
taban la intensidad del *gato* rocien-  
to.

Permanecía quieta, hermética,  
lanzando de vez en cuando volutas  
de humo con movimiento casi im-  
perceptible de los labios.

Era en aquel momento la vampi-  
resa digiriendo lenta, dificultosa-  
mente.

Fritz se vestía con presteza, de-  
seando salir lo antes posible por tem-  
or a una sorpresa.

Su semblante algo pálido denota-  
ba fatiga, laxitud.

Cuando estuvo vestido, se acercó  
a su amante y la estrechó entre sus  
brazos.

—Hay que partir...—dijo.

—Es cierto, ya no me acordaba...

—Se está tan bien aquí, y a tu la-  
do!... Pero todo no se puede poseer  
a un mismo tiempo... ¡Qué pereza  
tengo!...

—Y yo...

—Pues no te vayas...; —invitó  
ella, abriendo los ojos por completo  
y fijándolos en los de Fritz.

—No... no... Tu marido... los  
criados... Además mi gente es ma-  
drugadora...

El joven dió un paso hacia la puer-  
ta de la alcoba.

—Sí, sí... es preciso... Vamos, te  
acompañaré... Pero, antes de esto  
cuyo una cosa.

—¿Qué?

—¿Vendrás mañana?...

—¿Aquí?...

—¿Por qué no?...

—No quiero comprometerte.

—No me comprometerás, tonto...

Además de la entrada principal hay  
en este palacio otras varias comuni-  
caciones... Mira, precisamente tengo  
aquí el llavín de una puerta que  
casi nunca usamos y que lleva a  
la calleja adonde da la parte poste-  
rior de la casa... Ven, tómalala.

Elena había abierto un pequeño  
secreter y sacado de él la llave a que  
se refiriera.

La entregó a Fritz, quien la guar-  
dó.

Ahora te acompañaré para ense-  
ñarte el camino.

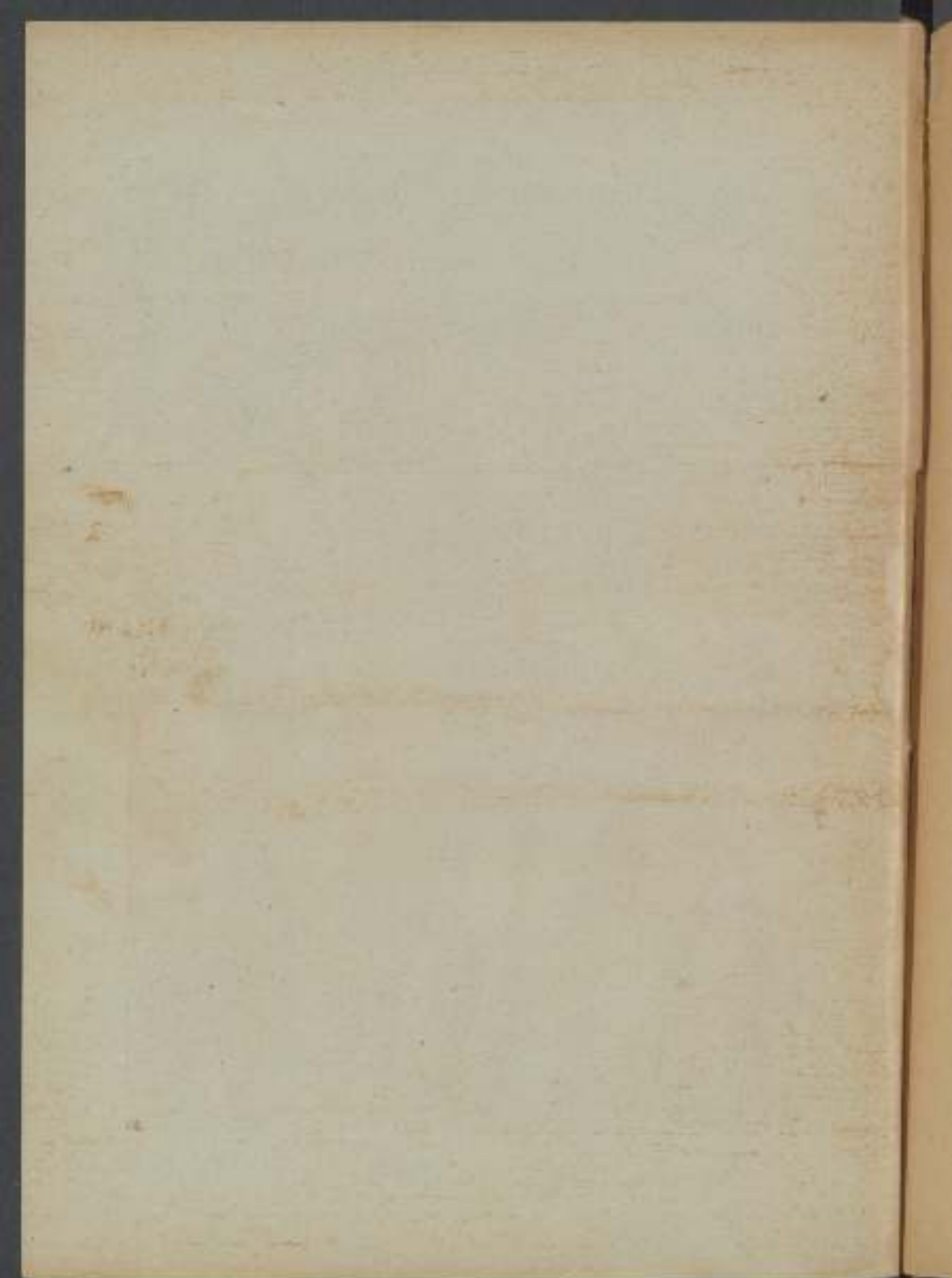
El joven dió un paso hacia la  
puerta de la alcoba.

—Aguarda—rogó ella. — Voy a  
echarme un abrigo sobre los hom-  
bros. Hemos de atravesar algunas  
habitaciones en las que casi nunca  
se entra y allí se huela una... A pro-  
pósito, chico, allí conocerás de un  
golpe a toda mi clastro parentela.



LA NOCHE DEL BENEFICIO DE LOS CUATRO DIABLOS





...

Cuando se hubo abrigado la condesa y calzado los lindos pies con unas bonitas chinelas, tomó el brazo del acróbata y, a favor de la indecisa luz del crepúsculo matutino, fué guiándole al través de distintos aposentos y recomendándole al par que se fijase bien en los lugares que recorrieran para evitar un incidente o un *quid pro quo* lamentable cuando hubiera de volver a visitarlos solo.

En una espaciosa galería hizo alto Elena, quien, soltando el brazo de su amigo, se dirigió a una de las ventanas y abrió por completo uno de los porticónes.

Hecho esto, puesta casi en jarras, señaló con un movimiento de cabeza el lienzo de pared fronterizo en el que, encuadrados en lujosos marcos, aparecían una serie de retratos que en conjunto semejaban una bastante completa historia del vestido.

Desde el caballero cubierto de hierro y llevando sobre el yelmo un vistoso airon ostentando talaro y greaves, hasta el vestido con el cascón dieciochista o la entallada levita

del último siglo, pasando por toda la gama de uniformes civiles y militares; desde la abuela con caperuza y traje abullonado de la Edad Media hasta la primorosa elegante del siglo xx, con toda la gradación de más o menos bellos palmitos y de modas más o menos ridículas, estaban representados en aquella pinacoteca de familia.

Fritz, no obstante su prisa por irse, examinó aquellas imágenes de gentes que fueron, con curiosidad y, al propio tiempo, con ese inexplicable temor que nos causan los muertos y hasta las cosas que pertenecieron a los nuestros.

Su mirada vagó de uno en otro cuadro y, al fin, se apartó de ellos con disgusto.

Elena que le observaba atenta, rompió en risas:

—¿Son imponentes, verdad?—sigirió.

—No sé... me sucede una cosa rara... Parece como si los retratos de tus antepasados nos mirasen severamente... ¿Somos tan culpables?...

—¿Pero qué candidito es mi nene! —exclamó con cierto desgarro la condesa al par que con uno de sus torreados brazos rodeaba el cuello de su amante y con el otro extendido señalaba a algunos de los próceres ilustres de aquella galería pictórica.

—¿Qué crees que hicieron ellos?—prosiguió con su punzante ironía.—¿Ves aquélla?...

—Sí.

—Pues se escapó con un lacayo...

—Pero, mujer...

—¿Ves esta otra?... Fue causa de la muerte de un rey.

—Calla, Elena, calla... Saigamos de aquí...

—Eros demasiado impresionable —recalcó la condesa.— ¡imitame; yo no les hago ningún caso.

Y agregó increpando a los retratos:

—Ya podéis mirarnos, ilustres difuntos... ¡no somos peores que vosotros!...

Temeroso de que la voz de Elena atrajese a los criados, la cogió del brazo y la forzó dulcemente a continuar la marcha, que pronto terminó.

La Galería de cuadros desembocaba en un corredor angosto a cuyo final había una puerta pequeña.

Junto a ésta se detuvieron los amantes:

—Hemos llegado—indicó la condesa.—Tras esta puerta encontrarás una escalerilla con salida al callejón; cierra la escalera una verja que sólo tiene un pestillo, lével de abrir desde la calle... ¿Te enteraste bien de todo?... ¿no comerás alguna pifia mañana cuando vuelvas?

—Pero, tu marido...

—No regresará hasta dentro de unos días.

—Vendré, pues.

—Y yo contaré las horas hasta que torne a verte.

—¿Irás al circo?

—No... ¿para qué?... ¡Si te tengo aquí!... ¡si ya eres mío, mío para siempre!

—Tuyo, sí, tuyo para siempre —replicó Fritz abrazado enajenado a

la condesa, que le devolvió centuplicada la caricia.

—Tus labios dan placer... tus brazos perdición!... ¡Te amo, Elena, te amo; eres mi infierno y mi gloria!... ¡Adiós... adiós!

—¡Hasta mañana, mi bien!

\*\*\*

¡Qué noche, qué horrible noche la que pasó Aimée entre la desesperanza de su amor vencido y las reclamaciones airadas de sus legítimos celos!

¡Pobre muchacha!

Era la eterna centiente, pero la centiente de la vida real, esa humilde centiente de carne y hueso para quien jamás es llegado el príncipe encantador que ha de compensarle las desgracias sufridas y premiar con cruces los méritos contrahidos.

¡Infeliz Aimée!

Ni siquiera la duda, ese consuelo de las inteligencias tardas o de los corazones vanos, podía albergarse en el estrecho calabozo de su angus-



tia, más lóbrego aún, y valga la paradoja, porque el resplandor de la verdad iluminaba aquel negro pozo de su desdicha.

Sí; Fritz, el hombre adorado, el ser en quien desde niña viera su natural apoyo, su señor y su dios, ya no le pertenecería nunca.

Una de esas almas urracas—almas de presa, almas ladronas de otras almas—que abundan en el mundo, había absorbido el espíritu y los sentidos de Fritz.

Fritz ya no era el hombre libre y dueño de sí mismo, el atleta que desde la cima de su trapecio podía contemplar y contemplaba con desdén el avispero humano que a sus pies se aglomeraba tembloroso de espanto y de emoción, público que para ver la grandeza del artista había de levantar los ojos a lo más alto.

Deshecho, como un pecio, resto de naufragio lanzado a la acantilada costa por el proceloso mar, para su total ruina, salió del teatro y regresó a su casa, sin hablar con nadie, hurtando el rostro a la mirada de Adolfo y de Luisa, que, en realidad de verdad, maldito si se preocupaban de ella, absortos en su única interrumpida cháchara, nuncio de la afección que sin percatarse ellos les ligaba.

En seguida se metió en su alcoba y se acostó.

Inútilmente llamó al sueño, que Morfeo es poco amigo de las almas agitadas y de los cerebros repletos de inquietudes.

Aún más pasó la noche sin poder dormir. Su pensamiento no se apartaba de Fritz.

¿Dónde estaría, qué haría en aquellos momentos?

Y como si la evocación de la imagen del amado la trasladase a ella a tiempos mejores, pues, por irrisión del hado, podía llamar mejores a aquellos tiempos de hambres y palizas compartidas con el ser querido, pasaron por su mente todas aquellas escenas de infancia y juventud. Tornaba a sentirse niña, y velase como en aquella mañana en que por primera vez habló a Fritz cuando éste y Adolfo fueron admitidos por papá Cecchi, el viejo y gresoso artista de circo.

Y a esta escena siguieron otra y otra, todos los capítulos, todas las páginas de su novelesca historia, en la que jamás se alteró la buena armonía, en la que sucesivamente por lógicas y normales etapas su cariño de niña se trocó en amor de mujer, hasta que otra hembra rica, bella y poderosa se interpuso en su camino para arrebatárselo en única dicha en este mundo.

Poco a poco las lágrimas le cayeron en los ojos y su suprema bondad, su espíritu de sacrificio, flor de suave aroma que sólo saben oler los elegidos, la exhalaba al perdón, a aceptar resignada su vía crucis, a poner su corazón a los pies del adorado para que lo aplastase y lo exprimiese.

En tal estado de ánimo se halla-

ha caído oyó un ligero rumor de pasos.

Se incorporó en la cama y escuchó.

La luz del día penetraba ya al través de los cristales de la ventana y de los visillos que los cubrían.

— ¡Es él! ¡Y ha entrado como un ladrón! — exclamó Aimée a la vez que, casi inconscientemente, se echaba fuera de la cama, poniéndose un vestido y calzándose las botinas.

¿Qué intentaba?

Ni ella misma lo sabía. Quería, sí, verle, y no le preocupaba la oportunidad de su acto.

Salió de su habitación y se encaminó hacia la en que oía el trastear de Fritz.

Hallábase éste en el comedor.

Entró allí Aimée, y Fritz, al verla, se inmóvil un tanto. Mas pronto recobró su dominio; ¡Aimée no lo deslumbraba ni le imponía como la condesa Elena!

— Pero, mujer — dijo con voz segura y tono cariñoso, — ¡que siempre has de ser la misma! ¿Qué apostamos que no has dormido esperándonos?... Estoy harto de decirte que no

soy ya un chiquillo a quien debe celarse continuamente; los hombres tenemos nuestros compromisos y...

— Sí, sí..., pero comprende que mi intranquilidad está justificada — contestó la joven al buen tustán. — ¿Cómo puedes trabajar bien si apenas duermes?... ¿Has olvidado ya las doctrinas de papá Cocchi?...

— Bien, bien, maestrilla — repuso jovialmente Fritz; — perdona por esta vez y... anda, anda a dormir, criatura, que te estés cayendo de sueño.

Y cogiéndola por el brazo, sin que ella ofreciese resistencia, la condujo hacia el dormitorio.

De pronto, Aimée le rechazó, entró corriendo en su cuarto, y, precipitándose sobre la cama, rompió en un lloro callado, desconsolador.

— Huele a perfume de mujer... ¡el de ella; ha estado allí, ha ido a su casa... — clamó la inmolada víctima, mordiendo y desgarrando con los dientes las sábanas de su casto lecho para acallar los rugidos de sus celos, otra vez exacerbados, y los mullidos que le hacía sentir el acerbo dolor que laceraba sus entrañas.

## XIII

## EN EL ENSAYO

## AVISO PROVIDENCIAL

¿Cómo describir la embriaguez de Fritz, la locura de sus sentidos, la entrega absoluta de su persona y de su albedrío a aquella maga del placer, a aquella vampíresa del amor?

Habían transcurrido ya varias semanas desde que se consumara la unión de los amantes; el artista, más enamorado y ciego que nunca, nunca satisfecho, siempre insaciable de aquella mujer que sabía palmar admirablemente todas las cuerdas de la lira pasional, ni un solo día dejó de ver a su condena.

La vuelta del marido de Elena,

prestó nueva salsa y mayores atractivos a aquella unión floeta.

En la imposibilidad de verse en las habitaciones del palacio, habían buscado otros y seguros nidos donde refugiarse.

Buscábanse constantemente el uno al otro y llegó a tales extremos a aquella veracidad de su mutua lujuria que los semblantes de ambos patentizaban ante el menor ladino sus excesos.

Aimée, decidida ya al sacrificio absoluto de haber comprobado por sí misma, una noche que siguió a Fritz, como se reunía ésta con Elena, callaba, aceptando la corona de espinas que a Dios plugo colocar sobre su inocente cabeza.

Habiéndose convencido de que a Fritz le trastornaba su desordenada pasión por aquella mujer y de que entre los brazos de aquella, que sólo veía en él la satisfacción de sus insensatos caprichos, dejaba Fritz su salud y sus fuerzas.

Que no se equivocaba Aimée lo demostró muy claramente el ensayo que, como de costumbre, realizaban de vez en cuando por las mañanas en el local del circo.

Aquel día, agotado Fritz por una noche de agudo gozar, sintiéndose tan decaído y falto de ánimos, que, de buen grado habría prescindido del ensayo.

Pero era necesario ensayar; iba a anunciarse próximamente el cartel de su beneficio con nuevos y más arriesgados trabajos y no podía eludir el buen entrenaamiento indis-

penable para continuar asegurando el éxito y cimentando más y más la fama.

Haciendo, pues, de tripas corazón, comenzó el ensayo; y ¡qué tal le saldrían las probaturas, que uno de los compañeros que le contemplaban exclamó con las buenas intenciones que siempre animan al envidioso?:

—Hoy estás completamente mal. Cada tentativa te falla...

—El mismo Fritz, a la vuelta de varios conatos de agilidad, confesóse con tristes:

—No puedo más... no puedo más!

—Bien has de comprender que así no debes continuar—le contestó Aimée que, muy próxima a él en el trapecio, le había oído.

Por vez primera sintió la joven el vértigo de la altura, por vez primera le pareció oír como si una voz le llamara desde lo profundo del abismo.

Y... era verdad.

Habían gritado: ¡Aimée!

Volvió la cabeza hacia su compañero y vio entonces que no se hallaba a su lado.

Era que Fritz, al intentar el doble salto, lanzándose de uno a otro trapecio, perdió pie y cayó sobre la red protectora.

El fue quien gritó, ¡Aimée!

Desolada, se deslizó la joven por la cuerda, pero cuando llegó al suelo ya estaba allí Fritz sonriente, burlándose de su fracaso.

—Puede usted dar gracias a la red—decía a Fritz uno de los ami-

gos de la empresa, y mironas que acudían a los ensayos.

—¡Ya lo creo!; a no ser por ella, a estas horas estaría ya de cuerpo presente.

—Es que verdaderamente, están los trapecios horrososamente altos—replicó con tono de suficiencia el interpelante adionado.

...

Excusado es decir que lo sucedido en el ensayo fué el obligado tema de la conversación al regresar los Cuatro Diablos a su alojamiento.

Fritz empeñábase en no conceder importancia al percance.

Aimée se mostraba concentrada en sí misma y taciturna.

Por excepción, Adolfo y Luisa se habían puesto serios.

El fracaso de Fritz les obligaba a reflexionar. Si Fritz que era el más forzado, el más veterano y capaz, el organizador del número famoso de los Cuatro Diablos había podido sucumbir en un descuido, en un instante de flaqueza, ¿qué les



acontecería a ellos, meros aprendices, en un porfance parecido?...

Sin embargo, la alegría de su carácter se sobrepuso a la emoción experimentada; además estaban perfectamente enterados, como todos sus compañeros y como casi toda la población, a excepción de su marido, de los escandalosos amores de la condesa con Fritz.

Y colocados ya en este tarreo cabroso, los chistes de subido color se les vinieron a los labios y acabaron por reír de lo que en un principio les forzara a reflexionar.

Propusieron darle la matracá a su hermano Fritz, pero, apenas llegado éste a casa, se refugió en su habitación, rebuyendo las confidencias y las quejas.

Aimée le vió alejarse con honda pena. Movida de su altruista amor, del afán de borrar su persona y su interés, había intentado consolarle, infundirle nuevos bríos, distraerlo del enorme dolor moral que le ocurrido en el ensayo había producido en el amor propio del gimnasta.

De sobra sabía la confianza que en sus fuerzas y en sus recursos tenía Fritz; y aquella debilidad demostrada ante los compañeros debió abrirle los ojos y avergonzarle, aunque él fingiera tomarla a chasceta.

Por eso se abstuvo de brindarle consuelos y compañía.

Al estar solo, al verse en frente de sí mismo, el pobre reaccionaría al fin, apreciando con sinceridad las causas de su estado y la precisión de

poner coto a los excesos que originaban su flojera.

Así pensaba Aimée.

¿Se equivocaba?...

Luisa y Adolfo trataron de convencer a Aimée para que reclamase la presencia de Fritz a fin de someterle a un riguroso consejo de guerra, según la iniciativa de la casaca-belera muchacha.

—No está nuestro hermano para bromas — declaró terminantemente Aimée. — Sólo le faltaría, después de lo sucedido, que le fuerais vosotros con mirgas...

—Pues él bien sabe divertirse.

—Creedme; dejadle tranquilo. Pero si a todo trance pretendéis charlar con él reduelos a instarle la necesidad de suspender su trabajo hasta que se sienta restablecido del todo.

—Mejor será que nada le digamos, porque, al fin y a la postre, obrará como a él se le antoje o... mejor dicho, como se le antoje a otra persona a quien apureis demasiado.

Palideció Aimée ante esta afirmación de Luisa, que, ignorante de la tragedia anímica de su hermanita, no era la primera vez que la mortificaba inconscientemente aludiendo a la odiada condesa, su rival.

\*\*\*

Largo rato permaneció Fritz sentado junto a una silla de su gabinete, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza en la palma de las manos.

Era grande su abstracción.

La careta de hombre contento y locuaz que se puso a raíz del ensayo en el circo, la había arrojado desdofosamente al encontrarse a solas, donde tanto había soñado, y donde sólo encontrar un no muy prolongado descanso después de sus borrascosas noches de amor.

Su primer cuidado al estar solo en la habitación fué el de contemplarse en el no muy claro espejo del armario de luna, donde guardaba sus ropas de calle y de teatro.

Fuese la mala calidad del vidrio o porque en verdad reproducía la rara effigie del artista, aparecía ésta demudada, insólita.

Aquel Fritz de rostro verdoso y con grandes círculos negruzcos alrededor de los ojos, no era ya el afable y sonriente Fritz que tantas admiradoras tuvo siempre en el coliseo.

Después de haber estudiado atentamente hasta el menor detalle del rostro, se palpó el amplio tórax, luego los bíceps formidables y hasta la lengua revisóse con escrupulosa detención.

En seguida, con un gesto de cansancio y de indolencia, sentóse junto a la mesita y sumióse en la actitud pensativa que antes hemos indicado.

A veces los rasgos principales de su cara se acentuaban o tendían a esfumarse, según las impresiones que el cerebro transmitía a los nervios del atleta.

El conjunto de su expresión era intranquilizador.

Forzada la máquina mental que en aquel hombre estaba supeditada a la fuerza del músculo, el empujón para que aquélla dominase a ésta debió ser formidable.

Fritz pensaba: Fritz que, salvo en las particularidades de su profesión, jamás se había tomado la molestia de pensar, porque Aimée fué siempre el cerebro director de la comparsa, la madre de familia económica y previsora, la hormiguita que en los meses de abundancia recogía sus provisiones para la época de escasez.

Y el trabajo mental que ejecutaba Fritz lo exteriorizaba en un monólogo cortado, que a veces semejaba un ruzo y otras una combinación o un apóstrofo.

— ¡Qué estúpidos somos— decía — exponiendo nuestras vidas para divertir a los necios y que éstos nos recompensen con aplausos, sin perju-

cio de que, al par, nos llamen despectivamente titiriteros!... ¡Qué horrible profesada la mía!... Cierro que no me fué dable escogerla...; pero ¿por qué Dios; ese Dios omnipotente y grande tolera las injusticias y los crímenes?... porque un verdadero crimen cometía a diario con nosotros al papá Cecchi... ¡Siempre la desigualdad y la malicia!... Así, por ejemplo, yo adoro a Elena que para mí es un infierno en vida; yo idolatro en ella y, sin embargo, para ella no soy el hombre a quien se ama con fervor, sino un monigote de cera al que moldea a su gusto, martirizándole, destrozándole con sus lindas manos, privándole de su fuerza, de su salud, de su alma... ¡Oh! sí—prosiguió exaltándose.—Esta debilidad mía obra saya es, y... yo no puedo tolerarlo por más tiempo...

Dió un puñetazo sobre la mesa, calmóse un tanto y continuó:

—¡Pero la quiero tanto!... ¿qué será de mí si ella me abandona? ¿Qué será de mí si no puedo gustar más la miel exquisita de sus labios?... Cierro los ojos y la veo dentro de mí, dueña y soberana absoluta de mi voluntad y de mi destino...

Hizo una pausa, se enjugó el sudor de la frente y reanudó sus desconcertados razonamientos:

—¡Y, sin embargo, yo soy el hombre!... ¡yo, el fuerte!... ¿qué sarcasmo!... Oh, no, Elena, tu cautivo se rebela; si tú arruinas mi cuerpo y mi alma yo también puedo devolver-

te mal por mal... yo puedo arruinar tu posición y tu nombre, dar un escándalo que te hundan en la pública vergüenza... Yo podría cogerte de una mano y llevarte ante tu marido y decirle a ese noble coronado: «¡Ahí tiene usted a la condesa!... Ahora soy yo, el artista del circo, el despreciado acróbata quien está cansado de ella y se la devuelve a usted...». Si yo podría hacer eso impunemente... y ¿por qué no hacerlo?... ¿Por qué no he de defenderme de su influjo y de su voracidad implacable de hembra de placer?...

Calló extenuado por el cúmulo de contradictorias ideas que palababan en el interior de su magín.

El corazón le dolía y estallaba en oídos.

Perdida la serenidad del juicio se debatía buscando el hilo salvador pero... un hilo salvador que no implicase la ruptura definitiva con aquella mujer a la que odiaba y deseaba ardientemente, de la que quería huir y a la que su carne viciada le exigía el inmediato retorno.

Aun estuvo largo tiempo vacilante indignándose consigo mismo por su blandura.

Por fin se decidió. Púsose de pie con rápido movimiento, exclamando:

—Hay que acabar de una vez. Sí; ha de ser así y... ahora mismo.

Y lanzada esta frase rotunda, cogió el sombrero, que se encasquetó de un puñetazo, y salió de su cuarto y de la casa.



## XIV

¡PORRES DIABLOS!

Pero no salió solo.

Una sombra le seguía los pasos. Era la mujer mártir de su pasión que ansiaba vaciar la copa del dolor hasta las heces, como el Mártir del Gólgota.

Era Aimée, la tierna Aimée que, recelosa de que su amado tornase al poder de la hembra fatal, había visto y oído, y estaba decidida a impedir la aproximación del verdugo y su víctima fuera como fuera, aunque para lograrlo hubiera de confesar avergonzada el honesto amor que la embargaba y que ni siquiera pretendía defender.

Imitando la conducta de Fritz se marchó sin despedirse de Adolfo y de Luisa.

Esta sacó un maillot.

Adolfo se entretiene en sacar un corabiscado solitario.

Ambos contemplaron las extrañas salidas de Aimée y Fritz.

—Vamos a acabar por volvernos todos locos en esta casa. ¿Tú comprendes esto, Adolfo?...

—Yo no, chiquita.

—A mí no me cabe duda de que Fritz se ha ido en busca de su condesa.

—Pues saca la consecuencia, tonta.

—¿Cuál?

—Pues una muy sencilla.

—No la veo yo clara.

—Porque eres miope.

—¡Pues anda, que tú...!

—Ello se cae de su peso, Luisa. Si Fritz se ha largado tras de su condesa, Aimée, que se lo ha oído salir detrás de Fritz para impedirle que se reúna a su coima... ¡Cosa más natural!...

—Quizás tenga razón; pero ¿quién le manda a Aimée meterse en esos fregados? después de todo ¿qué le va ni le viene a ella en eso?...

—Pues no ha de interesarse; ¿se botarota!... como ha de interesarnos a ti y a mí...

—¡Bah!

—Pero tú no te has fijado en que Fritz se está quedando en los huesos con la querencia de esa mujer.

—Buena ¿y qué?... ¡Allá él!



—¡Con que allá él!... Tienes menos entendimiento que un mosquito —insistió vehementemente Adolfo al notar un conato de protesta de Luisa.

—Mira necé; yo tendré menos entendimiento que un mosquito, pero, en cambio, tengo más fuerza que tú y del primer soplamocos que te largue te quedas sin narices.

—Juegos de manos, juegos de villanos; además, ahora ya no se trata de saber quien tiene más fuerza, sino de que te avengas a la razón y consideres que Fritz es la base de nuestro número, que gracias a él marchamos viento en popa y que si se nos lisa o se nos mata... ¡pudese nuestro dinero!...

—Eso es distinto; las cosas bien habladas convencen a cualquiera.

—A cualquiera... menos a ti—repuso Adolfo, al par que se distanciaba prudentemente de Luisa, tan larga de manos como de lengua.

...

Mientras así comentaban los jóvenes los motivos a que obedeciera la conducta de Fritz y de Aimée, es-

los continuaban marchando uno tras otro por calles y callejas.

Fritz no se había percutido de la persecución de que era objeto.

Aimée no juzgó prudente acercarse a su compañero hasta estar convencida de que, persistiendo en su resolución, Fritz se dirigía derechamente al palacio de la condesa.

Como el joven caminaba muy de prisa, costóle fatiga seguirle a la distancia conveniente para que no se le escapara.

Pero iba acercándose el momento en que, completamente esclarecida la dirección que llevaba el manco, había que abordar a Fritz o renunciar a su persecución.

Aimée aprató el paso.

Fritz estaba ya a la altura de la plazoleta donde se erguía la fachada del palacio conal.

Un minuto de detención y Fritz se le escapaba.

Aimée ganó a brinco el espacio que le separaba de su fraternal compañero, y lo sujetó fuertemente por un brazo.

—A dónde vas, desdichado!—profrío—; Quieres perdarte y perdarnos a todos?...

Fritz se detuvo en seco, y el primer impulso fué el de rechazar violentamente a quien así osaba interponerse en su camino. Pero había reconocido la voz de Aimée, y ahogó su cólera.

En cambio mostró en su cara, sin velarlo, el profundo disgusto que le causaba la presencia de Aimée y asimismo le reveló en las primeras

palabras con que respondió al apóstrofe de la joven.

—¡De modo que también me espías!...—dijo con todo duro, sin vestigio alguno de ternura.

Aimée le miró con ojos enturbiados por las lágrimas.

—¡Estás loco!—musitó.

—Es verdad—asintió él—estoy loco de dolor y de cólera. No parece sino que entre todos os habéis propuesto hacer rabiar al perro y lo vais a conseguir... Basta ya; déjame, vete; mi decisión es irrevocable. Vete, repito.

Lejos de obedecer, Aimée se aferró más aún al brazo de su amigo de la niñez, y, tratando de vencer la propia emoción, sobreponiéndose a su calvario, bebiendo las lágrimas de sus ojos, más amargas que la hiel, habló así con tono fúndido y suave, con el tono de una madre mimosa que habla con su hijo enfermo.

—Oyeme, Fritz. Es por tu bien, es por tu salud, es por tu vida, tan cara a todos nosotros, por lo que te digo, detente; no vayas a estrellarte contra la roca de esa pasión que en mal hora se ha apoderado de tí y de la que tocas ya las fatales consecuencias.

—Sermones no.—gruñó Fritz.—Si crees que voy a esa casa—y señaló el palacio—para besar los pies que me golpean, te engañas. Voy a vengarme, a arrojar a la cara de esa mujer, a la que odio y amo a la vez con la misma virulencia, todo el barro asqueroso de que ha llenado mi corazón hasta rebosar.

—No te exaltes... llamamos la atención de los que pasan por la calle...

—Razón de más para que me desjes cuanto antes... Vete, mujer... vete y no me soliviantes. Mi decisión es irrevocable. Si antes fui perro de luna, con quien esa mujer jugó a su capricho, ahora soy el hombre que va a imponerle públicamente el estigma que merece.

—¡Por Dios, Fritz, no hagas barbaridades! Ellos son poderosos, te perseguirán, te...

—Yo tengo la fuerza de mi brazo para defenderme—repuso desafiadamente el atleta.

—¿Buscas pues, un escándalo?...

—Sí, cien veces sí, ¿cómo he de decirlo? Soy el justiciero, quiero castigar... Apártate...—ordenó Fritz, que ya desbocado, ciego de la ira que había almacenado en el camino, repelió brutalmente a Aimée.

La joven que no esperaba aquel brusco arranque del hombre queriendo, variló y cayó de hincos sobre el adoquinado.

Fritz corrió hacia el vestíbulo del palacio, en tanto que Aimée, arrastrándose, sin acertar a levantarse en su prisa para detener al descarrinado, arrastraba, gema suplicante:

—Fritz, Fritz no vayas... hazlo por tu madre... por mí... ¡Yo te amo, Fritz! yo adoro hasta el suelo que pisas; tú eres el aire que respiro, la luz de mis ojos, mi vida, todo... escucha, ven...

...

Fritz no podía oír ya; había entrado en el vestibulo de la noble casa.

Aimée, a punto de desmayar, fué alzada del suelo por un cortés transeunte.

—Gracias, señor — expresó Aimée ocultando el rostro en el pañuelo para que no se notase su trastorno.

El caballero saludó y se alejó.

La joven abrigó un segundo la intención de aproximarse al palacio y aguardar allí hasta que saliera Fritz; pero tomó el enojo de su amigo y no quiso exponerse a un señón mayor.

Lentamente, con tardo paso, como si las plantas de sus pies quisieran echar raíces en aquella malhadada plazuela, inició el regreso a su morada. Frías gotas de sudor puntaban su frente; las manos le ardían y el corazón, agitado por aquellas inolvidables emociones, parecía querer saltárselo del pecho.

Una última vez volvió la cabeza al ir a doblar la esquina y penetrar

en la calle, para guardar en la memoria el recuerdo de aquel lugar de su humillación reciente, cuando vió que Fritz, el propio Fritz se dirigía hacia ella a grandes pasos.

Llevaba el loco amador un plieguecillo de papel en la mano. La expresión de su fisonomía contrastaba con la que un cuarto de hora antes pintábase en aquel mismo rostro.

Al rictus amenazador de la tragedia había sustituido el rictus jubiloso de la risa.

Aimée no podía creer lo que veía. Instintivamente se santiguó.

—Abrazame y perdóname, chiquilla— ¡Qué bien hice en venir!... ¡Es buena y me quiere, Aimée!... Me siento otro hombre... Ahora respiro.

Atónita contempló la desventurada al inconsciente malhechor de su bien.

—Ea, no me mires así... —prosiguió Fritz.—Comprendo tu asombro... Pero dame tu brazo y, paseando hablaremos... ¡Soy feliz, hermana mía, muy feliz!

La mártir elevó su mirada al cielo y sus labios bajo, muy bajito, para que sólo la oyese el Señor de las Alturas, el Rey de reyes, murmuraron:

— ¡Qué pesada es mi cruz, Dios mío!

...

—Veo por tu silencio—dijo Fritz, después de una pausa—que no sabes a explicarte el motivo de mi transformación. Si media hora antes me hubieran dicho que el tigre, porque yo era un tigre en aquellos instantes, había de cambiarse en tierno corderillo balando amoroso, mal lo hubiera pasado las muelas del profeta. Y, sin embargo, habría tenido razón... Toma, he... —añadió el acróbata entregando a Aimée el pliegucillo que llevaba en la mano.

A duras penas reprimió la desdenada el asco que el contacto del papel le producía.

Pero venció su repugnancia, cogió la carta y leyó rápidamente el escrito.

Fritz, saciado de impaciencia, la interrogó antes de que terminara la lectura:

—¿Qué te parece?

Irreflexiva pero a media voz, contestó ella:

—Que niente.

—¿Cómo has dicho...? insistió él,

no creyendo haber oído bien la frase de su amiga.

—Que está bien...—rectificó Aimée devolviendo con indiferencia la carta.—Más vale así... Ahora ya estarás más tranquilo, ya no querrás matar a nadie, ya no maltratarás a tu hermana.

—Perdón, perdón no sabía lo que me hacía.

—Precisamente por eso te seguí, porque quise impedirte una ligereza y un disgusto.

—Y ya ves cómo te equivocaste Aimée!... Si no me lo la mantía a la cabeza no habría recuperado tan pronto mi tranquilidad y mi dicha.

—Aún no me has referido el paso que debió ser cómico—indicó ella.

—Pues verás...

Fritz contó con detalles que por excesivos suprimimos, la escena de su entrada en el palacio.

Ganó el vestíbulo a zancadas, con cara feroche, dispuesto a emprenderla a puñetazos a la menor sospecha de engaño. Un doméstico le salió al encuentro preguntándole urbanamente qué deseaba.

—Ver a la condesa — contestó Fritz, huraño.

—Es imposible, señor; los condes marcharon ayer a su hacienda de S. Cristóbal y no regresarán a la capital hasta dentro de unos días.

Un jarro de agua fría fué para Fritz la respuesta del criado.

—¿Y no han dejado nada para mí?—insistió, perdiendo la chaveta.

—Los señores nos han encomenda-



do algunos encargos... y si el señor se digna decirme su gracia... —invitó, conteniendo su risa el doméstico.

—Fritz Schmid.

Al oír este nombre el criado saludó muy respetuosamente al que sabía era el amante de su ama, y con tono de voz melifluo y servilón, rogó:

—En efecto, la señora ha dejado una carta para el señor. Hágame el obsequio de aguardar un momento: que en seguida se la traiga.

Dicho esto fuise al interior del edificio y a poco regresó con un plieguecillo perfumado, enheñado con la corona de conde, pliego que puso en manos de Fritz.

El joven guardóse la carta, que le quemaba las manos, salió, saludando a penas, y en la misma entrada del edificio, sin importársele un scrúpulo de lo que pudieran murmurar los lacayos de los condes, rompió nena, sacó el pliego y leyó con avidez.

Era la carta una obra maestra de hipocresía. A vueltas de zarzifrasés poéticas, y de palabritas dulces muy a tiempo colocadas, decía Elena a Fritz que por amor a éste se veía obligada ella misma a imponerse el sacrificio de alejarse de él, para que nunca pudiera tacharle de egoísta y despiadada. Fritz estaba malo y debilitado, recuperar sus fuerzas, en la seguridad de que al recobrar su esplendor antiguo hallaría siempre los brazos de su Elena. Prometía-le asistir al Circo el día del benefi-

cio de Los Cuatro Diablos y esperarle luego donde él sabía para otorgarle el premio que debido a su amor, su obediencia y su constancia...

... ..

Poco más de lo explicado contó Fritz a Aimée, quien en algunos pasajes chuscos de la narración sonrió con la tristeza que era ya en ella ingénita.

Cuando terminó el relato, el hombre feliz, le preguntó la joven:

—Y ¿ahora qué piensas hacer?...

—Ante todo recuperar las fuerzas, ser quien antes era; descansaré unos días y seguiré rigurosamente el consejo de los doctores. Después volveré al trabajo, nos entrenaremos bien y ensayaremos a la perfección las nuevas combinaciones para que la noche del beneficio de Los Cuatro Diablos, sea una noche memorable.

—Vengámos una vez más, Aimée— afirmó Fritz con tono de la más absoluta confianza, con aquella seguridad con que se expresaba los días que aun no conocía a la Vampiresa.

Aimée, en quien la desconfianza infundida por su propia lucha sentimental lo entenebrecía todo, se limitó a contestar:

—¡Dios te oiga, Fritz; Dios te oiga!

## XV

## EL BENEFICIO DE LOS CUATRO DIABLOS

## CIRCO

Esta noche gran función  
a beneficio de

## LOS CUATRO DIABLOS

El mejor circo de la temporada.

La Seberita Alegre y el Sr. Fritz  
darán

EL SALTO MORTAL  
SIN RED DE PROTECCION

Programa extraordinario

Nos es grato asegurar al respetable público, que hacemos todo lo posible, para que salga conpleto del asprísimo extraordinario que le ofrecemos, y los quedamos de antemano agradecidos por su asistencia.

LOS CUATRO DIABLOS

En todas las carteleras, corcos de obras, vallas y otros lugares que los costumbres de la capital designaban de antiguo para la fijación de anuncios, apareció el en que Los Cuatro Diablos, los famosos acróbatas de este nombre daban cuenta a sus admiradores de que aquella noche celebrarían la función de su beneficio.

La naturaleza vestíase ya de gala; era el mes del amor y de las flores, ese mes que los cristianos ponen bajo la advocación de María, la Madre del Hombre-Dios, el que murió en la cruz para redimir con su sangre el género humano que, sigue tan irredimible como siempre, a pesar de que los pseudo-redentores de toda clase y condición abundan mucho en los tiempos que corremos.

Respirábase en el ambiente de la gran capital esa alegría de que lo saturan los hermosos rayos del sol, el verdor de las frondas y jardines el azul más intenso y translucido del cielo.

Era la época en que la sangre de las venas, saliendo de su medorra invernal, parece circular más fluida y rápida por las venas y arterias, como si arrastrase consigo nuevas partículas de juventud y de alegría del vivir.

Era el mes del amor y de las flores, mes propicio a la fusión de las almas y de los cuerpos, mes en el que hombres y mujeres, como obediendo a un impulso soberano, cumplen gozosos la ley universal, el pre-

cepto divino de «creced y multiplicaos».

Fritz, completamente restablecido, dueño otra vez de sus fuerzas y de su agilidad, sentíase acorde con la naturaleza: todo sonreía en su interior. Las murmuraciones y cuchicheos, a que daban lugar sus flaquezas, habían cesado ya en torno suyo: las envidias y las malevolencias de sus colegas callaron. Tornaba a ser el «*lyon du jour*», el favorito del público, el hombre del día.

Satisfecho de sí mismo, aguardaba con impaciencia la hora de los aplausos, la borrachera de gloria, y la hora de las sabias caricias de Elena, la embriaguez del amor.

En cambio Aimée...

La enamorada sin esperanza claudicaba. Tronchada su vida, sin otro porvenir que su dolor, por nadie compartido, sin otro consuelo que el horroroso vacío de una existencia sin rumbo y sin objeto, sentíase decaer moral y espiritualmente.

Aunque desempeñó hasta entonces su trabajo artístico con la misma facilidad que de ordinario, algo le decía que el fracaso la rondaba, que el agotamiento de su resistencia por el sufrir, había de traducirse pronto en una acelerada ruina física...

Un pánico inexplicable, una obsesión negra y pavorosa, obsesión de lo frágil, muy en consonancia con su estado anímico, se había aposentado en su mente y minaba en silencio aquella fortaleza moral que hipiera de la hermosa joven una de esas heroínas oscuras que nacen, vi-

ven y mueren en holocausto a otros seres, sin más recompensa a sus beneméritos servicios que el olvido y la ingratitud.

...

¿Cómo estaba el teatro circo aquella noche!...

Desde lo más selecto hasta lo más humilde de la gran población, todas las clases sociales, hallábanse representadas en el coliseo.

El sensacional anuncio de que los admirados acróbatas ejecutarían el salto mortal de trapecio a trapecio, prescindiendo de la red de protección, había hecho que, ya en las primeras horas de la mañana, quedasen vendidas todas las localidades y entradas para la función.

¿No hay como enseñarles la carne a las fieras para que éstas se amansen y acudan... a la carne! ¿Existe acaso algo más atractivo y cómodo que el admirar, desde sitio seguro, cómo se juegan la vida



las demás para proporcionarnos unos efímeros instantes de emoción?...

De ahí que, dentro del amplio recinto donde se hallaban congregados los espectadores se oyeran comentarios por el estilo del siguiente que hacía un señor de edad muy acicalado y peripuesto:

—Lo que van a hacer hoy es de lo más arriesgado y temerario que he visto... por eso temo por Fritz porque hace tiempo no anda muy seguro su trabajo. Ha perdido su previsión de antes.

No lo creía así el artista aludido por el comentarista. Fritz, tras las cortinas del escenario, acechaba el palco al que estaban abonados la condesa y su marido. Su mirada fulguró cuando vio a Elena, más guapa que nunca, hacer su aparición, saludada con cuchicheos admirativos de las gentes, que así rendían tributo a la espléndida belleza de la dama.

Fritz notó que la primera mirada de Elena fué para los trapecios que pendían del techo, fragil pedestal de la gloria del acróbata.

¿Qué vio allí Elena para que por un segundo se velase la irresistible sonrisa que era máscara eterna de su rostro?...

¿Acaso la idea del peligro que había de correr impávido el hombre a cuya vista se despertaba en ella la fiebre sensual con histéricos ramajes?

Quizás por primera vez desde que amaba a Fritz, a su modo, sintió la

condesa que su corazón latía más precipitadamente, con otro ritmo, a impulsos de una corriente sentimental, desconocida hasta entonces para ella.

Fritz, vió reflejarse en los ojos de Elena algo así como angustia y arrepentimiento... Y, él desde su escondrijo, la sonrió como, si pensara de que ella sufría, quisiera aliviarla de su padecer fundiéndole su seguridad y su confianza.

Y tan ensimismado estaba Fritz en la contemplación de la extraordinaria mujer que le soloqueciera, que no advirtió la presencia de Aimée, quien a un paso de su compañero, también acechaba a la condesa con ojos desorbitados por la pasión del odio y por sus celos impotentes.

—¡Siempre, esa mujer!... ¡Es mi condenación... murmuraba, clavando sus uñas en el terciopelo de la cortina como si, creyendo tener entre ellas el seno estatuario de la condesa, pretendiera arrancarle el corazón.

También estaba en el teatro alguien, cuya ligereza y afán de divertirse contrastaba con el dramático sentir de los demás personajes de esta historia.

Este alguien era el caballero de los *crisantemos* el pretendiente no correspondido de Luisa, a la que solía obsequiar con ramos de flores que ella, invariable y despectivamente, le devolvía, tirándoselos a las narices, porque, así lo aseguraba la chisca, estaba ya harta de verdura.



a los más importantes y arriesgados de Fritz y Aimée.

Los dos alegres muchachos cumplieron su cometido con su acostumbrado esmero y oyeron grandes y muy merecidos aplausos por su pulcra labor.

Descendieron de los trapecios, saludaron y cedieron el puesto a Aimée y Fritz.

Adolfo advirtió con disimulo al oído de su hermano:

—Ten cuidado Fritz, que los trapecios están muy altos.

Fritz se encogió de hombros y sonrió.

En aquel instante la ansiedad del público alcanzaba su colmo.

Un dependiente de la empresa, desde la rampa que unía la pista con el escenario, anunció con voz robusta y sonora:

«En obsequio a la distinguida concurrencia, la señorita Aimée y el señor Fritz van a ejecutar, sin red de protección, el salto mortal... ¡el salto de la muerte!...»

Los dos acróbatas saludaron con gentileza a los espectadores, y comenzaron a izarse por la maroma para alcanzar los trapecios.

Y, ¡cosa extraña!, en vez de la atronadora ovación que tenían derecho a esperar aquellos bravos artistas, los aplausos con que el público correspondió a su saludo, resonaron débilmente como miedosos...

¡El salto de la muerte!; había gritado el comparsa anunciador.

Y la palabra muerte, esa lúgubre

...

Empezó la función.

Uno tras otro deslizaron los distintos números del programa, sin que el público se entusiasmase, ni exigiese repeticiones. Sólo se aguardaba con ansia el instante en que apareciesen en la pista los beneficiados.

Aplicando al caso una frase hecha, puede decirse que en el ambiente flotaba algo trusitado, que se masticaba la tragedia.

El tiempo, inflexible e indiferente, pasa: todo llega a su hora; el momento tan deseado llegó también.

La expectación general subió de punto cuando Los Cuatro Diablos se presentaron en la pista.

Una ovación formidable los acogió.

Comenzaba el número de Los Cuatro Diablos con los ejercicios de Adolfo y Luisa, como introducción

palabra pronunciada en aquel trazo extremeció, con intenso escalofrío, a la masa de espectadores.

Un angustioso silencio, sucedió a la tímida oración,

...

Iniciaron su trabajo los acróbatas, un tanto impresionados por aquella augeida glacial que se acribaban a explicarse. Pero Fritz, seguro de su dominio, se repuso en seguida, y exclamó dirigiéndose a Aimée:

—¡Pronto no tendrán más remedio que aplaudir esos brutos!...

Aimée calló. Imaginábase que flaqueaban sus fuerzas; un presentimiento horrible la anonadaba. Decíase que los sufrimientos recientes y su desesperación le trastornarían la cabeza y le debilitarían los brazos en el segundo preciso en que debían recibir y sostener a Fritz al rematar éste el peligroso salto.

Todo marchó bien sin embargo, y la gente, reaccionando sobre el mismo, prodigó sus aplausos y sus aclamaciones a los maravillosos gimnastas.

Y de pronto...

Las respiraciones se contuvieron, los ojos se dilataron, un silencio grave, pesado, reinó sobre el circo.

La condesa se tapó los ojos con sus preciosas manos para no ver, en tanto que Fritz la saludaba con gracioso gesto brindándole, como el espada famoso a la querida que admira su majesta, la suerte peligrosa que iba a ejecutar.

Aimée, que sorprendió el saludo, palideció aún más de lo que estaba, y se colocó en posición.

Había llegado el trance supremo.

—Ahora—gritó Fritz, lanzándose con ímpetu al espacio.

Un alarido inarticulable rasgó el profundo silencio. Fué de Aimée; de Aimée que, comprendiendo que Fritz no llevaba velocidad bastante para salvar la distancia que le separaba de sus manos, adivinó que el atleta giraba en el vacío para ir a estrellarse contra el suelo como el peso de una masa de plomo y la rapidez de un proyectil.

Mesándose los cabellos, arrebatada por la desesperación, Aimée gritó:

—¡Allá voy, Fritz, agúrdame, siempre tuya, siempre contigo hasta la muerte!...

Y ante los aterrorizados espectadores, inmovilizados por el espanto, consumó su suicidio, arrojándose violentamente sobre la masa ensangrentada que segundos antes era el gallardo cuerpo del hombre en quien vió siempre su mismo ser, su propia alma.

...

Un grito de horror se escapó de todos los labios, rompiendo la opresión de los pechos, cuando cayó sobre Fritz el cuerpo exánime de Aimée, la mujer santa que había creído encontrar en el suicidio la liberación de su alma, abrasada en el fuego de un amor imposible.

La condesa se había desmayado, pero el mismo susto la retornó al conocimiento.

—¡Vámonos, vámonos...!—intimó a su marido con la precipitación del

miedo, no con la inconsciencia del dolor.

Y salió del palco sin querer mirar los ensangrentados despojos de su amante que tantas veces deliró de placer entre sus brazos.

Entretanto, el personal de la Compañía ecuestre y los agentes de la autoridad habían logrado aquietar al público y que éste evacuase el local, aunque desordenadamente.

Los médicos del teatro acudieron desde los primeros momentos en auxilio de los infortunados artistas; desgraciadamente hubieron de cruzarse de brazos.

¡La Parca había cumplido con circunspectamente su misión!

El director y los compañeros tuvieron que llevarse casi a rastras a Adolfo y Luisa, que no querían abandonar los cadáveres de sus hermanos...

Poco después llegó el furgón de beneficencia pública para trasladar los restos de Aimée y de Fritz al hospital donde habían de soterrarlos a la autopsia antes de que se autorizase el entierro.

Era ya de madrugada; en los alrededores del teatro habíanse formado algunos grupos, poco nutridos, de transeúntes, que comentaban el trágico suceso.

Cuando llegó el furgón, se aproximaron al carruaje y vieron como introducían en él los dos cadáveres. Luego el coche partió y se deshicieron los grupos como por encanto.

Sólo una vez se elevó para plañir a los dos desgraciados artistas; fué la voz del caballero de los crisantemos quien había dicho con su tono superficial e irónico de siempre:

—¡Pobres diablos!

Tenía razón; aquellos a quienes la vida trata como una madrastra, aquellos que mueren por un ideal incomprendible para el vulgo, aquellos que se remontan a las altas cumbres del humano pensamiento o de la humana pasión, aquellos que se rebe-

lan contra las pequñeces y las comi-  
nerias que son pasto ordinario de  
las gentes, aquellos cuya resignación  
angélica llega a la mansedumbre de  
un Asís, aquellos que no se resignan  
a irse de la vida sin dejar huella de  
su paso por el mundo... no son, no  
pueden ser, no serán nunca para los  
egoístas, para los frívolos, para los  
necios, para los caballeros de los cri-  
santemos, otra cosa que eso: ¡unos  
infelices, unos míseros pobres...  
unos ¡pobres diablos!

FIN



## INDICE

Págs.

## PRIMERA PARTE

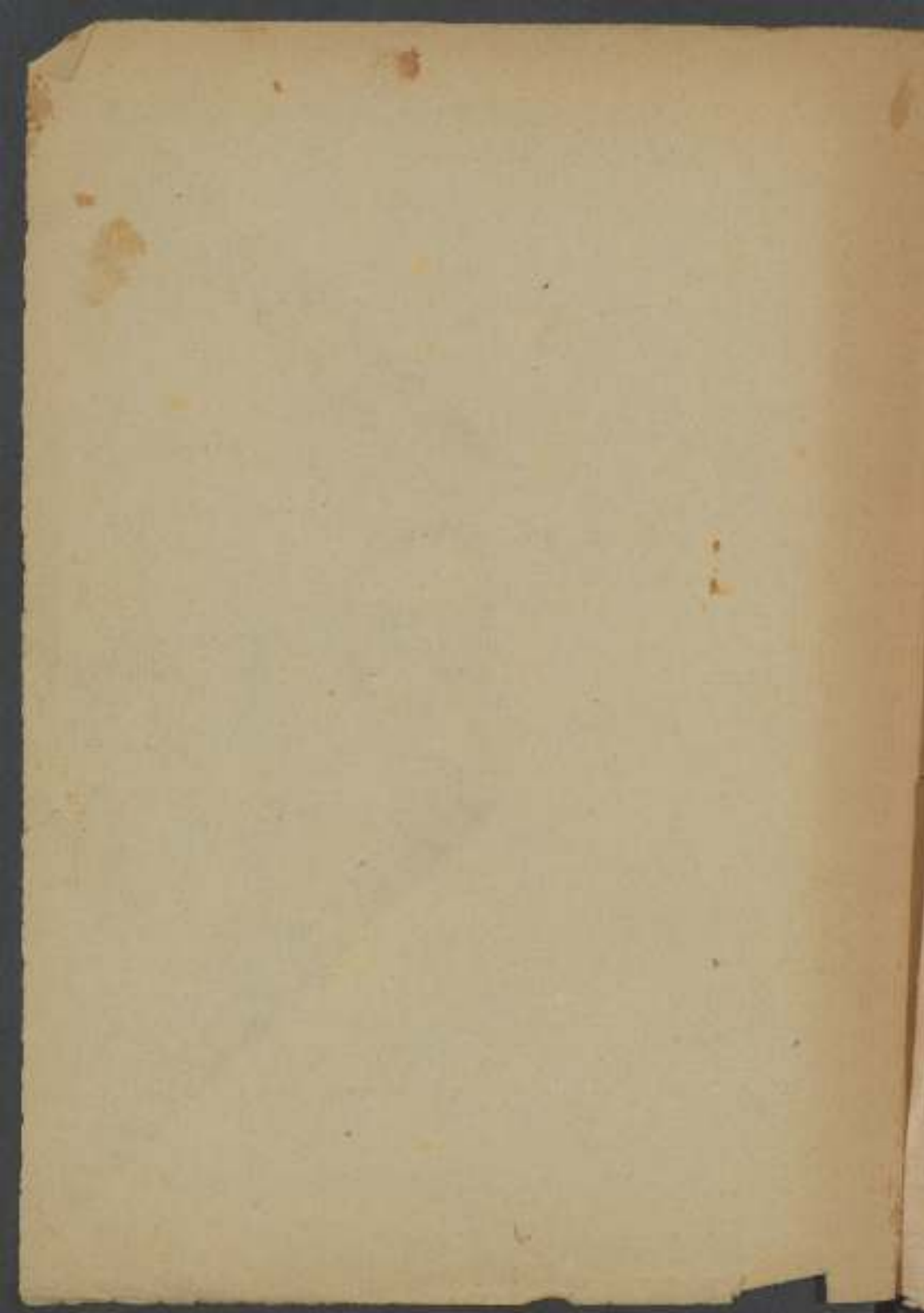
I.—La visita de la Muerte. . . . .	5
II.—Un consejo de <i>amiga</i> . . . . .	7
III.—El primer paso. . . . .	10
IV.—El sacrificio. . . . .	15
V.—Los pequeños parias. . . . .	21
VI.—Excursión a la villa. . . . .	24

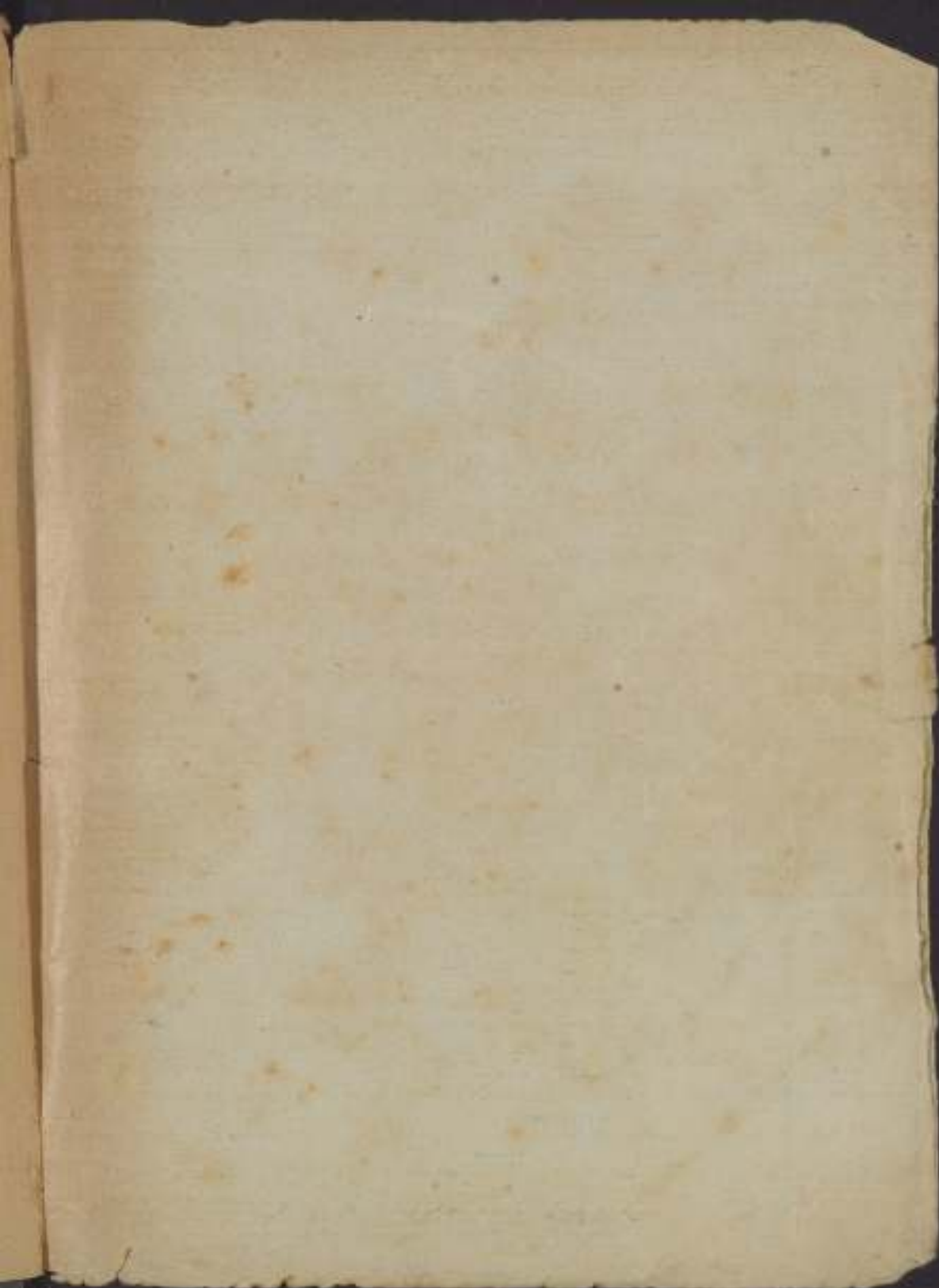
## SEGUNDA PARTE

VII.—El debut. . . . .	31
VIII.—Una duda y una espina. . . . .	43
IX.—La damisela del palco. . . . .	49

## TERCERA PARTE

X.—El capricho de una dama. . . . .	55
XI.—El primer encuentro. . . . .	58
XII.—Los dos amores. . . . .	63
XIII.—En el ensayo. Aviso providencial. . . . .	69
XIV.—¡Pobres Diablos!. . . . .	74
XV.—El Beneficio de los Cuatro Diablos. . . . .	80





LA NOVELA INTERESANTE

EMERSON GUNVILLE

Bianca y Magdalena.

Tomo de 256 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

Luisa Rosey.

Tomo de 240 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

Deslucenosa.

Tomo de 224 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

Ariana.

Tomo de 240 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

Un crimen.

Tomo de 224 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

La Princesa Ocheret.

Tomo de 224 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

La Amiga.

Tomo de 208 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

Camé su hijo.

Tomo de 256 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 1'50

En tela. . . . . Ptas. 2'25

La Blanca.

Tomo de 224 páginas, 18 1/2 por 12. . . . . Ptas. 1'50

La Ingenua.

Tomo de 272 páginas, 18 1/2 por 12. . . . . Ptas. 1'50

Linda. Propiedad en venta.

Tomo de 204 páginas, 18 1/2 por 12. . . . . Ptas. 1'50

El prometido de Silvia.

Tomo de 200 páginas, 18 1/2 por 12. . . . . Ptas. 1'50

La señorita de Paygarren.

Tomo de 240 páginas, 18 1/2 por 12. . . . . Ptas. 1'50

La Princesita.

Dos tomos de 512 páginas. . . . . Ptas. 3

El Rey de los millones.

Tomo de 224 páginas, 18 1/2 x 12. . . . . Ptas. 1'50

EMERSON GUNVILLE

El Secreto de Desea.

Tomo de 128 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 0'75

Susana Narcis.

Tomo de 144 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 0'75

Una Vida de amor.

Tomo de 152 páginas, 18 por 11. . . . . Ptas. 0'75

La Novela Interésante acaba de publicar

LISE FLEURON

— por —

JORGE OHNET

Precio: 2 ptas.